El joven de porvenir

Tihamér Tóth

El joven de porvenir



New York–2013

Cover Design
© IVE Press

Cover Art
© IVE Press

Manufactured in the United States of America.

IVE Press
113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470 9590
Fax (855) 483 2665

ivepress@ive.org
http://www.ivepress.org

ISBN 1-933871-99-7
ISBN-13 978-1-933871-99-8

Library of Congress Control Number: 2012942989

Printed in the United States of America ∞

CONTENIDOS

PRÓLOGO AL LIBRO «EL JOVEN DE PORVENIR»

Tres aspectos principales para el futuro de los jóvenes trata Mons. Tihamér Tóth en este libro: Su educación, sus estudios y su entrada en la universidad.

En rigor de verdad la formación debe ser integral, porque nuestra alma es como un mapa con distintas regiones, si alguna aunque pequeña no fuese evangelizada, por allí atacará el enemigo de la naturaleza humana.

De ahí que enseñara San Isidoro de Sevilla, Doctor de la Iglesia: «Cuando ya se acerque a los años de la adolescencia, y comience a revestirse de las lozanas flores de la juventud, aparezca en él una viril proporción en los miembros, fortaleza en el cuerpo y resistencia en los brazos. Y para que a todos ellos los domine un ánimo más vigoroso y fuerte que el mismo cuerpo, no debe relajarte la desidia y el placer, el ocio de la opulencia, ni en otra parte la abundancia de las cosas o las riquezas de sus padres dé con él en la holganza y la molicie; antes al contrario, ha de amaestrarle la virtud en una ocupación continua y noble. Ejercítese de lleno ya por los montes, ya en el mar, y se verá con admiración lo a gusto que se siente el cuerpo con el trabajo, y el desarrollo que adquieren los miembros con el ejercicio... salvar distancias corriendo... recorrer los bosques... ganar empinadas crestas de los montes, descender por su paso a precipicios... cuando así le agrade, de la misma suerte ha de adentrarse en los mares... acuda al timón, domine las olas, conduzca la nave a fuerza de remos...

A esto se seguirá la gravedad de la edad, el orden, la firmeza, la constancia y el consejo con la cuádruple fuente de las virtudes: la

Prudencia, y la Justicia, la Fortaleza y la Templanza».

Sobre todo nunca te olvides del futuro de los futuros. Mons. Tóth está sepultado en el Cementerio monumental de Budapest, en la orilla este del Danubio. Sobre un sepulcro en forma de prisma cuadrado se yergue una cruz de unos seis metros, sobre el frente del prisma hay una inscripción en latín, en letras grandes:

“Creo en la vida eterna”.

P. Carlos Miguel Buela, IVE.
Fiesta de San Bernabé, Apóstol.
11 de junio de 2013.

CAPÍTULO PRIMERO

EL JOVEN EDUCADO

1. Buenos modales

Tan Marte, quam Minerva!

Con valentía y con prudencia.

Good clothes open all doors.

Los buenos vestidos abren todas las puertas.

Hay reglas determinadas que rigen el trato, la conversación, el comportamiento mutuo de las gentes. Estas normas de buena educación se han ido formando durante varios siglos, y a nadie es lícito prescindir de ellas.

Unas tienen su origen directo en motivos religiosos; son otras, manifestaciones prácticas del amor al prójimo, y aunque no parezcan sino formulismos meramente exteriores, no pocas veces prestan auxilio muy eficaz al cumplimiento de leyes interiores y morales. Todo lo cual pone de manifiesto los sobrados motivos porque nos sentimos obligados a cumplir con puntualidad las reglas de la buena educación.

Las leyes de urbanidad son aplicaciones prácticas del amor al prójimo; son medios que acercan recíprocamente a los hombres, sin pecar por exceso, según los dictados de la prudencia.

Naturalmente, los actos de buena educación sólo tienen razón de ser si son espontáneos, si se sienten de veras, si brotan del

corazón y no se cumplen de mal grado; si no son exagerados, ni artificiales, sino naturales y sin afeites.

Estas prescripciones de la cortesía reglamentan toda la vida: la manera de andar, de levantarnos, de saludar, escribir, conversar, jugar, divertirnos, comer, trabajar, comportarnos con nuestros padres, con nuestros superiores, con las señoras, etcétera.

El que prescinde de las reglas de urbanidad, fruto de largos siglos, no puede vivir entre personas cultas. Por ejemplo: el que recibiera visitas en ropas de dormir, el que se presentara en sociedad sin peinar, el que anduviera por la calle sin calzado digno... se granjearía, en el mejor de los casos, el epíteto de mal educado. Hay más aún: no sería extraño que muchas gentes considerasen tal comportamiento como una grave ofensa a ellas y a los demás inferida. Y tendrían razón.

Es sabido que los yanquis tratan con cierto desdén estas normas de la buena sociedad; pero es sabido también que todo español se distinguió siempre por su exquisita cortesía y delicado respeto. Mas donde este respeto y cortesía adquiría verdadero rigor era en el ceremonial palatino, originándose sucesos verdaderamente graciosos.

Cuéntase de la archiduquesa Mariana de Austria que salió de su país, acompañada de servidumbre española, para casarse con Felipe IV de España. A su paso por diversas poblaciones recibió regalos de gran valor.

Una ciudad dedicada a la industria de seda ofreció a la futura soberana española gran cantidad de medias. Su mayordomo, juzgando que tal regalo no se ajustaba al respeto debido a una reina, lo rechazó, diciendo: “Sabed que las reinas de España no tienen piernas”.

No lo dudes, serán índices y señales de tu educación: tu modo de andar y de sentarte, tu conversación y tus ademanes, tu manera de mirar y de reír, tu comportamiento en la mesa, en la calle y en la sociedad, la pulcritud de tus vestidos, la limpieza de tus manos.

Pero el cumplimiento de todas estas reglas no es aún la educación perfecta. Todas estas cosas pueden ser meras exterioridades, sin valor alguno, si no las anima el espíritu que corresponde.

La verdadera cortesía brota del carácter puro y de la bondad del corazón; no se logra con meras fórmulas. Si la cortesía no va hermanada con el carácter, el mero decoro exterior a nadie impedirá falsificar letras de cambio.

Desgraciadamente, un traje bien planchado cubre no pocas veces un alma sucia; debajo de la miel está el veneno; en la manzana hermosa está escondido el gusano. Y si hubiéramos de escoger entre sentarnos a la mesa con la mujer perdida que come con elegancia irreprochable el langostino o con la mujer de alma limpia que se lleva el cuchillo a la boca, haciendo de él tenedor o cuchara, me quedaría con esta última. Razón tiene un dicho francés: *La beauté sans vertu est une fleur sans parfum*. "La hermosura sin virtud es una flor sin perfume".

Por otra parte, la ostra, tan modesta por fuera, puede ocultar una perla preciosa, y también en el cuarzo tosco y duro puede haber oro valioso.

Pero no debe aceptarse la disyuntiva ni elegir forzosamente uno de esos dos extremos. Al contrario, todas los jóvenes tienen que ser de alma noble, de carácter varonil y, además, educados, corteses, atentos y discretos.

2. Urbanidad y carácter

Algunos jóvenes, en general sensatos, adquieren a veces toscos modales por el desencanto que les produce ver que la finura, la elegancia y la pulcritud encubren en muchos casos un sinnúmero de maldades y pecados. Por esto conviene hacer constar que la culpa no la tienen los modales exteriores de fina cortesía, sino un espíritu ruin parapetado tras fórmulas vacías.

La decencia y el carácter tienen entre sí cierta relación de causa y efecto. De la que por amor a los demás hace un esfuerzo para dominar su mal humor, de la que sabe ser comprensiva cuando se trata de los defectos ajenos, de la que saca de apuros a sus compañeras, bien podemos afirmar que no sólo cumplió un deber de cortesía, sino que al mismo tiempo trabajó en afirmar su propio carácter.

El que es de verdad educado y cortés lo será no sólo delante de los demás, cuando está en sociedad, sino también cuando nadie lo ve, cuando vive a solas, porque en él los buenos modales brotan del carácter y no son barniz meramente de por fuera, sino algo logrado a costa de grandes esfuerzos.

Tal joven no masticará la comida con ese ruido ingrato, tan molesto para el vecino, ni tomará la sopa sorbiendo despreocupado, aun cuando coma solo, ni tampoco saldrá de paseo sucio y desgreñado aunque esté de veraneo o se encuentre en un

bosque de excursión con los amigos o compañeros; no hará tal, aun cuando “nadie lo vea”.

He leído que Stanley el gran explorador de África, hasta en el corazón de los bosques vírgenes, donde pasaba semanas enteras sin ver a un hombre civilizado, no dejaba de afeitarse un solo día. De tal modo sabía respetarse a sí mismo.

Las reglas de buena educación tienen fuerza obligatoria, son verjas de hierro que a ninguno es lícito traspasar. Y así tiene que ser. Ya es el hombre sobado egoísta y muay benévolo consigo mismo por naturaleza; y mucho más lo son los jóvenes. Medio muy eficaz para cortar el asomo de salvajismo y tiranía de los instintos idolatras en el trato humano para poder acallar el “yo” exigente, es el código de urbanidad y decoro.

Por estos motivos, los jóvenes deben adquirir buenos modales. Y no solamente las reglas exteriores, sino también, y por cierto en primer lugar, el verdadero espíritu de cultura de donde nacieron. Por lo tanto, sé siempre amable, atento y cortés con tus padres, hermanos, amigos, profesores, conocidos, sirvientes, obreros... y hasta con tus enemigos, si acaso los tuvieres. Aún más: sé siempre cortés contigo mismo.

3. El joven cortés

La cortesía, la amabilidad, los modales insinuantes, son para el joven un tesoro tal, que no sólo delatan un espíritu selecto, sino que, además, tienen importancia decisiva para toda la vida, para el éxito o el fracaso en el porvenir. De la misma manera que entre muchachos se rechaza a un compañero grosero, sin disciplina, áspero, así también la sociedad de las gentes maduras cierra el paso al hombre saña y descortés.

La cortesía es como una chispa de la gran hoguera de amor al prójimo.

Es también como el aceite en la maquinaria de la sociedad, merced al cual puede funcionar ésta sin roces y, por lo mismo, sin chirridos. Con el aceite de la cortesía la vida social se mueve también sin roces ni estrépitos. Por esto es necesario untar con él hasta las frioleras más insignificantes de la vida cotidiana.

Se necesita prodigar atenciones y armarse de paciencia en el trato con los demás, tener mucha abnegación y austeridad para con nosotros mismos. “El scout es suave para con los otros, severo consigo mismo” establece muy sabiamente el código del escultismo.

El conde Chesterfield, escribiendo a su hijo, formula de manera precisa y admirable la regla principal de la cortesía: “Trata a los demás como quieres que te traten a ti; éste es el medio más eficaz que conozco para ser agradable. Observa con atención qué

cosas te gustan más en los otros, y ten por cierto que las mismas cosas serán las que te hagan grado a los demás".

La cortesía produce grandes provechos. Nada cuesta y, sin embargo, todo se puede comprar con ella.

Parole douce et main au bonnet

Ne coûte rien et bon est,

dijo Enrique IV: "La palabra dulce y el saludo nada cuestan, y son de gran utilidad".

El joven cortés, dondequiera que se presente, cautiva los ánimos en seguida, porque la cortesía es una lengua universal que todos entienden. Por muy extraña e incómoda que te parezca alguna regla de urbanidad no la infrinjas. La sociedad culta tiene un código especial; el que quisiere pertenecer a ella debe cumplir todas sus prescripciones.

Hay hombres de inteligencia despejada, listos, instruidos, que no pueden abrirse camino en la vida sencillamente por la ausencia total de modales finos. Con tristeza tienen que resignarse a figurar en segundo término mientras otros, que valen menos que ellos, tanto si se considera el talento como si se atiende al carácter, por sus finos modales se conquistan todos los ánimos.

Los buenos modales ejercen influencia decisiva en el destino del hombre. Entiéndelo bien.

No te aconsejo que seas un petimetre untado de pomadas, un currutaco en continuos paseos, figurín perfumado, un lacayo dispuesto siempre a besar los pies de los demás, una cabeza huera en busca de continuas adulaciones. ¡No; por nada del mundo!

Pero tampoco has de ser un pillete salvaje y sucio, ni un perdonavidas fanfarrón. Entre los dos extremos está mi ideal: la juventud amable, cortés, instruida, modesta, avispada, lista y religiosa.

Seas lo que fueres, en cualquier posición que la vida te coloque, tendrás que tratar con otros. Y no es tarea fácil aprender las reglas del trato humano.

Sin duda tiene gran ventaja la joven que puede aprender y asimilar en casa, en el hogar paterno, los finos modales. Nadie puede renunciar a ellos, ni aun el joven de familia modesta. Si quiere firmemente y posee un talento observador, agudo, le será fácil aprovechar la amistad de otros jóvenes bien educados para su propia formación.

Observa en sociedad a los hombres que aprecias; mira cómo se portan; compara su proceder con el tuyo, y procura después amoldarte al ejemplo que te ofrecen.

La nota más característica de las leyes de urbanidad es que muchas fueron descubiertas por los más distinguidos entre los hombre, desligados por completo los unos de los otros, sin mutua dependencia y que además fueron consagrados por una práctica muchas veces secular.

Dedícate a su estudio con tanto respeto como afán, teniendo bien entendido que la misma delicadeza de alma, necesaria para una verdadera distinción, depende del modelado espiritual de cada joven y, por lo tanto, de su esfuerzo particular.

“Civilización”, “cultura”, no significan aún educación. La educación verdadera supone finura espiritual y carácter.

4. El joven. “Señor” de veras

Los jóvenes de posición desahogada y de distinguida prosapia sobradas veces desprecian a sus compañeros más pobres y modestos. ¡Alerta! Tal proceder no sólo está reñido con el espíritu cristiano, sino que pugna con la verdadera educación.

El amor al prójimo, el deseo de tener buenos modales y también el interés de tu propio porvenir te aconsejan que no seas esquivo con los jóvenes más modestos.

Por muy rico que seas, y por muy alta posición que llegues a conquistar en la vida, te será siempre muy útil haberte familiarizado con la realidad más modesta, con la manera de pensar de otras “no nobles” “ni distinguidas”.

Además, para el joven cristiano, quien tiene carácter tiene nobleza. No puede despreciarse a todos aquellos en cuyas almas se complace el Dios todopoderoso.

El que por nacimiento adquirió una posición privilegiada, un holgado bienestar, tiene deberes especiales que cumplir. *Noblesse oblige*, dice el proverbio francés, nobleza obliga; la jerarquía lleva consigo muchos deberes.

Eres de familia distinguida: muéstrate mucho más fino, más amable, más cortés, más generoso... que tu compañero pobre, que ha de bregar contra muchas dificultades económicas.

La diferencia de clases siempre ha existido y seguirá existiendo; es algo muy humano. Hoy, como ayer, las gentes se inclinan de buen grado ante la superioridad de la aristocracia; pero también la aristocracia debe portarse conforme a su posición privilegiada.

El joven distinguido que muestra menosprecio para el compañero modesto y pobre no es "señor", ni "educado", sino un vanidoso engreído, idólatra del propio yo.

De modo que ¿no son los trajes elegantes los que hacen al joven educado y distinguido? ¿Ni son los zapatos flamantes, de piel de serpiente? ¿Ni el corte irreprochable, ni el peinado a la última moda? No, no.

Sólo conozco una clase de jóvenes distinguidos: la del que sabe ser señor. Señor de sí mismo. Señor de sí mismo por dentro y por fuera.

Sí; el joven distinguido es ordenado, cuidadoso, pulcro en su exterior.

No falta quien dice: "Pero si es simple apariencia, no tiene importancia alguna; lo principal es lo interior". Es verdad; lo que más importa no es lo exterior; mas lo exterior refleja lo que hay dentro.

Dime, si no: ¿podrías imaginarte a Nuestro Señor Jesucristo enseñando a las gentes y llevando un vestido sucio y harapiento, como lo hacía Diógenes? ¿Y a la Virgen Santísima sin peinar y con los vestidos descosidos?

Sin embargo, ¿quién les aventajó en predicar el espíritu, el elemento interior que ha de informar nuestras acciones? Por lo tanto, el comportamiento reglamentado, la atención, la cortesía, son requisitos del señorío.

Esta disciplina ha de arraigar hondamente en tu alma: sé ordenado en tus mismos pensamientos. ¡Ah!, si los jóvenes escribiesen en una lista todos los pensamientos que han cruzado por su men-

te durante el día, ¡qué caos más espantoso de pensamientos inútiles, tontos, estrambóticos, pecaminosos, se descubriría!

Pero ¿no hay un jefe que mande en tu cabeza? ¿Qué será de la casa en que cada uno hace cuanto se le antoja?

5. En sociedad

Todo hombre es social por naturaleza; por lo tanto, todos necesitamos de los demás hombres.

La buena sociedad fomenta la mutua comprensión, el tacto, los finos modales, la amabilidad, el don de gentes.

Los jóvenes necesitan ejercitarse en las reglas del trato social, porque más tarde, sea cual fuere su porvenir o su posición, habrán de comunicarse con otras gentes pertenecientes a las más diversas clases sociales.

La compañía de personas sensatas, la buena sociedad, a todos nos ennoblece. Trata de aprovecharla; abre tus ojos y observa qué hacen las gentes distinguidas, cómo lo hacen y qué cosas dejan de hacer.

No creas que la "buena sociedad" sea necesariamente la sociedad de muchachos ricos, de personas distinguidas en posición o fortuna; las gentes instruidas, las gentes cultas, los hombres de carácter pertenecen a la buena sociedad, aunque lleven un traje sencillo y sea escaso su caudal de bienes materiales.

El joven que no ha frecuentado una sociedad culta, al entrar después en ella, por ejemplo, durante los años universitarios, hará un papel ridículo.

Llega a una tertulia, ingresa en la sala, donde ve caras desconocidas; al sentirse en un ambiente tan desusado, tropieza en las

alfombras. Seguramente se sienta donde no había de sentarse, y es posible que se le caiga el sombrero de las manos, porque, naturalmente, entró sin dejarlo en la percha. Mientras se inclina para levantarlo, cáesele el guante. Llega por fin a recoger el guante y sombrero...

Sirven el té. Se quema la boca, el platillo de la taza rueda por el suelo con estrépito, y el té se derrama sobre el impecable pantalón...

¡Dios mío! Ahora se sirven fiambres. El cuchillo y el tenedor torpemente se mueven en sus manos, cual si fueran instrumentos extraños.

Mientras bebe le viene un golpe de tos y salpica a los que tiene más cerca. Simultáneamente estornuda y, sólo después de desahogarse, trata de buscar un pañuelo...

Lo sé; todas estas cosas no son pecado, no llegan a puntos de dignidad; pera tampoco dejan de ser una falta de educación terriblemente desagradable, que puede echar a perder el talento más brillante.

De ello se deduce que el joven tiene que frecuentar la buena sociedad. Y tú debes alegrarte, si se te presenta ocasión de alternar con las familias de tus compañeros realmente distinguidos e irreprochables.

Pero quiero prevenirte contra toda exageración.

El carácter y la formación de la personalidad necesitan también la soledad; el que frecuenta la sociedad en demasía acaba por convertirse en hombre vulgar y adocenado, desea brillar y tórnase frívolo y ligero.

El peligro amenaza de modo especial a los jóvenes recién salidos del colegio, que son hijos de la ciudad, donde es costumbre ir a reuniones con excesiva frecuencia, hasta dos o tres veces por semana, y bailar allí hasta media noche.

Supongamos que la sociedad sea completamente irreprochable; aun así, el joven echará de ver una disipación en sus quehaceres,

pues el tiempo se pierde, y, además, todo su modo de pensar se hace tan superficial como las innumerables conversaciones hueras y sin sustancia que se tienen en las tertulias. Dice verdad en este sentido el dicho alemán: *Gemeinschaft mach gemein.* "la camaradería hace vulgar al hombre".

Aunque es costumbre aceptada el tutearse, no la prodigues con jóvenes desconocidos. Procura primero conocer a fondo a la persona a quien deseas distinguir con tal confianza.

Anda receloso y precavido con quienes se acercan con demasiada familiaridad, porque algunos se aprovechan del tuteo para soltar la lengua y ser más groseros.

Si llega un joven, no conocido de todos, una de sus amigos ha de presentarlo: primero a las señoras, después a los señores. Al hacer la presentación se anuncia primero el nombre de la persona de menor categoría o edad (la presentada inclina graciosamente la cabeza) y después el nombre de la otra persona. Al darse la mano se han de mirar el uno al otro en los ojos.

6. ¿De qué cosas debes hablar?

Al principio resulta un poco difícil dar con el tema de la conversación y acertar el tono en que debe desarrollarse.

La dificultad es tan sólo de principiantes; a los jóvenes serios siempre les brindarán materia sus conocimientos y sus lecturas y no sentirán fastidio ni aburrimiento si están en compañía de otros jóvenes que tengan igual ambiente y cultura.

Llamo tu atención sobre frases como éstas, harto frecuentes:

"¡Qué buen tiempo hace!"

"¿Ha llovido esta noche?"

Frases así son indicios de una gran pobreza de pensamiento.

Tampoco debes preguntar en tono piadoso a cada visitante: "¿Cómo está usted de salud?". Esto no es obstáculo para que todas las familias, con las cuales mantienes amistad, puedan esperar de ti que te alegres con su alegría y que manifiestes tu pesar en caso de luto.

No seas chismoso. A nadie le sienta bien este vicio; pero es bochornoso en un varón formal o en un joven serio.

Guarda secreto sobre los asuntos íntimos de las familias, sobre la vida particular de los conocidos, por muy bien enterado que estés.

Una conversación soez y licenciosa, la carencia de una cultura algo profunda. Tiene razón el gran Wesselényi cuando hace constar con tristeza: "Los miembros de ciertos círculos, cuando agotan los temas de equitación, de caza y de fumar en pipa, matan el tiempo, no con ocurrencias condimentadas por un gusto exquisito, sino con chistes licenciosos y de mala ley y con torpes conversaciones".

No hables de asuntos que puede herir a alguno de los presentes. Desde luego, mofarse de los demás, sacando a colación sus defectos corporales, su poca gracia, o acaso también su pobreza, es la mayor de las incorrecciones.

"Tomar el pelo" a otro, hacerlo "enojar", tampoco es correcto ni a propósito para fomentar el amor al prójimo, que es el fondo de la cortesía.

Es de mal gusto bromear a pretexto de la calvicie, de los dientes o miembros postizos, del tartamudeo, etc., aunque no haya en la tertulia nadie a quien pueda referirse. Porque ¿quién sabe si hay alguien que justamente tiene un deudo muy querido afectado con uno de aquellos defectos?

Con fuego y con hierro deberían ser exterminadas la "jerga" o jerigonza de gran incremento entre los jóvenes que viven en las grandes ciudades: con la pretensión de ser moderados se degradan hasta en el lenguaje.

De acontecimientos que provocan disgusto o mueven a repugnancia; de enfermedades, sobre todo vergonzosas, solamente has de hablar en caso de necesidad o cuando lo justifique un motivo serio.

Si te vienen ganas de bostezar, domínate y procura ahogar el bostezo. Si no lo logras, tápate la boca con la mano. Al toser o

estornudar, usa el pañuelo. No respires soplando como fuelle de órgano.

Merece el calificativo de incorrecta y deja entender que no sabe vigilarse a sí mismo quien espía, escucha de contrabando la conversación de los demás, cuchichea en sociedad, se columpia en la silla, se muerde las uñas, cierra las puertas con estrépito...

No pongas cara de tedio al hablar con otro. No cortes a nadie la palabra con un "ya se lo he oído contar otra vez", aunque así sea. Las personas de edad avanzada, por flaquearles la memoria, cuentan muchas veces las mismas cosas: déjalo correr. No puedes permitirte observaciones descorteses.

Si llega un nuevo concurrente a la reunión en el momento preciso en que tú estás a punto de marcharte, no te vayas en seguida, porque tal cosa puede ofender al recién llegado.

Si no entiendes la pregunta que se te dirige, no hagas que te la repitan con un destemplado "¿qué?", sino insinúate cortésmente con este u otro parecido giro: *"Usted perdone, pero no me di cuenta del alcance de lo que me ha preguntado"*.

A personas de superior categoría no las acoses con preguntas. Y si ellas te preguntan algo, tu respuesta no debe ser un simple "sí" o "no". Agrega siempre el título de la persona con quien hablas: "Sí, doctor". "Con el mayor gusto, señora". "Lo siento mucho, licenciado; pero me es completamente imposible hacerlo". Puedes intercalar en la conversación expresiones de comedimiento: "sírvase usted", "como usted guste".

No interrumpas a nadie; espera que haya terminado de hablar. Si por casualidad dos empiezan a hablar a la vez, con un "disculpe usted", "diga usted", deja continuar al otro, interrumpiendo lo que tú ibas a decir.

Pon especial empeño en evitar repeticiones con las que salpican su conversación algunos jóvenes y que tanta pobreza arguyen; "pues", y "dice... y dice", "¿entiende usted?", etc.

No hables de ti mismo en primer lugar: "Hemos estado yo, Pablo y Juan", sino: "Pablo, Juan y yo".

No hables a gritos, chillando.

Mira siempre en los ojos a la persona con quien hablas; pero no te acerques tanto que tu aliento roce su cara.

En una reunión no deben ponerse dos o tres personas a cuchichear, porque infunden sospechas de que critican a los demás; tampoco es de buen tono hablar una lengua que los demás no entienden.

Por otra parte, si algunos hablan en voz baja, no te acerques a ellos, ni procures sorprender sus palabras.

No te jactes de mezclar a cada paso palabras extranjeras en tu conversación, con el afán de parecer más instruido.

Nunca corrijas a los demás si pronuncian mal una palabra extranjera o no la usan debidamente: no tienes derecho a ello.

7. Entre muchachas

La caballerosidad se demuestra de un modo especial en la manera de portarnos con las señoras y señoritas.

Ante todo te recomiendo que durante tus estudios no frecuentes demasiado el trato con las jóvenes durante tus estudios, porque éstos perderán su carácter de formativos y educadores de la personalidad, quedando relegados a un mero "acertar en el examen" o a un "salir del paso" cuya trascendencia comprometerá tu porvenir.

Reza un adagio castellano: "No se puede repicar y andar en procesión". Así, el joven que caiga en este "exceso" difícilmente podrá recoger su mente e interesarse en sus estudios con éxito: sus dificultades, saturadas de imágenes y representaciones, perderán poco a poco la energía para el trabajo; tal joven jamás forjará un verdadero carácter.

Por otra parte, no debes ignorar que en los sentidos, durante la época del crecimiento , se despiertan y agudizan sus pretensiones ilegítimas de tal manera que comprometen la vida moral del joven. No te prohíbo, con esto, el trato con las señoritas; únicamente deseo que la moderes.

Si ellas son de alma recto y noble, tienen gran eficacia para educar el alma de los jóvenes, y a buen seguro podrá serte prove-

choso espiritualmente tomar parte en sus tertulias, en tiempo oportuno y nos las debidas cautelas.

Tampoco te prohíbo que cultives la amistad con alguna muchacha que, a modo de hermana mayor, reciba tus confidencias y complete tu educación: es bueno que una mujer te ayude en el trato con los demás y que te acostumbres a tenerle respeto de madre y cariño de hermana. Si tal no tuvieres que pudiera ser tu alentadora y consejera: ésa sería la mejor.

Mi ilusión sería que todos los jóvenes, al encontrar en la vida a la mujer en su triple personalidad de madre, esposa y compañera, pusieran en su trato todo el idealismo y el respeto propios de un cristiano y de un caballero. Y si el espíritu frívolo de nuestra época va carcomiendo precipitadamente este modo de pensar, yo espero de ti que guardarás con solicitud la dama y el honor de la cristiandad antigua.

Aunque veas en torno tuyo ejemplos demoledores de los flamantes "pollos modernos", tu no cejes un punto y mantén el noble respeto a la mujer, que tan glorioso fue aun para ciertos pueblos que no habían subido a un alto nivel de civilización y eran todavía paganos, como por ejemplo, el antiguo pueblo húngaro.

Índice de la cultura, del carácter y del valor de un hombre es la delicadeza, el tacto, la cortesía, hermosa flor del alma y no barniz de cumplido, con que se acerca a una mujer.

Nunca, ni en las tertulias ni en los bailes, olvides este principio: "El hombre educado siente y muestra siempre tal respeto a las mujeres como si fueran su propia madre o hermana".

8. Otros avisos

No entres en una habitación antes de llamar a la puerta. Si después de llamar dos veces no recibes contestación, ya estás autorizado: puedes entrar con toda tranquilidad.

Si, en cambio, eres tú quien está en la habitación, cuando oigas llamar contesta con un "adelante" y no con un "pasa, hombre", porque no sabes si quien va a "pasar" es tu superior, algún profesor acaso.

Al entrar cuelga tu sombrero y tu abrigo en la percha.

Puede ocurrir que no encuentres al amigo conocido en casa. Entonces deja tarjeta doblada, como señal de tu visita. Para estos casos hay ciertas letras convencionales de valor casi internacional, aceptadas en muchos países, con las cuales expresamos el motivo de la visita. Estos signos convencionales son:

* **p.f.**, *pour féliciter* (para felicitarle); la persona interesada sabe ya el motivo: una condecoración, por ejemplo; esponsales, bodas, un nombramiento...

* **p.c.**, *pour condoléance* (para dar el pésame).

* **p.r.**, *pour remercier* (para dar las gracias); v. gr.: por la felicitación, por el pésame...

* **p.p.c.**, *pour prendre congé* (para despedirse).

No hagas visitas sino en tiempo oportuno. Todas las familias tienen ciertas horas para recibir visitas.

No estés demasiado tiempo. Por el tono de la conversación podrás barruntar si se acerca el momento de despedirte. Cuando la dueña de la casa se queda cortada por un momento en la conversación es señal de que ya puedes recoger velas. Conviene entonces que te prepares para salir.

Acaso te inviten a prolongar un rato más la visita. Por el tono de esta invitación te será fácil comprender si es real y sincera o tan sólo una fórmula de cortesía, que no ha de tomarse al pie de la letra.

No es raro el caso de que la dueña de la casa, agobiada por quehaceres muy urgentes, esté molesta a causa de una visita intempestiva que se sienta acomodándose tranquilamente en el sillón para pasar las horas.

Supongamos que visitas a una familia por vez primera. No vayas para comer. Si recibes una invitación de esta índole visita primero a la familia que te ha invitado.

Tanto si aceptas la invitación como si la rehúsas, debes dar una contestación clara para evitar dudas y no tener en jaque a la señora de la casa.

Al subir al tren no es necesario que saludes, aunque siempre ser amable es cosa simpática en un joven, y no será en detrimento tuyo si lo haces. Pero es obligatorio ceder el puesto a las personas de mucha edad y a las señoras, si no hay otros que lo hagan, y aun más si hay asientos desocupados se les debe ofrecer el sitio mejor, por ejemplo, el que está cerca de la ventanilla.

No hables en voz alta de asuntos familiares delante de extraños.

Si por cualquier eventualidad hemos molestado a un viajero, por ejemplo, chocando con él al traquetear el coche, hemos de pedirle perdón.

Si acompañas a alguien por la calle, lleva siempre a la derecha a al superior o a las señoras, a no ser que la vereda sea muy estre-

cha: en este caso has de cederle el lado de la pared, aunque por eso hayas de ir a la derecha tú.

Es de mal tono gritar de una vereda a la otra, llamar ruidosamente a un amigo, entablar conversación con alguien que esté en los pisos.

Al saludar has de quitarte por completo el sombrero y no sólo tacar el ala con la mano; si la persona a quien saludas pasa a tu derecha, quítate el sombrero con la mano izquierda; si pasa por la izquierda, con la mano derecha, para no taparte la cara con el movimiento.

Mira a la persona a quien saludas.

No contestar el saludo es ofensa muy grave. Si vas con otra persona, y a ésta la saluda una persona que no conoces, también tú has de devolver el saludo.

No es correcto colocar el sombrero o un paquete sobre la mesa ni acordarse o apoyarse en ella, como tampoco está permitido cruzar las piernas al sentarse ni estarse con las manos en los bolsillos.

9. Tu alimentación

La vida es una continua combustión. El alimento se quema en el organismo. El cuerpo asimila y aprovecha la nueva materia con que compensar la ya absorbida mediante la digestión.

El joven cuyo cuerpo no está todavía perfectamente desarrollado necesita más alimento que el hombre ya hecho, que el hombre maduro.

Esto no justifica a aquellos jóvenes cuya única preocupación es la comida, cuyo dios es el estómago y que de tanto comer llegan a enfermar.

La alimentación excesiva fuerza al estómago, los intestinos y acaba por dañar al organismo. *Pone gulae metas, ut sit tibi longior aetas*. Así nos amonesta un dicho antiguo: "Refrena tu gula si quieres vivir más tiempo".

Conviene sentir apetito, no gula, antes de las comidas principales del día; si se cumple esta regla, descansan los órganos de la digestión. Pero si los haces trabajar sin tregua llegarán a gastarse antes de tiempo.

Ede, ut vivas; non vivas, ut edas, "come para vivir; no vivas para comer." Por lo tanto, no debe ser tu estómago el dueño. Tú has de mandarle y no ser mandado por él. Bastaría este motivo para movernos a cumplir la ley eclesiástica del ayuno; su fiel observancia robustece la voluntad y es de provecho a la salud.

Hay jóvenes que gustan de comer a todas horas; éstos no comen, sino que engullen.

"¡Para crecer!", "¡para estar sano!", "¡para no enfermar!"... Y, sin embargo, la alimentación excesiva no sólo agobia al espíritu y lo inutiliza para todo trabajo serio, sino que perjudica la misma salud.

El que come demasiado gasta antes de tiempo su organismo, como el demasiado fuego echa a perder la caldera.

La comida es para el cuerpo lo que el carbón para la caldera: mantiene el organismo en movimiento. El cuerpo toma de la comida las materias nutritivas que se pueden aprovechar y con ellas compensa el desgaste natural del organismo.

Pero la máquina no necesita tan sólo de carbón para sostener la marcha, sino que, además es menester que sea untada de aceite.

El cuerpo humano no se contenta con cierta cantidad de grasa, de albúmina, de hidratos carbónicos, sino que busca los condimentos. Estos no son absolutamente necesarios para el sostenimiento del organismo; aún más, muchas veces pueden serle nocivos; pero durante cierto tiempo, excitando los nervios y el cerebro, dan mayor actividad al organismo. Son el aceite de la máquina.

El abuso puede causar trastornos. El *hachich*[1] de los persas y egipcios, el opio de los chinos, el tabaco de los turcos, la hoja de coca de los peruanos –cuyo extracto es la cocaína–, la destilación de setas venenosas usada por los asiáticos, son otros tantos excitantes, cuyos efecto son harto conocidos por sus tristes efectos patológicos.

Cuanto más complacientes somos con nosotros mismos, cuanto menos ordenados seamos en el modo de vivir, tanta más necesidad tendremos de estos excitantes.

El estómago hambriento no exige condimentos para la comida; disfruta de ella sin nada más. Al final de un día pasado en serios trabajos el mero descanso ya es en sí gozo excelente.

---

[1] Bebida confeccionada con el llamado cáñamo índico *(N. del Ed.).*

El organismo cansado se repara y se refrigera con una buena alimentación y un dormir sosegado.

El que estudia o trabaja durante la noche y cuando sus párpados se entornan, bebe una taza de café y, admirada, exclama: "¡Magnífico, qué despejada siento ahora la cabeza!", no hace sino engañarse a sí mismo.

Por muy cansado que esté el caballo, después del latigazo hace un esfuerzo; así también, aunque tu cuerpo esté rendido por la fatiga, después de recibir el latigazo del excitante se echará a correr como el caballo castigado. Pero pasado el efecto del excitante sentirá aún más agotamiento, lo mismo que el pobre rocín, que vuelve a su paso cansino cuando ya no siente el dolor del latigazo.

Cuanto más te acostumbres a los excitantes tanto mayores habrán de ser las dosis para poner en tensión los nervios y así provocar el esfuerzo, con lo cual se socava más profundamente la salud. El abuso de los excitantes se paga más tarde con jaquecas, insomnios, mal humor, disgusto del trabajo, falta de voluntad.

Prudencia y cautela en el uso de los excitantes; modera tus gustos y sé sobrio en el uso del té, café y similares. Abstente de las bebidas alcohólicas y fuma lo menos que puedas y mejor si nunca lo haces.

10. ¿Cómo has de comer?

"¿Ni siquiera me dejan comer en paz? ¿Hasta el comer tiene sus reglas?" –pregunta desesperado cierto joven que hasta ahora comía tranquilamente con sus diez dedos.

Pues sí, señor. Y alégrate de que reglas severas moderen el modo de comer; no han sido inventadas para "hacer rabiar" a las personas, sino para asegurar el señorío del espíritu hasta en esta función tan rastrera. El cerdo en la pocilga no tiene reglas para comer; pero el que se precia de ser hombre tiene que observarlas.

Estudiando estas normas, veremos que sirven muchas admirablemente para refrenar el instinto. Un ejemplo: ¿Por qué no es lícito tomar el caldo sorbiendo y haciendo ruido que se oiga a varios pasos de distancia? Sencillamente porque desagrada ver a una persona que se olvida de su categoría, hundida hasta el cuello en las delicias propias de su parte animal.

En la mesa quizá mejor que en cualquier otra parte se muestra la disciplina.

Acuérdate de Gedeón. Se puso en marcha con diez mil soldados; el ejército estaba sediento y, al descubrir agua por el camino comenzó a beber; todos bebían dobladas las rodillas y de bruces. Gedeón los despidió a todos. ¿Qué podía emprender con hombres que tan poco sabían dominarse? No conservó más que tre-

cientos, los que, acosados de la misma sed tomaban el agua con la palma de la mano[2].

El domino de sí mismo no es obligatorio tan sólo en el trato social sino también en la mesa. Y justamente en la satisfacción ordenada de las necesidades sencillas y diarias es en lo que más podemos convencer al cuerpo de reglas de urbanidad en la comida podemos dar cierta espiritualidad a este acto meramente animal y levantarlo a nivel más alto.

Lee las reglas principales que trascribo a continuación.

Lo principal es el recto uso del cubierto. La cuchara se debe tomar de modo que el dedo pulgar esté encima; el cuchillo y el tenedor, de modo que quede debajo. Así éstos como aquél deben tomarse suavemente, no como una maza, sino como un lápiz, y en la parte extrema; el cuchillo, lejos de la hoja; el tenedor, de los dientes.

Algunas personas antes de comer pasan la servilleta por los platos o cubiertos; esto es una ofensa grave a la dueña de la casa.

Chocar con el plato o con los vasos, hacer ruido con el tenedor o con el cuchillo es de un efecto desagradable.

Se ha de comer en silencio. Observa si no: cuanto más distinguido es el ambiente, tanto mayor silencio reina en la comida.

Lo que ha de usarse con más frecuencia es el tenedor; el cuchillo sólo ha de emplearse para cortar (el pan no se corta, sino que se parte); y nunca está permitido llevarse el cuchillo a la boca; es decir, emplearlo a modo de cuchara o tenedor.

Si alguna vianda puede cortarse con el tenedor –jalea carne picada, pastas, etc.–, no se ha de emplear el cuchillo. En tales casos se toma un trocito de pan en la mano izquierda para sujetar la carne ligeramente, y se divide la porción que se necesita para cada bocado con el tenedor que está en la mano derecha.

[2] Jue 7,7-6.

Si usas el cuchillo, y el tenedor a la vez, ten el cuchillo en la mano derecha y en la izquierda el tenedor.

No cortes de antemano la comida en trocitos, que esto indica voracidad, sino a medida que comes separa un trozo pequeño, lo que corresponde a un bocado.

Si se sirve un plato que no sabes cómo se ha de comer, observa en silencio y con disimulo; mira en torno tuyo para ver cómo lo comen los demás.

No bebas mientras haya comida en tu boca.

Extiende la servilleta antes de empezar a comer. No la conserves plegada sobre la mesa.

No estornudes sobre la mesa; y si necesitas usar el pañuelo, vuélvete ligeramente de un lado, separándote un poco de la mesa.

A cada plato, cuando lo has terminado, coloca en el mismo el cuchillo y el tenedor, de modo que se crucen.

No te levantes de la mesa antes de hacerlo la dueña de la casa.

Nunca debes criticar los platos servidos. Y si hubiese algún contratiempo (por ejemplo, un cabello o una mosca en el caldo), haz que no lo noten ni llames la atención de otro para quitarle el apetito.

Nunca debes elegir. Acostúmbrate cuanto antes a observar esta regla. Apenas hay manjares que puedan provocar malestar en una persona sana.

Si te presentan un plato que no te gusta, vence la repugnancia y come, aunque sea en menor cantidad. Es un medio excelente para educar la voluntad.

Naturalmente, si uno sufre del estómago o está enfermo, la situación es distinta. Pero un joven que goza de salud no debe nunca elegir entre los platos. Comer algo que no te apetece es un buen ejercicio de mortificación.

No rehúses platos. Ni siquiera en casa. Las difíciles circunstancias de hoy hacen poco menos que imposible atender al gusto de cada cual.

Y no te lo inculco sólo por este motivo, sino también porque quien come lo que le presentan hace un ejercicio muy provechoso de voluntad.

Si alguna que otra vez tu madre te presenta un plato que se ha quemado, come decididamente, sin una sola observación. Tu estómago no se resentirá, y tu voluntad, en cambio, saldrá robustecida.

La regla principal en el comer –lo repito– es la disciplina y la mesura. Procura con esmero que no sea el estómago el que oriente tu vida, ni consideres como el más valioso tesoro el órgano contra el cual, según la parábola de Menenio Agrippa, se sublevaron todos los demás.

11. Cuando estás invitado

Durante el transcurso de los siglos se han ido formulando muchas reglas de urbanidad, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones de huésped con el dueño de la casa; y acaso hayan sido estas relaciones la forma primera de toda cortesía, ya que los mismos pueblos de cultura muy rudimentaria conocen y practican el código de la hospitalidad, el respeto que se debe al huésped, el acogimiento del extraño azotado por la tempestad y del mismo enemigo cansado y agotado.

Si eres invitado por una familia distinguida, se te recibe con toda clase de atenciones. El dueño de la casa, si no puede ir en persona a esperarte a la estación, manda a alguien para recibirte, él te espera a la puerta. Te saluda amistosamente y la dueña de casa te introduce en el cuarto que te ha sido designado. "Sin cumplimientos –te dice–; estás en tu casa: ordena y manda".

No lo tomes al pie de la letra; no te atrevas a "ordenar y mandar como si estuvieras en tu casa". Todo lo contrario: molesta lo menos posible a los que te han invitado, procura que no se aumenten sus gastos y pórtate con tanto silencio y tan poco alboroto que no se note siquiera tu presencia.

El dueño de la casa, cuando estén a la mesa, tendrá la atención de invitarte muchas veces a repetir, pero tú no debes aceptarlo siempre.

Donde guise la misma dueña de la casa, al huésped le toca alabar la comida; en cambio, los de casa no han de provocar al huésped para arrancarle tales encomios.

Nunca has de comer sin mesura por más que te guste el pollo u otro plato: mucho menos cuando estás invitado.

No faltan invitados que se preparan con un ayuno de dos días para poder cargar el estómago en el banquete. Tú empero, sigue el aviso de aquel antiguo monarca persa, que aconsejaba a su hijo no ir al festín con mucha hambre para no caer en la tentación de comer desmesuradamente.

¡Cuántas escenas poco edificantes vemos en este punto! Observa una comida: ¡cómo comen, cómo engullen hasta hombres bien trajeados!

Observa el buffet de un baile, donde se pueden llenar los estómagos sin pagar: ¡cómo se desborda, cómo estalla la voracidad desmedida y la gula de muchos invitados! Y, sin embargo, esta voracidad en el comer y en el beber, este afán insaciable de cosas que se dan de balde, delata un ser muy rastrero y un alma vacía.

Ni hablemos siquiera del caso en que los invitados, antes de irse, se llenan los bolsillos de dulces, por aquello de que... "de todos modos se los comerían los servidores".

12. Tu manera de vestir

El movimiento espiritual se traduce en movimiento corporal, y el proceso interior se manifiesta muchas veces en lo externo, porque el hombre consta de alma y de cuerpo. Así, pues, tiene razón, sino en todo, por lo menos en parte, el dicho latino: *Est facies testis, quales intrinsecus estis*; es decir: "vuestra cara delata cómo sois en vuestro interior".

El exterior del joven educado, su modo de vestir, el aseo de su cuerpo, ha de ser la expresión del orden interior, de un espíritu disciplinado, de una limpieza espiritual.

Todas las veces que me encuentro con un joven desaliñado, que lleva los zapatos sin limpiar, sin lavar la cara, las uñas con orla de luto, el cabello sin peinar, el rostro sin afeitar o la barba desprolija, el traje con manchas, no puedo menos de pensar en el desorden que ha de reinar en su alma, en la basura y suciedad que allí dentro debe de haber.

Esfuérzate por tener un aspecto agradable, un exterior ordenado. Naturalmente, no quiero inculcarte que seas esclavo de la moda; no voy a recomendarte, ni por asomo, que te llenes de perfumes. Me refiero al aseo de tu persona y de la ropa. Esto es lo que deseo inculcarte.

Llamo la atención especialmente a todos aquellos jóvenes que, oriundos de familias modestas, se ponen en contacto por sus

amistades y estudios con capas sociales de más altura y desean conquistarse cierta posición en la vida.

Cuando estos jóvenes hayan de presentarse en sociedad les perjudicará no sólo su porte menos distinguido, sino también el olor de su traje, aquel "olor de pobre", que las impregna con tanta mayor facilidad cuanto que han de vivir apiñadas en cuartuchos de aire corrompido, durmiendo en cama húmeda y llevando la ropa sin lavar días y días.

La sociedad distinguida esboza una mueca de menosprecio al sentir este "perfume de mendigo". Y con razón, porque con ello no hace de menos al pobre, como tal, sino desprecia sus malos hábitos, perjudiciales a la salud y opuestos al sentido de la pulcritud; hábitos que no pueden achacarse por completo a la pobreza.

Quien se lava con frecuencia, el que se baña, el que se cuida de la limpieza y de la higiene, el que gusta del aire libre y de los rayos del sol, no será mirado con desvío ni aun en las reuniones más distinguidas, aunque sea de familia modesta.

La limpieza es importante, no sólo para la salud, sino también para la estética. El estudiante de manos sucias, de dientes descuidados, de cabello desgreñado, no causa buena impresión.

En cuanto al traje, no es necesario que sea de última novedad. No está esto al alcance de todas las fortunas; pero sí pueden todos los jóvenes procurar que su vestido, aunque viejo y remendado, no tenga manchas de grasa, no esté agujereado, cubierto de barro o de polvo.

No basta tampoco que esté limpio tu cuerpo, sino que ha de serlo también todo el traje y tu ropa interior. Lávate con frecuencia; lávate las manos antes de comer y cámbiate tu ropa interior lo más a menudo posible.

Lavarse los dientes no es frivolidad, sino una exigencia grave de la higiene. El que tiene mala dentadura corre peligro de enfermar de estómago, porque no mastica bien. Después de cada comida, quítate los restos alimenticios que se hayan metido entre los

dientes. Pero... con un palillo. No con alfiler ni con clavo ni con otro objeto agudo, que quita el esmalte de la dentadura.

Antes de acostarte cepilla bien tus dientes. El bicarbonato o el perborato son un buen dentífrico. Puedes usar otro; pero éstos son baratos y tan buenos como los demás.

Naturalmente, los jóvenes suelen pecar también de otro extremo, cuando se hacen afectados y vanidosos. Es de un francés la frase chispeante: "Los locos inventan la moda y los cuerdos la siguen".

El cuerpo limpio en vestido aseado es la mejor moda. Paréceme muy vacío el joven que no sabe descubrir en sí otro valor que servir de percha al escaparate de una tienda de novedades.

Medita estas palabras que Francisco Széchenyi dirigió a su hijo Esteban: "el mayor de los húngaros": "Los jóvenes, que en su modo de vestir quieren ser modelos, suelen pecar en que lo son realmente, hasta que son vencidos en este terreno por otros petimetres más al tanto de la moda. Estos los desbancan y quitan del medio como se tira n vestido ya gastado.

Bien es verdad que el retraimiento y una conducta intachable que hoy día no suelen servir de base para levantar la suerte de una persona, pero por lo menos la guardan con seguridad".

He recomendado la cortesía, la educación; pero no te aconsejo que te aprendas de memoria un complicado sistema de etiqueta y que al andar por la calle parezcas un maestro de baile en plena lección.

El joven honrado y serio evita el ser llamativa en su modo de vestir. Lo hace como los otros jóvenes de la ciudad en que vive. Si vive para sus trajes, da a entender que es una cabeza huera; si llama la atención por su desaliño, todo el mundo la censura diciendo que no soltó todavía el pelo de la dehesa.

Amóldate, hasta cierto punto, a las costumbres sobrias de la época. Hoy usamos trajes distintos de los que se llevaban en la

Edad Media, y, claro está que no puedes andar por la calle con un traje a lo María Antonieta, con peluca empolvada del siglo XVIII.

13. El “pollo bien”

No hay en el mundo una figura más huera que la del joven afectado que se pasa la vida ensayando movimientos aprendidos en las revistas de modas.

El “pollo bien”, de cabeza huera. Es un caso palpable de cómo se suele en figurín ridículo el que siempre va en busca de reuniones y tiene horror a los libros, al estudio, a la propia formación silenciosa.

En primer lugar, la charla interminable del “pollo pera” es ofensiva y sumamente antipática. Siempre es él quien habla, y mientras puede, habla de sí mismo, de sus aventuras, de sus hazañas.

Los hombres tienen normas que regulan la conversación, y el joven educado no debe infringirlas. El “pollo pera las pisotea”.

Convengo en que se hace también antipático el que calla continuamente; pero entre los extremos, callarse mucho o callarse sin ton ni son, lo mejor y más prudente es callarse. El que es callado en demasía, quizá sea inepto para la conversación; no consta, por tanto, que el móvil de su silencio sea la modestia; pero el que habla demasiado sabemos cierto que lo hace por vanidad.

El joven prudente, sobre todo al encontrarse entre personas mayores, preferirá escuchar con atención y adquirir así experiencia. Fíjate en el papel ridículo que suele hacer el joven charlatán y fatuo en una reunión de gentes graves y maduras.

No hay que enamorarse de la propia voz con excesiva facilidad. Escucharnos a nosotros mismos es un placer dulce, pero peligroso.

El que calla con prudencia se granjea fácilmente la confianza de los demás; en cambio, el charlatán echa por el suelo su buen renombre a los cinco minutos. Su propia vanidad le prepara la trampa con tal astucia, que ni advierte siquiera cuántas tonterías y cuántos episodios desfavorables de su propia vida va contando.

Qué fortuna tienes; a cuánto sube la factura de la modista; cuántas copas eres capaz de beberte de una vez; qué personaje importante es tu mejor amigo; qué ministro es tu padrino; cuántas casas y rentas tiene tu tío, y cómo te has divertido durante el veraneo en un balneario de moda... Jactarse de tales cosas no es señal de educación; antes bien, es el gran defecto de los advenedizos, de los nuevos ricos.

Casi toda la conversación del "pollo bien" se reduce a chistes.

Las revistas humorísticas son su lectura favorita, no es raro, pues, tenga la cabeza llena de chistes y frivolidades. Cuando él se presenta, termina toda conversación seria.

No hay asunto en que no tenga su opinión formada. Habla con volubilidad superlativa. No para de hablar, ni deja que hablen los demás. No pone punto al final de las frases, y si no le acude otro pensamiento, despacha sin cesar verdaderas necedades, hasta que se le ocurre una idea con que proseguir la conversación.

Se extasía con su propia voz; mientras que en todo joven sensato un pensamiento despierta otro pensamiento, en él una palabra brota de otra palabra.

El único punto en que descuella es el descaro con que formula juicios sobre todo lo habido y por haber. Y ¡con qué gestos, vanidosos y llenos de orgullo, va exponiendo sus ideas! Como si fuese él quien asentó en el cielo las pléyades[3] y quien guía el carro del sol.

---

[3] Pléyade: (Del lat. *Pleĭas, -ădis*, constelación de las Pléyades, y es-

No hay que decir que, a su parecer, todos los de tiempos pasados han sido unos mentecatos; las asignaturas del colegio "solemnes majaderías", y la religión, mera fábula.

Y ¡ay de aquél con quien él se meta! No hay crítico tan osado como el joven de quince o dieciséis años que no quiere poner freno a sus dictámenes.

Es vano, como mozo de barbería.

Nadie hay bueno en su concepto; nada vale para él. El café no es bastante dulce por la mañana, y tiene demasiado azúcar en la merienda. Llueve siempre en el punto y momento fijo en que tendría que haber sol.

El álgebra es una "solemne barbaridad", y el profesor, aquel "tirano", tiene exigencias insoportables. Este libro es una "tontería archifantástica", y aquel muchacho, un "zoquete rematado"... y así va continuando, sin un momento de descanso.

¡Cuán contagioso es un ejemplo! Basta que uno de los muchachos empiece a criticar, para que le sigan todos. ¿Por qué? Ni ellos mismos sabrían decirlo. En una punta de un pueblo empieza un perro a ladrar; ¡adiós!, ya le corean los perros de medio pueblo. Pero ¿qué pasa? Nada. Un perro comenzó a ladrar.

¿Cómo hablar de la virtud del silencio a jóvenes de esta índole y predicarles que el silencio es, en ciertos casos, un deber, y que nadie debe charlar de lo que ignora? ¿Que si alguien te ha confiado un secreto serio debes guardarlo lealmente? "Oye, tú, voy a contarte una cosa interesantísima. Pero sólo a ti. No lo digas a nadie". El "pollo bien" va diciéndolo a diez, a veinte... Conque "sólo a ti".

Pero esto no es un mal tan grave, porque ¿qué secretos de cierta importancia puede saber un joven de esta clase?

---

te del gr). Grupo de personas famosas, especialmente en las letras, que viven en la misma época. Diccionario de RAE. *(N. del Ed.).*

Es posible que el secreto no sea importante de por sí; pero es importantísimo que él no sepa ni siquiera dominarse. ¿Podría guardar el secreto de guerra en caso de caer en manos del enemigo y ser sometido a un interrogatorio? No lo creo.

Y ¿qué dirías del joven que era gran amigo de otro y depositario de sus más íntimas confidencias; pero después, cuando se enfriaron las relaciones, fue pregonando a todos los vientos los secretos del amigo? ¡Qué repugnante! Y, sin embargo, no es un caso imaginario; es rigurosamente histórico.

El charlatán no se libra del castigo merecido: al final nadie le toma en serio. Le sucede lo que a aquellos embajadores que fueron a Esparta. A los espartanos, o lacones, como se los llamaba, no les gustaba malgastar el tiempo en largas charlas; contestaban con frase corta, lacónica. Los embajadores les pidieron ayuda contra el enemigo; pero el portavoz de la delegación habló tan largamente que al final del discurso, el Consejo espartano rechazó malhumorado la petición con esta frase: "Olvidamos el principio del discurso; por consiguiente, no hemos entendido el fin".

14. Respeta a tus padres

El joven de verdad educado no se muestra dueño de sí únicamente al estar delante de las demás; ni es atento sólo con los extraños, sino que, en primer lugar, lo es en casa con sus hermanos y hermanas y con la gente de servicio. El verdadero hombre se porta señorilmente con todo el mundo.

No me parece superfluo recalcar este aviso. Algunos jóvenes creen que para el señorío y el comedimiento se necesita estar en una reunión de extraños; al mismo tiempo que se deshacen en atenciones con los hermanos o hermanas de sus compañeras, son insoportablemente caprichosas con los suyos; son amables con la gente desconocida, pero groseros en casa.

Aún más: no faltan jóvenes que, llevados del afán de dominar, son tercos, malhumorados, caprichosos con sus padres y hasta se atreven a discutir con ellos. Podrá vestir según la última moda; mas su comportamiento adolece de una gran falta de educación.

Del colibrí cuentan que salta tan rauda y ágilmente entre las ramas que no mueve una sola hoja, porque ni siquiera las roza. También el joven educado es siempre tan amable, tan suave, que a nadie hiere: ni a extraños ni a familiares.

Precisamente donde mejor se muestra la verdadera cortesía es en el reducido círculo de la familia.

Bien sé que la cortesía en familia es un deber difícil, y que, por desgracia, se quebrantan no pocas veces sus leyes hasta en los círculos distinguidos, donde, por otra parte, se procura cumplir con los extraños lo más fielmente posible las reglas de la buena educación.

Esto no es lógico. Dios no te ha dado hermanos menores para que tú los molestes y vengues en ellos la reprimenda que has merecido. Lo razonable es el tierno espectáculo de los hermanos, que no sólo se toleran con amor, sino que son positivamente atentos y corteses unos con otros.

Y ¿tus padres? Medita con seriedad ¡cuántos pesares espirituales y materiales les has costado desde la más tierna infancia y cuántos les causarás aún en adelante!

Cuando estabas enfermo de gravedad, ¿quién velaba a la cabecera de tu cama? Si tenías necesidad de algo, ¿quién te lo daba? Si tenías alguna pena, ¿quién te prodigaba sus consuelos?

Bien que no disgustes a tu madre con premeditación; pero, aunque lo hagas únicamente por arrebato, por ligereza, acuérdate de la hermosa poesía de Petöfi:

"Y a tu madre, a esta madre dulce y buena, quiérela, respétala, adórala. Lo que es ella para nosotros, no sé decirlo, porque no hay palabra ni concepto para expresarlo; únicamente sabrás lo que ella vale cuando el cielo te la arrebate".

Según Aristóteles, el noble filósofo griego, son tres los seres a los cuales nunca podemos mostrar bastante gratitud: Dios, los padres y los maestros.

Es un fenómeno triste, pero frecuente: el amor a los padres se entibia, por lo menos exteriormente, y los jóvenes se reconcentran, se vuelven desconfiados y se esconden justamente en la época en que más necesitan la orientación de una mano experimentada, en la edad de la adolescencia, de los catorce a los dieciséis años.

Se les pone con tozudez en la cabeza que la autoridad de los padres, y aún más, la de los profesores, impide su desarrollo, su formación, su personalidad, y... qué se yo cuántas cosas más; sin embargo, cuanto más se distancia el joven de sus padres y profesores, tanto más pierde personalidad; su guía es entonces algún compañero, que lo seduce.

¡Dichoso el joven que nada tiene que ocultar a sus padres!

Acentúa la delicadeza con tus padres durante todo el día, desde el saludo de la mañana –"buenos días, padre", "buenos días, madre"–, hasta besarles antes de acostarte por la noche.

No les contestes nunca con vehemencia o enfado; cumple todas las órdenes que te den.

Si te educas lejos de ellos, no les escribas sólo al necesitar dinero u otras cosas.

Y, principalmente, ora mucho por ellos, ya que ellos –¡los pobres!– acaso ni siquiera tienen solaz para hacerlo tranquilamente, agobiados por la solicitud de ganarse el pan de cada día.

15. ¡Mi viejo!

Quiero llamarte la atención sobre un punto particular: nunca muestres vergüenza del cariño de tus padres. Bien permitido les está quererte, aunque ya curses los últimos años de la carrera.

¿Sabes por qué digo esto ahora?

En cierta ocasión, los padres de los scouts hicieron una visita al campamento. Uno de ellos, llevado de la alegría de ver a su hijo, le acarició. El muchacho se retiró molesto: "¡Padre! ¡No haga tonterías!" ¡Pobre joven! Temía perder su autoridad frente a sus compañeros.

Y otro muchacho, huérfano, miraba la escena con el corazón desgarrado, porque él no tenía a nadie que le acariciara.

Die Hand, die segnet und ordnet und pflegt,

Das Herz, das liebet und leidet und trägt,

Wird erst erkannt, wenn in düstrer Gruft

Den Mutternamen die Sehnsucht ruft.

Weber: *Herbstblätter*.

"La mano que bendice, y ordena, y cuida; el corazón que ama, y sufre, y trabaja, sólo son conocidos cuando la nostalgia llama a la madre en la fosa oscura" (Hojas de otoño).

Tampoco yo pude aguantar más. ¡Qué necia superficialidad, que alma más frívola, qué manía de darse tono revelan las palabras de este joven!

Lo mismo digo de todos lo que se sonrojan de pronunciar ante los compañeros el nombre del "padre" "madre", prefiriendo designarlos con estos epítetos demasiado frecuentes: "mi vejo", "mi vieja".

Y ¿qué diremos del modo de tratar a los demás superiores? Hay que oír con qué tono de reprensión y burla envuelven algunos al compañero que se atreve a decir "el Señor director"...

¿Señor director? ¡Ajajá! ¡Tú, espía! No es "Señor director" es tan sencillamente... "Fulano". Las cabezas hueras parece que se llenan de humo si en vez de "Señor director" dicen tan sólo "Fulano".

Sí, es posible, lo reconozco. Tus padres son de posición modesta, ¿verdad? No han recibido una cultura igual a la tuya; conforme. Tu horizonte, el mundo de tus pensamientos, son muy distintos de los suyos; no habrá entre vosotros muchos temas comunes de qué hablar.

Aun así, la instrucción no te dispensa del piadoso amor que les debes. El corazón filial ha de latir con gratitud indecible, aunque el joven sepa mucho más de lo que estudiaron sus padres.

Demos que tus padres son muy sencillos y que tú tienes muchos más estudios que ellos. Pero en cambio, ¿no han atesorado ellos mayor caudal de experiencia? ¿Y no llevan en sus sienes la corona invisible de la dignidad paterna, que les ciñó Dios?

Verdad es que aun los padres cultos no siempre saben comprender a sus hijos, que atraviesan la época de luchas, la adolescencia, y observan apesadumbrados cómo el pequeño estudiante, antes tan dócil, tan obediente, tan diligente, se vuelve colérico, vehemente, áspero. Esto no es aún el desarrollo definitivo; no es más que una época de transición. Sigue el joven amando a sus padres en el fondo del alma lo mismo que antes, sólo que es menos amigo de manifestaciones de cariño.

Ojalá los caprichos de estos años no abran un abismo entre él y sus padres. Acaso sean éstos demasiado severos. Pero el hijo debe tener la convicción arraigada de que sólo quieren su bien, aun cuando oiga con el corazón amargado que caen de sus labios severas prohibiciones.

Una de las señales más exquisitas de la verdadera educación es el agradecimiento. ¡Sé agradecido!

Tengo que llamar tu atención en este punto, porque la gratitud es un concepto muchas veces ignorado por la juventud. Recibe con agrado y satisfacción regalos, atenciones, pero no suele agradecerlos.

El espíritu de gratitud es índice de un modo de pensar delicado y humilde, mientras que la ingratitud denuncia orgullo y falta de educación. Realmente se necesita un modo de pensar ordinario y tosco para olvidarse del beneficio recibido.

¡Con qué acento más conmovedor saben rezar algunos jóvenes cuando se encuentran en un aprieto! Y, sin embargo, nunca dan gracias a Dios por el auxilio recibido.

Con gusto meten en el bolsillo el regalo que les hacen sus padres, y piden a los compañeros, a los amigos, con afán la solución de problemas y lecciones; pero no saben corresponder al trabajo abnegado de sus bienhechores más que... criticándolos de continuo y haciéndolos blanco de sus burlas. *Dixeris ingratum, dixisti omne malum*, reza un antiguo adagio latino: "dijeras ingrato, has dicho todo lo malo que se puede decir".

El joven ingrato es un joven sin educación.

Los americanos celebran anualmente una fiesta especial (*The Mother's Day*. "el Día de la Madre"), en homenaje de gratitud al amor materno. En este día, doquiera que se encuentren, dedican un recuerdo especial a las madres, vivas o difuntas. Hasta los soldados que estaban en la Gran Guerra el "Día de la Madre" se pusieron en el uniforme una flor roja, señal de amor.

Para tí, cada día debe ser el "Día de la Madre", y no te canses de dar gracias a Dios si aún puedes reclinar tu cabeza cansada después del estudio o del trabajo en el pecho de tu madre.

A un comportamiento delicado, amable, obediente has de juntar tu gratitud a Dios, porque vive aún tu madre y no te ves obligada a decir con el poeta:

"Fui a su tumba venerada; al llegar me hinqué en tierra,
y abracé y cubrí de besos la fría cruz marmórea"

Kálmán Tóth

16. La amistad

Un antiguo filósofo griego dejó escrito que "el hombre es un ser social". La sociedad lo altera; busca compañeros y amigos.

También el estudiante quiere tener amigos.

Laudable deseo. El amigo es un tesoro inapreciable; podemos contarles todos nuestros asuntos; podemos abrirle el alma con absoluta confianza, él comparte con nosotros las alegrías y los pesares.

El elogio más hermoso de la amistad buena se encuentra en la Sagrada Escritura:

«Si quieres hacerte con un amigo, sea después de haberle experimentado, y no te entregues a él con ligereza.

»El amigo fiel es una defensa poderosa: quien le halla ha hallado un tesoro».

»Nada hay comparable con el amigo fiel; no hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe»[4].

El mal está en que la historia habla no sólo de la amistad buena, sino también de la mala, que puede ser de consecuencias funestas para toda la vida. Estriba el peligro en que la naturaleza humana se inclina más al mal que al bien.

[4] Sir 6, 7. 14-15.

Los malos son muy hábiles seductores; y debido a su influencia, puede el joven deslizarse por sendas que, sin él sospecharlo, lo llevan a la perdición.

El que vive entre lobos, tarde o temprano termina por aullar.

Sea tu primer principio: “el que no es amigo de Dios, ¿cómo podrá ser mi amigo?”...

Ya escribió Cicerón que el que no tiene los santos ideales de religión y de moral no es digno de nuestra amistad. *«Nam maximum ornamentum amicitiae tollit, qui ex ea tollit verecundiam»*[5]*:* “porque quita a la amistad su más bello ornamento quien la despoja del pudor”.

Sin delicadeza espiritual puede haber camaradería, y qué sé yo cuántas cosas más; pero amistad formal es seguro que no la hay.

Por lo tanto no elijas por amigo a un joven falto de carácter, frívolo. *Surgit origo mali de pravo saepe sodali*, “el amigo malo suele ser causa de perdición”. Tus amigos han de tener un carácter semejante al tuyo, y aun han de ser mejores que tú. Porque vale más estar solo que mal acompañado.

Dime con quién andas y te diré quién eres. El que tiene amistad íntima con un holgazán acabará por serlo también él; el que en calma y en tempestad está siempre metido con un compañero frívolo, al fin no estará libre de frivolidad.

No entables conversación con el joven que se jacta de frivolidades y descaro. Acuérdate del dicho español: “Dime con quién andas y te diré quién eres”.

---

[5] *Laelius,* XXII.

17. ¿Cuál es el buen amigo?

Para muchos estudiantes, obreros, en suma: para muchos jóvenes, buen amigo es quien sopla la lección, quien ayuda a escribir un tema, da un bocadillo de la merienda.

Pero si piensas más en serio qué cosa sea un amigo, verás cuánta verdad encierra la sentencia de Cicerón: *«Haec igitur prima lex amicitice sanciatur, ut ab amicis honesta petamus, amicorum causa honesta faciamus»*[6]. Es decir, "la primera ley de la amistad es que no pidamos a nuestros amigos ni hagamos por amor a ellos más que cosas moralmente lícitas".

Por lo tanto, no puede ser buen amigo tuyo más que quien tiene principios serios y nobles como tú; el que comparte tus altos ideales, el que sabe ser sincero contigo, aun cuando su sinceridad haya de dolerte; el que te ayuda a ser mejor y más educado. Porque por "amistad" entendemos siempre relaciones nobles.

Según Cicerón, el amigo bueno es un *alter ego*, "otro yo"; en la opinión de Horacio, *animae dimidium*, "una mitad del alma". Aristóteles dice que los amigos no son sino un alma sola en dos cuerpos.

Todos son tus prójimos; pero el más cercano, el buen amigo, es aquel que piensa del mismo modo que tú, que se alegra contigo y está contigo en tus penas, que te ayuda en la necesidad, que a tu lado se coloca en todos los problemas y llama tu atención sobre

---

[6] *Ib.,* XII.

tus defectos. Si tienes un amigo así te parecerá bañarte en rayos de sol y respirar a pulmón lleno el aire cargado de ozono en la cumbre de una montaña.

Por ser tan especiales las cualidades del amigo no es fácil hallar uno de veras.

En un antiguo papiro de Egipto se lee la siguiente queja: "Ya no existen hoy amigos dignos de amor. No hay entre ellos uno solo que sea fiel, no encuentro un corazón sobre el cual pueda reclinar confiadamente mi cabeza". ¡Cuán difícil era, hace ya cuatro mil años, encontrar una amisto realmente bueno!

Guárdate, pues, de otorgar con excesiva facilidad el título de "amigo".

Hay jóvenes que, después de charlar por vez primera con un joven desconocido, ya lo toman por "amigo"; cuando es norma fundamental que antes de recibir a uno por verdadero amigo debe conocerse su alma, su modo de pensar. *Fide, cui vide*. "Fíate, pero mira de quién".

Pondera bien el caso antes de conceder a uno el magnífico título de "amigo". Dice un proverbio: "No llames amigo a nadie antes de comer con él una fanega de sal". Muchísimo tiempo se necesita para consumir una fanega de sal; si cumpliéramos esta regla al pie de la letra, apenas tendríamos amigos. Pero el adagio nos llama la atención y nos advierte con toda claridad que no debemos trabar amistad ligeramente.

No juzgues a los jóvenes por la apariencia externa, por la elegancia de su vestir ni por la riqueza de sus padres. Debajo de un exterior modesto puede latir también un corazón de prócer; y lo exterior y el traje fino pueden encubrir un espíritu vulgar, un alma rastrera. La legítima nobleza está en la bondad del corazón, en el carácter sin mácula.

La prueba de fuego de la amistad es la tribulación. Es de veras amigo el que sigue fiel junto a ti cuando sufres, cuando estás triste, cuando una desdicha te abruma.

Die Tat alien beweist der Liebe Kraft

(Tan sólo los hechos muestran la fuerza del amor).

Goethe

Amicus certus in re incerta cernitur, dice el adagio latino; "el amigo seguro échase de ver en los momentos de incertidumbre".

Y la Sagrada Escritura: «Quién es amigo verdadero lo es en todo tiempo; y el hermano se conoce en los trances apurados»[7].

¿Cuál es, pues, tu deber?

Respetar a tus compañeros y procurar comprendeos.

Dos deberes. Nada fáciles, por cierto.

Respetar. Es el principio de toda amistad verdadera. Por muy pobre o inhábil que sea tu compañero, aunque no descuelle como "joven elegante", no importa, lo principal es que sea bueno de veras. Demuéstrale tu aprecio por la manera de saludarlo, de hablarle.

Y no basta esto. Procura también comprenderlo.

Juzga con tino las cosas que te dice. Si te parece te ha ofendido, no protestes en seguida; procura ver más allá de las apariencias y penetrar en el fondo del asunto. Y, puesto caso que persista tu sospecha, pregúntale: "Acabas de decirme tal o cual cosa. Quizá no te haya comprendido bien ¿Qué querías darme a entender?". Así hace un joven educado.

---

[7] Pr 17, 17.

18. “¡Cuidado! Frágil”

Gran enemigo de la amistad es el sentimiento exagerado o susceptibilidad. Por regla general, el joven egoísta suele ser excesivamente quisquilloso. No se le puede gastar la broma más inocente, casi no es posible dirigirle la palabra, porque de todo se ofende. En cambio a él todo le parece lícito. ¡Ah, principalmente con los hermanos menores...! Es realmente su tirano.

Al cuerpo le dio el Señor la facultad de sentir; esta cualidad es la gran defensa de nuestra salud porque, cuando el cuerpo está expuesto a cualquier influencia nociva, una impresión de dolor nos lo advierte instantáneamente. Nos llama la atención para que nos defendamos.

Pero esta facultad de sentir puede degenerar en sensibilidad excesiva (en término médico: hiperestesia), porque reacciona con impresión de dolor aun en circunstancias normales, cuando deberíamos permanecer quietos y tranquilos.

Tiene también el alma la facultad de discernir y escoger entre las impresiones que nos llegan de fuera: ¿será en provecho mío, o me causará daño? Pero si se exageran el cálculo o la propia conveniencia, el espíritu se vuelve desconfiado, echa a perder todas las satisfacciones, y se enfada con fruslerías.

El hecho de que los jóvenes causen tantas molestias en casa estriba justamente en su exagerada susceptibilidad. No aciertan a dar

con el justo medio de la propia dignidad, les caen mal todas las amonestaciones, y si les niegan algo, se desesperan...

Hay jóvenes tan sensibles como un gusano; por muy suavemente que se le roce, en seguida le ves acurrucarse con enfado. Y aun cuando quieres hacerle bien, y le levantas cuidadosamente del camino para no pisarle, todavía se agita y se revuelve.

Si no luchas contra tal defecto, más tarde puedes acarrearte situaciones no poco desagradables. No veas, pues, ofensa en cualquier chiste sin malicia; no te enfades por cualquier broma o juego que se hace con desparpajo y alegría.

Y si crees que alguien ha sido descortés contigo, tu comportamiento no debe ser retraerte y estar murmurando para tus adentros durante un cuarto de hora, sino dirigirte a quien te ofendió y pedir amistosamente una explicación de sus palabras. Muchas veces verás con sorpresa cuánto te habías engañado creyendo descubrir mala intención en el proceder de tu compañero.

Si todos pensáramos que nuestro juicio precipitado causa más desavenencias que la mala intención de los demás habría más paz y menos discordias en el mundo.

¿Has visto las grandes cajas de madera en que se transportan objetos de vidrio por los camiones, barcos y otros medios? ¿Te has fijado en la inscripción que llevan con caracteres llamativos? *"¡Cuidado! ¡Frágil!"*. Pues bien, el joven tontamente quisquilloso, que desbarata los partidos de juego, que promueve discordias, debería ser colocado en una caja de madera con el mismo letrero, o sobre una paenita, como si fuera uno soldadito de plomo, colgándole del cuello esta leyenda: *El joven que se ofende y que ofende a cada paso no puede vivir en sociedad*; o también: *A méchant chien, court lien!*, "al perro que muerde hay que atarlo con cadena corta".

19. “¡Él fue quien empezó!”

Vale más que te apartes del joven con quien no puedes entenderte que vivir con él a regañadientes y en continuas peleas.

“Pero ¡si él es tan insoportable!..”. No importa. ¿No se necesitan, por lo menos, dos personas para una pelea? Por lo tanto, si tú no eres la otra, ella sola no podrá reñir.

Al tratarse de discusiones, los jóvenes recurren en seguida a esta explicación, que al parecer les sirve de excusa: *“¡Yo no tengo la culpa! ¡Él fue quien empezó!”*. Aunque así fuera, a ninguno está permitido perder el dominio de sí mismo; porque quien lo pierde baja también al ardoroso campo de pasiones del ofensor.

Si a quien está enfadado le contestas enfadado también, cada palabra que pronuncies será como el diente de dragón de la fábula, del que saldrán otros y otros monstruos de discordia. Y tienes que comprender que las diferencias de criterio y los roces entre las gentes no pueden arreglarse mientras salgamos siempre con que “él fue quien empezó” y “él es quien tiene la culpa”.

Por muy fuerte que haya sido el choque, por muy convencido que estés de que “él empezó”, haz tú por tu parte un pequeño examen: ¿No he sido también yo, por lo menos en algo, la causa de la discordia, tal vez sin quererlo?; acaso no pensé siquiera que llegáramos a tanto; no es prudente abrir resquicios al enfado; en adelante seré más precavido en este punto.

Esto es formarse de veras a sí mismo y como un curso de prácticas para ello.

"Pero ¿tendré que pasar por todo? ¿He de sufrirlo todo sin una palabra de réplica?".

No. No está obligado a sufrirlo todo sin proferir palabra. Nuestro Señor Jesucristo tampoco lo sufrió todo sin contestar. A veces contestó Él; pero... con una dignidad subyugadora, tranquila.

Cuando le abofetearon durante el interrogatorio, ¡con qué sublime tranquilidad dijo a quien le insultaba: *«Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?»*[8]. ¡Qué aleccionador ejemplo! ¡Qué dominio, qué moderación! Ejemplo perenne que nos enseña cómo tenemos que defendernos.

Es lícito defenderse, es lícito contestar a la ofensa; pero no de mala manera, no pagando la injuria con injuria. Todo esto no es defensa, sino rebajarse al nivel de la ofensora.

Cuando juegas a tenis, pones cuidado especialísimo en el equilibrio del cuerpo al lanzar la pelota: una mala posición puede hacerte perder el juego... Si sabes nadar habrás observado cuánto tino se necesita para mantenerse a flote evitando que el agua nos arrastre.

Pues bien, el que a la ofensa contesta ofendiendo, el que se deja mover a impulsos de la vehemencia, el que vuelve la cara despreciativamente, no se defiende, antes al contrario, pierde el equilibrio, está amenazado del gran peligro de la ira. ¡No puede vanagloriarse sino de ser tan vil como quien lo ofendió!

[8] Jn 18, 20.

20. "Ruptura para siempre y basta de tuteo"

No pequeña admiración causan a veces los jóvenes que marchan en trineo. Con qué destreza lo gobiernan en los peligrosos recodos del camino. Para no chocar con una roca. Ojalá tuvieran habilidad parecida para tratar con los compañeros. Cuántas riñas y ofensas podrían evitar, si su voluntad obedeciese con la misma precisión con que responde el timón del trineo.

Por muy fogoso que sea tu temperamento, por más que discrepen vuestros pareceres si has llegado a dominarte, has mostrado ser hombre de pies a cabeza. Si das bofetones, si pronuncias denigraciones, si te dejas arrastrar por la ira, no eres más que un muñeco sin voluntad. El reñir es... de perros.

Dos chiquillos riñen por media manzana y se despiden apretándose los dientes: "No pienso más ni quiero verte jamás". A los pocos días tan amigos como antes. ¿Qué decir de los jóvenes que llevan pantalón largo y riñen y gritan por frivolidades más ridículas que media manzana? El pantalón es largo, pero muy corto son el dominio que tienen de sí mismos y su fuerza de voluntad. Ni siquiera llegan a la medida de algunos párvulos, casi en pañales.

Propio es de la educación refrenar las pasiones el que se deja señorear por la cólera y en el paroxismo dice palabras o hace cosas de las cuales más tarde se arrepiente. No es joven educado, por muy elegantemente que se vista y por alineados que lleve sus cabellos.

En cambio, bajo el sencillo traje de marinero puede esconderse un hombre educado. Tuve ocasión de verlo viajando por el Océano Atlántico.

Volvía de Nueva York en el imponente "Olympic"; estaba sobre cubierta cuando un grumete, que tenía pereza de llegar hasta popa, quiso echar al mar la basura desde la cubierta de los pasajeros. Lo notó un marinero viejo y lo reprendió, mandándole que fuese a popa. El grumete se puso en marcha, pero al volverse el vigilante, volcó a prisa el cajón de basura en el mar. Lo vio el viejo y se dirigió hacia el grumete. ¡Ay! ¡Aquí fue Troya! Preveía la escena. Gritos groseros, blasfemias terribles, bofetones por todos lados...

¿Qué sucedió en realidad? El marinero viejo, temblando de cólera, se detuvo ante el grumete, lleno de temor, y algo le dijo, pero en voz tan baja que nada pudimos entender los que presenciábamos la escena; seguramente le emplazó para la revista de faltas en que el grumete desobediente había de recibir el castigo adecuado. Pero aquellas pocas palabras, como ahogadas, en tan delicadas circunstancias, con luz meridiana la voluntad disciplinada del viejo lobo de mar.

21. “Animal…”

Hoy día los nervios de las gentes están gastados y en excitación constante; vivimos una vida tan agitada, que no es maravilla que en el metro, en las reuniones y por todas partes donde se aglomeran grandes muchedumbres, se pierda muchas veces la serenidad y el tono de la conversación resulte muy poco edificante.

No tienen excusa por cierto estos desenfrenos de las gentes adultas; pero lo que quiero ahora poner más de manifiesto son las riñas en que los jóvenes se dirigen epítetos de honor a cual más hermosos. Sus nervios aún no han tenido que sufrir en la vida; si riñen y se dicen groserías es por falta de dominio propio.

Cuando en el fútbol el portero, a pesar de todos sus esfuerzos, deja entrar el gol, hay en seguida dos o tres muchachos que vociferan su fallo: “Mentecatooo”.

Si el as de un equipo toca por casualidad uno de los contrarios, es condecorado inmediatamente con este preciado título: “Animaaal”.

Logré curar de raíz a mis estudiantes de tales destemplanzas bruscas. Al oír el primer “animaaal” me limité a decir al muchacho autor del insulto: “ya sabes que hoy es muy caro el trabajo de imprenta; no prodigues, por tanto, tus tarjetas de visita”.

Desde aquel día, cuando alguno de ellos soltaba la palabreja, los otros empezaban a gritarle a coro: "Tarjeta de visita... tarjeta de visita", y así fue menguando la distribución de tarjetas.

Un muchacho muy tranquilo sacó los colores a uno de sus compañeros, que no se distinguía precisamente por su cordura. Bajaban por la escalera del colegio y chocaron por casualidad. Como un rayo se le escapó al muchacho iracundo la expresión... muy benévola la que parce parece más natural en tal caso: "animal"

¿Qué hizo el otro? ¿Le abofeteó? No. Con sangre fría tendió la mano al muchacho desconocido, e inclinándose un poco, como se hace al presentarse, le dijo tranquilamente: "Juan Martínez para servirle a Usted".

El muchacho que recibió tan amable lección no prodigaría de seguro en adelante el título de "animal".

El tono amistoso, dulce, señal es de un alma delicada y del dominio varonil de sí mismo. No es, como podrías creer, señal de debilidad. Puedes exteriorizar tu opinión, mostrar tu discrepancia; pero todo puedes y debes hacerlo con finura.

Ejemplo interesante de que pueden decirse las verdades más duras con tal que sea el tono sereno, es el caso de Harún al Raschid, califa de Bagdad. Soñó un noche que se le habían caído todos los dientes.

–¿Qué puede significar este sueño extraño? –preguntó a un hombre que sabía explicar los sueños.

–Significa que viviendo tú todavía perecerán todos tus deudos.

Harún al Raschid sintió subir una oleada de cólera e hizo azotar al adivino.

–Insensato, ¿cómo te atreves a decirme semejantes cosas? Si mis deudos mueren antes que yo, ¿qué alegría puedo tener en este mundo?

Hizo entonces llamar a otro hombre entendido en sueños. Este le dijo:

–El sueño que ha tenido el jefe de los creyentes significa que el califa vivirá mucho más tiempo que sus deudos y que su vida será mucho más larga que la de los suyos. La explicación agradó al califa, que dio al adivino cien monedas de oro. Y, con todo, el contenido de la explicación era el mismo, tan sólo el tono había variado.

Sobre todo los jóvenes de catorce a dieciséis años se imaginan que con palabras groseras y ofensivas demostrarán su superioridad, su energía. Y, sin embargo, no es esto señal de fortaleza, sino de mala educación, mal gusto y carencia de propio dominio.

La palabra cortés no cuesta más que la conversación grosera, incorrecta. ¿Por qué, pues, vamos a herir y molestar a nuestros prójimos, ya bastante agobiados por los tiempos que corremos?

22. "Batracomiomaquia"

Si estás enfadado, no hables. Espera por lo menos algunos minutos para contestar.

Espera tanto como esperaba Julio César, que si estaba enfadado poníase a contar hasta veinte, y verás cuán diferente, cuánto más suave será tu respuesta de lo que hubiera sido en el primer chispazo de ira.

¡Qué dominio propio tenía aquel filósofo griego, que dijo a su siervo, que le había producido un grave quebranto: "Ahora te pegaría, de no estar tan enfadado"!

¿Y qué decir de las palabras que algunos jóvenes, víctimas del mal ambiente, aprenden con tanta facilidad? ¡Un joven diciendo palabrotas! ¡o que blasfema! ¡Qué triste y bochornoso espectáculo! Hasta esto último parece inverosímil.

La blasfemia no es tan sólo una incorreción que demuestra falta de carácter, sino además es pecado grave.

La blasfemia es indicio de una voluntad enclenque. El que blasfema demuestra tan sólo que no sabe poner freno a su pasión.

"Pero si es que me hacen tragar unos berrinches... Tengo que decir algo, tengo que decir algo porque si no estallaría en cólera". Aunque así sea. Si alguien te hace "tomar berrinches" y te acomete la cólera, di por lo menos, aunque sea entre truenos y relámpagos, una palabra indiferente; pero no ofendas a Dios. Si sientes la comezón de soltar una palabrota para desahogar tu ira, di por ejemplo: *Batracomiomaquia* (es el nombre de la guerra de las ranas y ratones en griego) pero no blasfemes. Si ése no te bastare, busca otros vocablos cuan sonoros y retumbantes quisieres: pardiz, patapúfete, caramba, etc.; pero no digas blasfemias.

Quién no sabe dominarse bien a las claras muestra que no es dueña en su propia casa. La persona colérica se rebaja a sí misma, tomando así venganza en su propia persona de las culpas ajenas.

No quiero decir con esto que peques por exceso y des a tu cortesía un tono artificial.

Si alguien te pisa un pie, no estás obligado a decir: "Gracias, éste ha sido el momento más feliz de mi vida"; pero, en cambio, no debes espetar un "animal".

Si el que habla contigo dice algo inexacto, no tienes que replicarle: "No es verdad", y menos: "Mientes". Puedes decirle que no todos comparten su juicio, y así le dices que "no es verdad"; pero en una forma mucho más cortés. *C'est le ton qui fait la musique*, "el tono es lo que hace la música"; podemos decir verdades muy duras en tono sereno, correcto.

Cuanto más educada sea una persona, tanto más callada y tranquila se muestra y procura no desmandarse. Sé fuerte, pero no grosero. Puedes ofrecer el mismo azote, pero envuelto en papel dorado y adornado con cinta de seda[9].

---

[9] Con este símil alude el autor a la costumbre que hay en Hungría de hacer regalos a los niños el día 6 de diciembre, fiesta de San Nicolás. En esta fecha, los niños malos reciben un azote hecho de ramitas secas, sin ningún adorno, mientras que los buenos lo reciben adornado y cargado de bombones (*N. del T.*).

23. “Pero soy tan nervioso”

Muchos jóvenes pretenden excusar sus quisquillas y berrinches diciendo: *“Es que... ¡soy tan nervioso!”*

¿Quién lo niega? Hasta cierto grado sufrimos el influjo de la herencia, y es posible que de nuestros padres hayamos recibido nervios débiles. Pero en la mayoría de los casos la mala educación te sopla al oído que eres nervioso; que has heredado tal o cual temperamento, y que, por lo tanto, no puedes remediarlo.

María Antonieta, al subir al patíbulo y pisarle por descuido el pie al verdugo, le dijo: “Perdón, señor; lo hice sin querer”. Y, sin embargo, en el patíbulo pueden explicarse muy bien unos nervios excitados.

Los alemanes tienen un buen adagio: no te precipites, no tengas pereza y nunca estarás nervioso. *Haste nie, raste nie, bekommst du keine Neurasthenie!*

Si a pesar de todo te has dejado llevar de la vehemencia y has ofendido a cualquiera, pídele perdón inmediatamente.

Hay jóvenes que al darse cuenta de su precipitación están luchando en su interior días y semanas; no se deciden a pedir perdón. “¿Cómo he de rebajarme?” ¡Qué modo de pensar más equivocado! Errar es muy humano y es defecto; pero reparar el yerro es virtud; y no hay espectáculo más hermoso que el de la persona que pide u otorga perdón.

Más vale que digas: he sido incorrecto y grosero que... soy nervioso.

El tono sereno denota siempre nobleza. Y también verdad. "El que se enfada no tiene razón". Sé prudente, por lo tanto, en tus palabras al empezar a discutir cualquier asunto.

Procede siempre con tranquilidad, serenamente. Hay amigos íntimos que son capaces de disgustarse para toda la vida, debido al hervor de una disputa, porque han querido suplir la falta de argumentos con pulmón, mímica y ademanes. La grosería no es nerviosidad.

Por otra parte, podemos evitar muchos disgustos mediante una respuesta tranquila. *Tollitur ira gravis, si est responsio suavis*, "se evita la ira grave si la respuesta es suave".

¡Qué bendición de Dios el saber callarse cuando bulle la ira! El que está enfadado regularmente dice cosas de que se arrepiente a los pocos momentos.

Se reían mucho de Xenócrates; pero él no contestaba. "Callo –dijo–, porque ya me ha pesado muchas veces el haber contestado a las burlas, mientras que nunca tuve que arrepentirme de haberme callado".

Tampoco es nerviosidad, sino ligereza, el hablar de continuo en superlativo. Y, sin embargo, los jóvenes tienen gran propensión a ello. Para ellos no hay más que dos clases de hombres:

"Es un idiota de marca mayor", tal es la primera clase. "¡Qué genio es aquel hombre!" es la segunda clase.

Para las muchachas, los jóvenes o son "fantásticos" o "terriblemente imposibles de aguantar".

Observa, en cambio, cómo las gentes de peso hablan poquísimas veces en superlativo y nunca dicen: "Esto es enormemente hermoso", "éste es terriblemente sabio", "éste es horrorosamente necio".

24. El joven reposado

Uno de los defectos principales en el joven es la precipitación. En un segundo emite sus juicios... formados tal vez en menos tiempo.

Apenas ha tenido tiempo de hablar unos breves minutos con cualquier persona y ya pronuncia sentencia inapelable: “¡Este muchacho es un genio!” O al revés: “¡Qué idiota!”.

Aunque tal modo de juzgar frívolo y precipitado sea cosa no rara en la juventud, tienes que procurar educarte también en este punto, para volverte, al correr de los años, cada vez más maduro en tus opiniones.

El juicio de los jóvenes, generalmente, es de poco fondo, estriba en meras apariencias, sobre todo al tratarse de compañeros: es muy amable, o es antipático.

El que te hizo pasar un buen rato es amable; pero, ¿estás seguro de que aquel muchacho tan amable por de fuera lo es también en su alma, en su persona, en su carácter? ¿Cómo puedes aceptarlo por amigo antes de conocer su manera de pensar?

En cambio, fácil es que el alma de aquel otro muchacho antipático sea diamante de muchos quilates, en cuyo fondo no has sabido penetrar.

¡Conversaciones y opiniones de los muchachos! ¿Son verdaderas todas tus palabras? ¿No expresas tu opinión preci-

pitadamente? Y si el otro disiente de ti, ¿lo escuchas hasta el fin con tranquilidad?

Voy a contarte lo ocurrido a un estudiante vienés: Va en Viena por el Ring, cuando se encuentra de repente ante una muchedumbre. Oye el ruido de alguno que va dando caídas en medio de la gente. "¿Otra vez? ¿Qué animal de borracho será éste?", dice el joven, y se mete en la muchedumbre. ¡Qué espectáculo! Su padre yace en el suelo, herido de apoplejía[10].

El mismo joven me refirió el caso y añadió: "Puede usted figurarse con qué cuidado voy desde entonces en mis palabras y en mis juicios".

No en vano la admirable sabiduría del creador cerró la lengua con doble candado, con doble pared –primero los labios y después los dientes– como significado que debemos pesar mucho las palabras antes de pronunciarlas.

¡Ay! Cuan costoso es a muchas jóvenes poner candado a su boca! Fluyen de sus labios las palabras como se despeña sin freno el riachuelo que baja de la montaña; naturalmente, tienen muy poca sustancia. El corazón del necio está en sus labios, mientras que la lengua del sabio está en su corazón.

"Enséñame tu lengua, hijo mío" –dice el médico; la mira y dice si el joven está o no enfermo.

"Háblame, hijo mío" –te digo yo, y te diré si está enferma o no tu alma.

El que habla mucho, regularmente habla por vanidad, ya que el tema principal de sus charlas suele ser su propio yo. El juicio sereno y sencillo sienta mejor al joven que un fallo sobre vivos y muertos, henchido de orgullo.

[10]Apoplejía: Suspensión más o menos completa, y por lo general súbita, de algunas funciones cerebrales, debida a hemorragia, obstrucción o compresión de una arteria del cerebro. *(N. del Ed.).*

"Eres una sandio. Ni siquiera tienes idea vaga del asunto. ¡Qué tonterías dices!". Estos juicios despectivos para el mundo entero salen de labios de los jóvenes con tanta mayor facilidad cuanto es más menguado su caudal de conocimientos.

Cuanto más aprende el hombre, advierte más claro que el campo de la ciencia humana es inmensamente grande y que él no puede conocer más que una parte muy reducida.

El que así juzga no publicará sus juicios con impaciencia y a guisa de pregón, a los cuatro vientos, sino que hablará como Benjamín Franklin, el gran inventor: "Creo que es así", "parece que..., si no me engaño..., ésta es la verdad", o también: "Yo no me atrevo a juzgar en esa forma...".

Te recomiendo de modo especial que, al frisar en los catorce o dieciséis años, te examines con más minuciosidad acerca de tu comportamiento.

Los jóvenes a esta edad suelen ser terriblemente desacertados e insoportables. De muchos, antes de oírlos pronunciar una palabra y hasta sin verlos, sabemos hasta qué punto son mal educados, insolentes.

Al llegar a casa, todo retumba por el ruido con que empujan la puerta, cruzan por las habitaciones como un torbellino y plantan los libros con estrépito sobre la mesa, de suerte que las hojas van volando por todas partes. ¡Y cuando se ponen a hablar! ¡Qué ruido! ¡Qué gritos para llamar al compañero a cien metros de distancia! ¡Pobre familia! ¡Qué tormento, qué enfados!

Si no saben hace ruido de otra manera, empiezan a canturrear con voz de gaita una melodía, acompañada a golpes de regla sobre la mesa Y riñen... con los muebles de la casa; y la silla que cruje o el jabón que se escurre de las manos son pretexto para decir un sinfín de improperios.

Por las noches no son capaces de ordenar sus zapatos al momento de quitárselos. Y al acostarse dejan sus prendas de vestir, en desorden, de tal modo que quedan en cualquier lado.

Si llevan paraguas por la calle con sus graciosos movimientos molestan a una docena de transeúntes.

Improvisan bromas, que sólo a ellos hacen gracia; claro está, él solo suelta una carcajada que vale por diez, y al hablar grita como si háblese con sordos.

Estos jóvenes quizá no son malos. Únicamente olvidan que Dios, bondadoso, dio puntas de pies, para que pudiesen andar de puntillas, que lo que para su oído resulta melodía exquisita, a los demás les parece un estrépito ensordecedor.

25. Cómo has de tratar a los sirvientes

No hay cosa que delate más pronto si una persona es de veras educada o si está pintada sólo por fuera con un ligero barniz de civilización que el modo de tratar a los inferiores, criados y criadas. En este punto muchos "señores" no saldrían del examen con buena calificación; mandan a las criadas de un modo caprichoso, en tono exigente y despectivo.

Desde que apareció el Cristianismo condenó tal proceder, y es ahora también severamente censurado por nuestro mundo tan "democrático".

Los criados son personas no menos que aquel joven orgulloso que les manda bruscamente; tienen también un alma inmortal.

La persona con educación trata de aliviar con sus modales finos la suerte del prójimo y quitar el gusto amargo a la vida de aquellos que por su posición modesta se ven obligados a servir.

No abdica de su señorío, más bien da pruebas de aquilatada nobleza, el joven que habla con atención a las criadas ("Le ruego que haga tal o cual cosa") y no se desdeña de hacerles menos pesado el servicio en momento oportuno.

Aún más: no te avergüences de dar las gracias a la persona que se cuida de tu comodidad mediante un trabajo tan árido y monótono.

El joven educado es suave y cortés con la servidumbre.

Piensa un poco cuán difícil es su papel, aun en el caso de que la vida no sea de amargo gusto para ella.

¿Qué títulos tienes tú para que uno de tus prójimos, completamente semejante a ti, te esté subordinado y te limpie los zapatos? Pero ya que así son las cosas, procura por lo menos hacerles más llevadera su obligación con un modo más suave de mandar.

Créeme: no perderás nada de tu dignidad si das las gracias a una simple sirvienta cuando te trae un vaso de agua. El tono con que se habla a los sirvientes, hermanos nuestros que nos sirven, y el tono con que de los mismos se habla, revelan mejor la educación del alma que los vestidos elegantes y la mano hermoseada según todos los recursos de la estética.

No estará de más que medites un poco este punto: si tantos son los que trabajan por ti para librarte de las fatigas corporales, ¡cuán imperiosa es tu obligación de consagrar el tiempo que así ganas al desarrollo de tus facultades espirituales y de no gastarlo en placeres ni en holganza!

26. La risa

La disciplina del espíritu ha de manifestarse en las cosas más menudas, hasta en la risa.

La risa es muy saludable; refresca la circulación de la sangre e inunda el ánimo de sol. Por esto me alegra ver a los jóvenes de buen humor; pero... sólo si se ríen en el momento oportuno. El que se ríe a destiempo parece pupilo de un manicomio.

Obras, pues, con gran acierto si tratas de señorear tus músculos y abstenerte de reír algunas veces, aunque veas cosas que mueven a risa.

Es muy provechoso el juego que consiste en mirarse fijamente dos jóvenes sin reírse. La prueba es difícil. ¡Pero qué ventaja si llegas a dominar la risa!

A cierto estudiante acarreó graves consecuencias el haber soltado carcajadas cuando el profesor explicaba junto a la pizarra, en un silencio solemne, que en el triángulo rectángulo la suma de los cuadrados de los catetos es equivalente al cuadrado de la hipotenusa. Cruzóle por la mente un pensamiento extraño; le dijeron un chiste al oído; pero todo esto no lo libró de una mala nota y reprimenda. No quería reírse; más ¡no supo mandar a sus músculos!...

Provechoso te será este frenar a ti mismo al encontrarte con tu voluntad con una tertulia donde se ríen con chistes silencios, de

doble sentido; si no puedes irte, por lo menos tu rostro rígido, sin asomo si quiera de risa, será la protesta viva contra aquella reunión de desahogados. ¡Qué imponente fuerza la de una persona que sabe dominarse!

En un ambiente de alegría y francachela[11] es donde mejor se puede conocer a las personas. Observa con qué se divierte cada cual, de qué se ríe con más gusto, con qué ocurrencias hace pasar el rato a los demás y descubrirás el valor íntimo de la persona.

Con razón dijo Goethe: "Ninguna cosa revela el carácter humano mejor que aquello que lo mueve a risa". El pájaro, aunque se pasee por el suelo, denuncia por la gracia y ligereza de sus pasos que tiene alas.

Hasta en los desbordes de tu alegría has de mostrar que tu alma educada y disciplinada conserva siempre el señorío.

[11] Francachela: Reunión de varias personas para regalarse y divertirse comiendo y bebiendo, en general sin tasa y descomedidamente. *(N. del Ed.)*.

27. “Queridos padres...”

Dícese del estudiante del cuento que, queriendo escribir a su casa, no le ocurría pensamiento alguno pasadero. Al fin escribió la carta, como sigue: “Queridos padres: Me duelen los ojos. Los examinadores, encantados, me piden el *bis* para septiembre...”

La redacción de cartas tiene su arte peculiar. Y no pienso ahora en las reglas exteriores y técnicas –por ejemplo, que dejes cierto margen al comienzo y final de líneas y también el pie de página–, sino en aquel sentido exquisito que nos inspira palabras adecuadas para expresar nuestros sentimientos.

En las cartas hemos de pesar las expresiones aún más que al hablar, porque los diferentes matices de la voz evitan la mala inteligencia, ocasionada acaso por términos impropios; mas en las cartas las palabras están desprovistas de tono.

Ejercítate, pues, en este arte y redacta cartas en tonos cortés y exquisito para las ocasiones más variadas. Para negarte a la demanda que te hace una persona; si hubieses de llamar la atención de alguien sobre sus defectos; si te acusan y tienes que defenderte; felicitando a un compañero enfermo por su cumpleaños; para consolar a una amiga en la muerte de su madre; si alguien estuviera disgustado y tú quieres pedirle perdón...

La carta tiene que ser tal que de una impresión favorable de quien la manda. Por lo tanto, amable y cortés en el tono, pulcra en su presentación.

Una carta con líneas corregidas y vueltas a corregir, con palabras tachadas, con borrones de tinta, es ofensiva.

No trates en las postales de cosas íntimas o de asuntos que pueden ser desagradables al destinatario.

Todas las cartas han de llevar fecha. Este detalle lo descuidan casi siempre los muchachos.

Para muchos ofrecen gran dificultad el encabezamiento y la antefirma.

A la vista salta que la carta deberá encabezarse de distinta manera si va dirigida a los padres, a los amigos, a una autoridad, a los superiores.

Al Sumo Pontífice se le saluda "Santísimo Padre" y en el decurso de la carta: "Vuestra Santidad".

El tratamiento del rey es: "Señor".

El de los príncipes reales o infantes: "Serenísimo Señor", y en medio del escrito: "Su Alteza".

El de Cardenales: "Eminentísimo Señor".

Los jefes de Estado, ministros, embajadores, generales, almirantes y similares, tienen el tratamiento de "Excelentísimo Señor", y en el decurso del escrito: "Vuecencia".

Al Obispo se le dice: "Excelentísimo Señor".

En la antefirma de una carta dirigida al Papa se debe escribir: "Con toda humildad besa los pies de Vuestra Santidad".

Las cartas dirigidas a un Cardenal terminan así: "Besa humildemente la sagrada púrpura de su Eminencia su obedientísimo n.n.".

Si la carta va escrita a un Obispo, la antefirma es: "Besa el anillo pastoral de Vuecencia su humilde servidor...".

En las cartas dirigidas a iguales abundan las fórmulas; por ejemplo: "Disponga V. de esta su siempre atenta y afectísima s. s..."; "te saluda muy afectuosamente y estrecha tu mano..."; "en espera de tus órdenes, tuyo...".

28. El sueño

La Divina Providencia señaló un fin importante a la vida humana. Para llegar a él necesitamos no sólo la formación espiritual, sino también la salud del cuerpo.

La salud es un medio magnífico para realizar nuestros ideales; el joven prudente cuidará, pues, de su salud, y la estimará en lo que vale. Sería del todo pagano el pensar que la salud es el mayor bien del mundo; pero pensando rectamente hay que ver también en ella un tesoro valioso y no despreciable. No puede, por tanto, eximirse de responsabilidad quien por su culpa pierde la salud, este medio que tanto habría podido ayudarle en el cumplimiento de sus nobles deberes sobre la tierra.

Por otra parte, tampoco es de admitir la teoría de que el joven tenga por objeto principal y único de sus desvelos la salud corporal.

Un modo de vivir templado y de gran mesura, la igualdad de ánimo, el sosiego, son el mejor médico y sostén de la salud; como lo expresa muy bien el verso alemán que cito a continuación:

Drei Arzte gibt es allbekannt,
Die besten auf und ab im Land:
Das ist der Doktor Ruhigblut,
Herr Haltemass und Wohlgemut.
War übt, was die Kollegium rät,

Wird niemals sterben oder spät.

Weber.

"Tres médicos famosos hay, los mejores que se conocen en el país: son los doctores Sangrefría, Mesura y Buenhumor. El que siga los consejos de este colegio no morirá nunca, o, por lo menos, tardará mucho".

No en vano escribe Schiller respecto del sueño: *"Die beste Speise an des Lebens Mahl"* es el plato mejor en el banquete de la vida.

Su valor es de veras inapreciable. Es tan necesario para la vida como el alimento. Repara las fuerzas que desgastó el pesado trabajo de la jornada.

Durante el sueño, el organismo elimina las materias venenosas que el trabajo mental y corporal han dejado en pos de sí como escombro y producen el sentimiento de cansancio.

Al mismo tiempo –como lo denota también la respiración profunda– el organismo absorbe más oxígeno durante el sueño. Por esto, dormir al aire libre o en un cuarto bien ventilado resulta más provechoso.

Cuanto más alta sea la cama, mejor será el aire que respira, porque el ácido carbónico, nocivo a la salud –por ser más pesado que el aire– baja hacia el suelo. Por esto es tan poco higiénico dormir en el suelo.

El joven necesita unas ocho a diez horas diarias de sueño. El niño necesita más aún.

El sueño más reparador es el de antes de medianoche; si lo abrevias, difícilmente podrás compensarlo después. Obrarías neciamente si quisieras ganar, trabajando por la noche, el tiempo que has malgastado por la tarde.

"Si en una nación –dice un escritor de renombre– se acostaran todos a las diez de la noche, tal nación triunfaría pronto de las demás".

Antes de ir a dormir debes prepararte para el descanso. Por lo tanto, no debes comer durante una o dos horas antes, ni bebas nada que excite los nervios: café, té, ni hagas un trabajo pesado. Lo mejor es charlar un rato después de la cena, y antes de acostarse hacer que repose tu alma en la oración, tan consoladora, y en el examen de conciencia.

Sea tu cama lisa y bien compuesta; más bien dura que blanda; la cubierta ligera y no demasiado caliente.

Por la mañana, ya despierto, no sigas en la cama. Tal costumbre te volvería perezoso, friolero, lánguido. El permanecer en cama ya despierto destruye a veces el efecto saludable y confortador del descanso nocturno. Tu divisa sea ésta: Pronto a la cama, y pronto fuera de la cama.

29. Cultura física

El dicho antiguo: *mens sana in corpore sano,* mente sana en cuerpo sano, ya te será muy conocido; no será ésta la primera vez que lo escuches... o que lo leas. Pero hay más: no sólo el cuerpo sano te ayuda a cumplir tu misión en la tierra; también el alma se moldea con más facilidad y adquiere mayor temple y fuerza en un cuerpo robusto, ejercitado, que en un montón de carne fofa y de mucha grasa.

Para dar asiento firme a la pureza –sobre todo en los años de la adolescencia– es medio eficaz ejercitarse todos los días en trabajos corporales, en gimnasia y deportes.

El joven que diariamente hace trabajar su espíritu y su cuerpo no se verá expuesto a tantas tentaciones de pecado como el holgazán y comodón. El cuerpo mimado en demasía, dado al regalo, lleno como un embutido, es natural que muestre cada vez más exigencias. Quiere ser el señor; manda, exige y ataca con el fuego de las tentaciones sensuales a la pobre alma.

Es el cuerpo un enemigo metido en casa: pronto para el mal, lento para el bien. Pero si a diario le sacudes, le estiras, le haces crujir, le doblegas, en una palabra, si le domas con severa gimnasia, verás cómo pierde sus exigencias descaradas.

La misma historia nos dice cómo las naciones sanas, robustas, procuraban siempre con gran esmero la salud corporal de sus

ciudadanos. Donde el vigor fue sustituido por afeminada blandura, allí la salud y la cultura fueron menguando de modo visible.

Pero ¿en qué consiste propiamente el vigor? Es la capacidad de hacer frente a influencias fuertes –principalmente a influencias opuestas–, a excitaciones, a sentimientos, sin perjudicar en lo más mínimo a la salud.

Tal capacidad se muestra, sobre todo, en la manera de resistir a los cambios de temperatura. El que tiene un cuerpo sano puede salir del cuarto caliente al aire frío y no se acatarra. Soporta el tiempo húmedo, de nieblas y vendavales, lo mismo que el sol de primavera.

Su sangre circula con regularidad precisa, según convenga, por los miembros del cuerpo, y así conserva el calor uniforme y natural del organismo. El calor interior de un cuerpo joven, vigoroso, preserva mejor del resfriado que el más grueso abrigo de pieles.

También es propio del cuerpo robusto resistir mejor al cansancio, al hambre, a la sed.

Es joven robusto el que sabe sonreírse aun cuando le duelan las muelas, el que no se deja quebrantar por una indisposición pasajera, el que trata de sobreponerse a sus molestias.

Es joven robusto el que no siente la necesidad de acogerse siempre a las faldas de su madre, el que no busca de continuo los bocados exquisitos, el que no se queda enterrado en las almohadas cuando se despierta por la mañana, el que sabe someter su cuerpo a la férula del espíritu.

"¡Pero... tengo la salud tan débil! ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido así?". Tal es la queja de muchos jóvenes. Semejante lamento encierra una equivocación. Como si nuestra salud –por lo menos en gran parte– no dependiera de nosotros. Cierto que quien ha heredado de sus padres un organismo débil no un campeón de boxeo. Pero cuando hablamos de un joven robusto, no queremos que sea un Hércules.

Muchos jóvenes no meditan como debieran lo importante que resulta para la salud el aire fresco. Porque si lo supiesen, su ideal no sería el bar, lleno de humo; ni el teatro rebosante; ni esperarían con tanta impaciencia el día de su concurrencia a los salones elegantes tan sólo para llegar a respirar un aire... viciado por otros.

Es de mucha importancia para la salud la buena circulación de la sangre. Y para ésta es menester el aire puro. Por lo tanto, ventila bien tu cuarto; vale más que respires aire puro, aunque frío, que caliente pero sin oxígeno. ¡Y, sobre todo, en tu dormitorio! En aire fresco, no frío, el sueño resulta más profundo, y, por ello, más saludable.

Durante el estudio levántate algunas veces y, poniéndote de puntillas, has algunos movimientos de brazos como si nadaras; con tal ejercicio estiras la espina dorsal, cansada, e introduces oxígeno fresco en los pulmones. Después te será más fácil el trabajo.

Está todo el tiempo que puedas al aire libre. Paséate, pero no en los paseos de moda, sino al aire puro, en el patio, en el jardín, en el campo, en el bosque.

Respira larga y profundamente por la nariz, llevando al mismo tiempo hacia atrás los dos brazos y levantándote sobre la punta de los pies, como si intentaras crecer.

Puedes repetir el mismo ejercicio algunas veces durante el tiempo del estudio, cuando tienes que trabajar largamente, de un tirón. De esta suerte introduces aire en las vesículas pulmonares que en la respiración ordinaria, corta, no entran en trabajo y así se atrofian con facilidad. Por esto la pulmonía, esta enfermedad tan peligrosa, ataca tan fácilmente las extremidades de los pulmones: allí no entra el aire con la respiración ordinaria y silenciosa de todos los días y así es menor su fuerza de resistencia contra el contagio.

No te encorves al estudiar; tente con el torso derecho (cosa que también necesita una voluntad con temple). Hay jóvenes que

se vuelven jorobados por no haber tenido a nadie que les llamase la atención. Con una postura encorvada comprimes tus pulmones.

Lo mismo te digo cuando tengas que hacer largos trabajos en los talleres, o labores diversas.

Cada mañana, cuando te levantes, no estará de más que hagas ejercicios de gimnasia durante diez o quince minutos.

Siempre que sea posible, no lo hagas en el dormitorio, sino en otro aposento, donde nadie haya dormido y el aire sea puro; desde la primavera hasta el otoño puedes hacerlos en el mismo dormitorio teniendo abierta la ventana. Después del ejercicio lávate bien con agua fría (robustece mucho los nervios).

Además de no ocuparse en deportes, los jóvenes incurren en otras muchas pequeñas emisiones, con daño para su salud, que tarde o temprano se resiente por tales descuidos.

¿Sueles lavarte como es debido todas las mañanas y bañarte todos los días?

¿Te limpias los dientes antes de acostarte?

¿Dañas tu vista con lecturas forzadas y mala iluminación a altas horas de la noche?

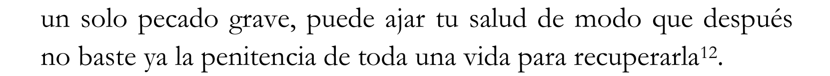
¿Comes cuando te viene la gana, sin orden ni concierto, no limitándote a las comidas principales del día?

¿Haces algún ejercicio suficiente?

¿Paseas, juegas al aire libre o siempre estás metido en el cuarto?

Estas cosas son insignificantes, al parecer, pero la omisión de todas ellas en conjunto socava tu salud, te debilita, te despoja de fuerzas para resistir las enfermedades.

Mira un poco en torno tuyo y verás con frecuencia cómo trabajan las gentes de hoy contra su propia salud, muchas veces con un esfuerzo excesivo, pero mil veces más con diversiones desenfrenadas, con un modo de vivir licencioso. Una sola caída moral,



un solo pecado grave, puede ajar tu salud de modo que después no baste ya la penitencia de toda una vida para recuperarla[12].

[12] Sobre este punto te aconsejo que leas otra de las obras de Mons. Tihamér Tóth *Energía y Pureza. (N. del Ed.)*.

30. Al aire libre

Quiero decir algo de un modo especial sobre uno de los medios más excelentes para descansar y reparar las fuerzas: el paseo al aire libre.

Siento angustia siempre que en los cafés de las ciudades o de la capital, en estos cafés de atmósfera corrompida, donde se masca el humo, veo también muchachos que respiran aquel aire podrido y pasan el día sin hacer cosa de provecho. Pobres jóvenes engañados, ¡que se creen más felices por frecuentar esos lugares! En Alemania son designados tales jóvenes con el nombre de *kaffeehauswaizen* (chinches de café).

Y, sin embargo, los paseos al aire libre tienen una influencia magnífica, no sólo en la salud corporal, sino también para refrescar el espíritu.

La bella floresta, el arroyuelo de cristal, el sol como ascua de oro, las mariposas que revolotean, las florecillas que se abren, el verdor de los campos, la gran turba de las aves canoras, todas estas cosas, hacen descansar los nervios agotados por el trabajo.

Durante los paseos no solamente nuestro corazón se abre más confiado al amigo, sino que nuestros mismos pensamientos saben levantarse con más calor y más espontaneidad hacia el Señor.

Las huellas de la mano del Dios creador se muestran con subida hermosura en la naturaleza. No por capricho, pues, ni por pura casualidad, sino enseñados por la Naturaleza misma, suelen los hombres levantar en medio de los bosques capillitas, oratorios, donde por impulso espontáneo rinden sus homenajes a Cristo Rey del Universo, a la Virgen sin mancilla. En el bosque de Schwarzwald hay una cruz con la siguiente inscripción:

Im schönen Tempel der Natur
Siehst du des grossen Gottes Spur.
Willst du Ihn noch grösser seh'n,
So bleib bei seinen Kreuze steh'n.

"En el bello templo de la naturaleza descubres las huellas del Dios grande. Si quieres verle mayor aún, párate junto a su cruz".

Un joven colecciona plantas, otro, insectos; un tercero, minerales. A éste le gusta sentarse junto al arroyo parlanchín y aprender ahí la lección; aquél pergeña bosquejos del paisaje...

Un joven que ama la Naturaleza tiene, por cierto, un espíritu más exquisito que aquel que siempre va de bailes, de fiestas, de paseos de moda.

Tiene razón la marcha de los boy-scouts húngaros: "¡Al aire libre, muchachos! Se inunda el rostro de sonrisas a la caricia del sol; allí sube pujante la vida lozana y fogosa. Paseémonos por campos y bosques; al aire libre, libre se siente también el espíritu. Allí es pura la llama en los ojos y en el corazón. Allí nos mira el mismo Dios, y a su solo soplo brotan generosas la fuerza, libertad, la victoria".

Me acuerdo de la emoción con que me detuve un día entre los peñascos solitarios del Magas Tetrán, en medio de un majestuoso silencio. Había ya pasado la catarata de Nagytarpatak, y llegado a un a altura que nos crece un árbol; tan sólo unas cabras monteses daban saltos por las rocas peladas. A la derecha y a la izquierda, peñascos cortados a pico, guardianes del admirable

silencio. Del ruido de la vida no llega el más leve murmullo a estas alturas. Mudo sosiego lo envuelve todo. No me atrevía casi los pies del suelo para no hacer ruido. Sentí oreada mi alma por un soplo de la eternidad, y mis rodillas se doblaron espontáneamente en acto de ferviente oración sin palabras. En medio del silencio Dios nos habla con voz elocuente.

Sven Hedin, el explorador de fama universal, escribe que al descubrir la meseta del Tibet un lago aprisionado entre dos colosales peñascos, el silencio augusto de la eternidad llegó a conmoverle tanto, que con los ojos preñados de lágrimas se arrodilló para adorar a Dios infinito.

Los momentos pasados en plena naturaleza, en silencio solitario y meditación recogidas, dan profunda madurez al alma humana. Los grandes glaciares, las aguas abundosas que alimentan con su caudal los ríos y los mares, son espectáculos siempre hermosos; allí en el silencio, es donde descubrimos no pocas veces nuestra propia alma y hacemos acopio de fuerzas espirituales. Las almas de empuje gozan siempre del silencio como la planta del rocío matutino. El que no sabe vivir largos ratos a solas consigo mismo, el que corre siempre afanoso en busca de compañía, es alma de poca sustancia. En cambio, los momentos benditos de la oración y del examen vespertino son los más valiosos para conseguir un temple maduro. Las abejas también trabajan en silencio.

Es cosa chocante: no sabe, por lo común, hablar de cosas serias y provechosas sino quien a menudo penetra quedamente dentro de su propia alma y allí rumia callado ideas y pensamientos. Las grandes pensadores gustaban siempre de bajar al fondo de su espíritu. Por eso los grandes fundadores: San Benito, S. Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola..., asignan un papel tan importante al silencio de sus reglas. Ámalo tú también.

No digo que siempre vivas absorto, ni apático, y no sepas jugar con alegría. Por nada del mundo. Harta seriedad habrás de tener a la fuerza cuando seas hombre hecho. Pero bueno será

que cada noche antes de acostarte dediques algunos minutos al examen de conciencia y a la oración ferviente y cálida; es decir, a ti mismo, a sumergir tu pensamiento en los pliegues más escondidos de tu propio corazón.

31. El trabajo corporal

Nuestra buena voluntad fracasa muchas veces por culpa de un cuerpo débil, de un sistema nervioso quebradizo.

Cuídate, por lo tanto, seriamente de tu cuerpo, aun para llegar a tu formación espiritual y al desarrollo equilibrado de tu carácter.

Quien como tú se ve atado a los libros, al trabajo en la escuela, en la oficina, o a labores sedentarias, debe procurar hacer en los ratos libres algún trabajo corporal. Uno de los modos más indicados para vigorizar el cuerpo es el trabajo precisamente.

Pero no sólo por ese motivo debes aceptar el trabajo. Partir leña, ejercicios de jardinero, cavar la tierra, pasatiempos industriales, esculpir algo, hacer trabajos de calado; todo es un medio excelente para refrescar el alma. Mientras trabajan las manos, descansa el cerebro.

Newton gustaba de manejar el martillo, el cincel, el hacha. Watt y Stephenson se dedicaba en su tierna edad al trabajo manual. Francisco Deák[13] le gustaba la escultura; Mauricio Jokai hacía de tornero[14]. La verdadera *kaloagathia* –lo que recomendaban

[13] Gran político húngaro (1803-1876), que fue llamado "el sabio de la patria". Gracias a él se realizó el compromiso de 1867 entre Austria y Hungría, a base de una Constitución dualista. (N. del T.).

[14] Gran novelista húngaro, de exuberante fantasía (1825-1904). Fue, con Petofi, uno de los caudillos de la juventud de su patria en el movimiento nacionalista del 15 de marzo de 1884. (N. del T.).

los antiguos–, es decir, el hermanar lo bueno con lo ello, la salud completa del cuerpo y del alma se realiza si nos ejercitamos en todas as clases de trabajo, así corporal como mental.

Cuanto más cosas sepas, tanto más fácil será para ti abrirte camino en la vida, y tanto mejor podrás apreciar el trabajo de los otros.

Hasta te causará gran contento en tus ratos libres fabricar un pequeño armario o una jaula de marquetería, o desmenuzar algunos troncos de árbol o aceptar alguna faena en el jardín o en el campo..., pero esto tienes que hacerlo de modo que haya provecho en tu trabajo y no sea sólo un pasatiempo inútil.

Podrías así gozar la gran abundancia de bendiciones que brotan del trabajo corporal; tus brazos serán más robustos y más hábiles, tus nervios y músculos se templarán más y más, tu vista y tu sentimiento de lo bello conseguirán así un pequeño desarrollo.

Se comprende así como antaño los mismos reyes hacían enseñar a sus hijos algún arte manual y que hoy los scouts tengan pequeños talleres en donde se ejercitan trabajos de carpintero, encuadernador, tornero...

32. El deporte

Por desgracia, la vida de los estudiantes se ha desarrollado de tal suerte, que no es dado juntar con la vida de clases la práctica de algún oficio manual. Así nacieron las diferentes ramas del deporte, llamadas precisamente a sustituir el trabajo corporal, tan necesario a todos.

El deporte no tiene otro fin que hacer las veces del trabajo corporal en el robustecimiento de la salud. Con esto acabo de trazar los límites que deberás guardar en los deportes.

El objeto del deporte no puede ser el desarrollo excesivo de una u otra de tus extremidades, sino el fomento del trabajo de conjunto, rápido, acerado, elástico, de todo el sistema muscular y nervioso.

Ejercítate, pues, en primer lugar en los deportes que se hacen al aire libre, como, por ejemplo, las excursiones por los bosques y las montañas con el esquí, el trineo, con el remo, la natación, tenis, bicicleta, fútbol, básquet, y en este grupo podemos contar también la caza, que supone mucho movimiento, que robustece todo el cuerpo.

El valor del deporte no estriba tan sólo en el movimiento corporal que lleva consigo, sino más bien en el robustecimiento de la voluntad, en el estímulo de las energías, en el dominio propio, en la perseverancia, en la valentía que supone.

El joven que se dedica a los deportes con sobriedad tiene ya en su aspecto exterior cierto tinte señoril y noble. Sus ojos son brillantes, tu continente, gentil; tus pasos son armoniosos; tu talle, flexible. Este cuerpo joven, capaz de resistir admirablemente al frío, al calor, al trabajo y cansancio y que no se debilita por pecados necios, no será enemigo y carga del alma; antes al contrario, el ejecutor magnífico de cuanto ella ordene.

33. El Hércules

Como acabas de ver, estimo en su precioso valor el justo cuidado del cuerpo y lo considero de gran importancia, incluso para la expansión armoniosa y equilibrada de las fuerzas espirituales.

Nunca dejo de llamarles la atención, siempre que veo jóvenes arrinconados sin preocuparse en lo más mínimo de hacer ejercicio corporal. Pero acaso el campo de los deportes es el más a propósito para las exageraciones de los jóvenes. Y principalmente vemos hoy grandes excesos en un sector importante del mundo estudiantil.

¡Cuántos muchachos conozco cuto único ideal es poseer unos puños vigorosos y unos bíceps de acero!

¡Cuántos muchachos hay cuya única lectura son las revistas de deportes, cuyo solo anhelo es asistir a un partido de football, cuya singular preocupación es la curiosidad de saber cuál equipo ganará mañana! No hay otro asunto que les interese ni les queda tiempo para otra cosa. Por las noches sus padres se despiertan asustados, y no saben qué terrible mal, que negra pesadilla es el tormento de su pobre hijo, que grita continuamente soñando: "Piií, árbitro... Piií, árbitro".

Los mejores amigos son capaces de darse de bofetones en la clase por discutir si en el partido de ayer el mediocampista del equipo X atacó al volante izquierdo del equipo Z, legítimamente o contra el reglamento.

Juan: "No vengas con historias. Fue un ataque con todas las de la ley".

Pablo: "Pero ¿qué dices? ¿o es que estás ciego? El equipo X estaba furioso, y entonces el volante derecho empezó a atacar rudamente y contra todo reglamento".

Juan: "¡Ca, hombre! ¡Qué necesidades! Fue el Z el que jugó fuera de reglamento. Y su último goal fue de off-side".

Pablo: "¿Cómo? ¿Te atreves a sostener que hubo off-side? Se necesita tener frescura".

Juan: "Dirás lo que quieras. Era una off-side. Sobornaron el árbitro".

Y con esto comenzarán un partido suplementario e primera clase si no entra a tiempo el profesor de álgebra.

Hay estudiantes que ni siquiera tienen una idea nebulosa de quién fue San Francisco de Asís, o Alejandro Magno, o Velázquez; que no saben ni con una aproximación de siglos cuando fue la victoria de Lepanto o cuándo se inventó la primera máquina a vapor; pero los despiertas del sueño y sin vacilar te dicen, de un tirón, a cuántos centímetros está el record nacional de salto de altura, quién hizo los goles en la final de hace tres años, el cuarto goal del equipo, y hasta cuántos contó el árbitro cuando el campeón de boxeo estuvo a pique de quedarse k. o., lo que comió este para la cena, incluso son capaces de decirte de qué color eran las medias que llevaba el abuelo del que quedó campeón del salto de altura en la olimpiada de hace veinte años.

Y no quiero hablar del abuso que es admitir a estos muchachos grandes deportistas –a pesar de todas las prohibiciones ministeriales– en los clubs de deporte de los hombres adultos, y en los banquetes que siguen a los partidos, en donde se divierten en compañía de los atletas.

El deporte así entendido es una pendiente que conduce a la desgracia espiritual.

Hay exageración dañina del deporte cuando alguien cifra su ideal en la musculatura y olvida que el robustecimiento del cuerpo no ha de ser fin, sino tan sólo medio. No es objetivo en que se haya de descansar, sino medio cuya razón de ser es prestar auxilio al desarrollo espiritual en vez de oprimirlo.

El deporte de los estudiantes no puede tener por blanco formar gladiadores y futbolistas profesionales. El deporte es muy útil para robustecer el cuerpo, pero adquiere tan solo su valor real si también sirve de escuela para una formación espiritual amplia y profunda.

Sean duros tus músculos; pero sé también tú duro contigo mismo: con tus anhelos, con tu espíritu comodón, con tu propensión a los placeres. Porque quien es demasiado tierno y considerado consigo mismo caerá sin remedio en las tentaciones.

34. ¿Joven sano o atleta?

No puede negarse, pues, que también el deporte tiene sus peligros. El peligro principal es que los jóvenes no distinguen como es debido entre la salud y la fuerza de músculos, cuando en realidad muy poco tienen que ver la una con la otra.

¿Qué es la salud? Una vigorosa circulación de la sangre, una gran fuerza de resistencia contra los cambios de temperatura, un cuerpo proporcionado y bien hecho; pero no un campeón de boxeo o atletismo.

Quiero que te prevengas contra las exageraciones del deporte. El campeón de atletismo puede tener una salud quebradiza, mientras que un sabio de fuerza mediana puede gozar de salud excelente.

No te propongo como ideal un tosco montón de músculos, que come y se entrena para ser capaz de un esfuerzo decisivo (no lo haría un buey de otra manera), porque no me parece cosa de hombres tal alarde. Consecuencias de los deportes exagerados son, además del esfuerzo violento y de la enfermedad (enfermedades del corazón y del sistema nervioso), la grosería, un continente tosco y zafio, y junto con una ridícula vanidad un modo de pensar muy peligroso, porque más estima la fuerza muscular que la nobleza del espíritu, los ideales y la firmeza de voluntad.

Repasa un poco la historia universal: *los verdaderos héroes son los héroes de la voluntad, y las grandes victorias nunca fueron ganadas a fuerza de músculos nada más*.

Se pierde la nación cuya juventud tiene en más aprecio los puños de un boxeador y los gruesos músculos de las piernas de los campeones de carreras pedestres que el trabajo diligente de un Edison, el espíritu de un Marconi o el pincel de un Munkácsy[15].

Para los paganos la fuerza física era muchas veces el ideal supremo. Pero tal modo de pensar no le cuadra bien a un joven cristiano. Para éste la importancia del ejercicio corporal consiste en dotar al alma de un medio adecuado para el logro de sus nobles destinos.

Que no es la fuerza de la musculatura la que conquista para el hombre el dominio del mundo lo verás enseguida con unos ejemplos: Enséñame un campeón de boxeo capaz de «vencer» a un gorila. ¿Dónde habrá un campeón de carrera que pueda ganar a un caballo? El mono hace gimnasia con más destreza, el elefante levanta pesos mayores, el pez nada con más facilidad, la pantera salta con mayor ligereza que cualquier campeón.

¿Por qué, pues, se gloría el hombre de algo en que le vencen los mismos animales: la fuerza de la musculatura? Y si el hombre llega a vencer al caballo, y al gorila, y al tigre, y al león, logra el triunfo no con sus músculos, sino *con su superioridad espiritual*.

Por lo tanto, ejercítate en los deportes; pero... con medida.

Lo importante para la patria no es tener un deportista de fama universal de esquí, un campeón de natación o de carrera, sino que millares y cien millares de sus jóvenes tengan una musculatura robusta, una destreza múltiple, un cuerpo vigoroso y una voluntad flexible a la vez que enérgica.

---

[15] El mayor pintor húngaro. Sus cuadros bíblicos: *Cristo ante Piloto, Ecce-Homo...,* dieron la vuelta al mundo. (N. del T.).

35. El Juego

Por esto me parece cosa nociva que los jóvenes tengan el deporte por fin, que lo hagan por sobrepasar a los primeros y que por amor al deporte omitan el otro medio excelente de promover la salud: el juego.

En el juego el cuerpo se robustece lo mismo que en el deporte, y el espíritu, en cambio, gana más para su descanso.

Me decís de seguro: «¿Jugar? ¡Oh! Ya lo creo que nos gusta jugar. ¿Qué le parece a usted el *football*?»—rae interrumpirían seguramente muchos de mis lectores, a quienes intimaron más de una vez sus padres y profesores la prohibición de jugar al *football,* por ser éste un juego vulgar. Paréceme que me mira de reojo: «A ver, ¿qué nos contesta? Si nos contesta que no debemos jugar al *football,* entonces tiraremos a un rincón este libro y no lo volveremos a hojear; en cambio, si nos lo permite, él verá cómo se las arregla para contentar a padres y profesores.»

¡Oh queridos jóvenes, despuntáis de agudos! Procuraré contestar bien a vuestra ambigua pregunta. El balompié—aunque no llegue (como suele) a fracturar una pierna—es, a no dudarlo, un juego muy poco fino que impulsa con facilidad a cometer groserías. Los exploradores, por ejemplo, no ven con gusto el *football,* y tienen razón. Puede ser ventajosamente sustituido con otros juegos excelentes (por ejemplo, meta, «guerra de números», etcétera).

Pero como una voluntad bien dueña de sí podría sin dificultad vencer todos sus inconvenientes, yo permitiría el *football* a jóvenes que saben dominarse. Si se juega con la debida disciplina hasta puede ser un juego muy apto para robustecer la voluntad.

Mis estudiantes también juegan al fútbol, y da gusto verlos cómo luchan contra la precipitación, contra el espíritu partidista, contra una intemperancia en trance de estallar, contra una expresión grosera.

Nunca pierdas de vista que el juego no es tan sólo una distracción, sino también un medio magnífico para educar el carácter. Un pequeño número de tentaciones acechan tu paso en el juego, instigándote a la mentira, al egoísmo, a la grosería, y todas las veces que puedes vencer tales tentaciones has trabajado algo en hermosear tu alma.

Si has incurrido en *hand,* ¿tienes valor para confesarlo sin intentar defenderte? Si hubo *goal,* ¿sabes reconocerlo sin proferir palabra y sin discutir antes media hora?

¿Sabes no apoderarte siempre de un modo egoísta del balón y permitir que jueguen tus compañeros?

¿Sabes jugar subordinado al interés general de tu equipo y no buscar siempre tu propia vanidad?

¿Sabes alegrarte con el equipo contrario, si éste vence, y no morirte de rabia y envidia?

¿Sabes dominarte para no cargar de un modo brutal a los menos hábiles, a los más pequeños?

¿Sabes refrenar tu lengua y no soltar un «animal» al que hizo una mala jugada? He ahí las muchas ocasiones en que puedes mani-

festar una voluntad fuerte y un espíritu educado.

Pero no recomiendo el ejercicio corporal y el juego tan sólo como vehículos de la salud, como solaz después del estudio. Veo algo más en la destreza del cuerpo, en el trabajo preciso de los miembros.

Veo aquello que también los antiguos griegos buscaban ante todo en su gimnasia (por desgracia, los deportistas actuales saben muy poco de este principio): el dominio del espíritu sobre la materia, el mando perfecto de la voluntad sobre los miembros, la subordinación del cuerpo a los fines de la vida superior.

No puedo menos de aplaudir el triunfo del espíritu humano al ver con qué precisión y cuán aprisa obedecen todos los miembros del cuerpo de los jóvenes hábiles en gimnasia, todos sus músculos, todos su movimientos, al espíritu que manda.

Naturalmente, también en la gimnasia hecha con medida tienes que ser reposado, tranquilo y previsor. Muchos hubieron de pagar muy cara su precipitación.

No tan sólo debes ir con cuidado en las escaleras y no bajar los escalones de cuatro en cuatro (esto podría ocasionarte una hernia), sino que debes también, al saltar, caer sobre las puntas de los pies, y al tocar el suelo doblar enseguida las rodillas.

El jugar de cabeza en el *football* fácilmente puede hacerte tartamudo; los ejercicios excesivos pueden acarrearte una enfermedad del corazón, y el agua fría bebida inmediatamente después del juego, una pulmonía.

Cuando WELLINGTON, el vencedor de Napoleón en Waterloo, ya en una edad avanzada, hizo una visita a los campos de juego de

Harrow, acordándose de su lejana juventud, pasada entre jueros, dijo con orgullo: «Aquí, en este campo, vencí yo a Napoleón». Es decir, al jurar y ejercitarse por aquellos campos en los deportes, entonces creció en él el propio dominio, el vigor, la voluntad firme.

Procura también tú, amado joven, tener sanos principios en punto a cultura física. Tienes que *dar alma* a la gimnasia, al deporte, al juego, a las excursiones.

Yo soy el primero en alegrarme cuando veo a los muchachos en fila, derecha como un huso, con el pecho levantado, tenso todo el cuerpo. Pero esta postura rígida no puede ser otra cosa que un germen de la dignidad varonil; de nada servirá si no es símbolo exterior de la postura vigorosa y recia del espíritu contra toda pasión, contra todo anhelo egoísta, contra todo instinto rastrero. Postura erguida por fuera, pero también voluntad firme por dentro: músculos vigorosos, pero también alma disciplinada... He ahí el ideal exacto de toda gimnasia.

Adelante, pues; juega y haz deportes; pero no seas su esclavo, ni omitas por ellos el estudio, la lectura, el *cultivo del alma*.

Cuando llegues a ser hombre, nadie te preguntará en cuántos concursos de natación has vencido y en ninguna parte podrás jactarte de los metros de distancia a que lanzas el disco, sino que serás estimado según lo que hayas aprendido, según la cultura de tu espíritu, según lo que hayas podido atesorar en tu memoria del caudal inmenso de la ciencia humana.

Pero en los ratos libres sé aficionado al juego y al deporte moderado. No te sonrojes aunque seas menos hábil, de más débil constitución, más tímido que tus compañeros. Alístate con valentía

en el juego. Y no te ofendas por cualquier fruslería. El muchacho que en el juego se enfada continuamente, y a cada paso sale con aquello de «yo no juego más», no vale para estar entre hombres.
Mi ideal es el joven de recia musculatura cuyos ojos brillan de gozo, cuyo rostro ríe de alegría *cuando juega;* pero que es serio y profundo, perseverante y diligente *cuando estudia*.

«Cuando estuve en París como joven estudiante—escribe SAN FRANCISCO DE SALES, hijo de noble familia— sentí en mí un deseo ardoroso de ser santo y perfecto.» Realmente, vivió como santo, y, sin embargo, aprendió a bailar, hacer esgrima, montar a caballo. ¡Oh, si todos los estudiantes supiesen hermanar felizmente las dos cosas: *un alma pura y libre de pecado con una alegría rebosante, con las diversiones honestas, con los juegos inocentes!*

36. *"Keep smiling"*

En el Metro de Nueva York no se despachan billetes, sino que se echa una pieza de cinco centavos en un mecanismo automático colocado a la entrada y entonces la rueda que cierra el paso gira un cuarto de círculo y deja entrar en el andén.

Quien no tiene monedas tiene que cambiar antes allá bajo tierra; en la mesa de la caja, donde echa el cajero la moneda suelta, hay el siguiente letrero: *Keep smilling*; es decir, "no dejes de sonreír". Aunque hubiera gran muchedumbre y sufrieses algún empujón, ¿vale la pena de mostrar enfado por tan poca cosa?

"No dejes de sonreír". Esto enseña el presente libro. No dejar nunca la sonrisa, conservar la alegría, no sólo cuando hay bonanza, sino también en los momentos del pesar y de la prueba, es una de las cualidades más destacadas del joven cristiano.

Verdad es que algo semejante suelen hacer los japoneses; pero en su sonrisa forzada hay algo de extraño, una rigidez que sobrecoge.

Un señor americano contaba que un día su secretario, japonés, Ito, hombre muy bueno y diligente, no se presentó en la oficina. A la mañana siguiente le preguntó dónde había estado el día anterior. Ito le contestó sonriéndose: "Le pido perdón, no podía venir, jijijí..., porque..., jijijí..., había muerto mi hermano". "¡Oh! ¡Cuánto lo siento! Pero me figuro que a su familia le habrán quedado medios de vida". Ito sonrió de nuevo. "¡Oh, no, señor! La viuda..., jijijí... y los seis huérfanos..., jijijí... quedan sumidos en la mayor miseria". Pues para tal cortesía se necesita una disciplina sobrehumana; hay algo en ello que da escalofríos.

El espíritu de Cristo no exige una extirpación radical de todo sentimiento humano; pero, sin embargo, sienta muy bien a nuestro espíritu, confiado en la providencia divina y en la bondad del Padre Celestial, un rostro que procura dibujar una sonrisa aun en medio de las pruebas más abrumadoras. No dejes de sonreír, aunque te duela la cabeza. No dejes de sonreír, aunque te veas preterido, injustamente tratado.

No dejes de sonreír, aunque en torno tuyo no escuches más que cosas desagradables.

No dejes de sonreír, no sólo porque te lo exige la cortesía para los que te rodean, sino también porque así la jaqueca se pasará más aprisa, la llaga de la preterición cicatrizará más fácilmente y la tristeza de tu alma, que gime, hallará más presto alivio.

37. Almas de luz

Quiero advertirte respecto de una cosa que parece niñería: tente siempre derecho.

Cuando queda envuelta en amarguras el alma humana el cuerpo se encorva, se pliega. ¿Y si estamos alegres? ¡Qué firme y gallarda figura ponemos! Pues bien: tente derecho siempre y acaso te sea más fácil estar de buen humor. Por lo tanto, derecha la espina dorsal. Levantado el pecho. Erguida la cabeza. La frente al sol. Los hombros hacia atrás.

Pero, sobre todo, tente firme y apuesto en tu interior.

Y esto, ¿a qué viene? Pues mira: el cuerpo se siente propenso a encorvarse y como carga inerte pesa sobre nuestras almas. Por lo tanto, tenemos que contrarrestar esta presión también desde dentro tratando de tener buen humor, alegría ganas de cantar...; hemos de tener un alma llena de sol.

¡Ser alma luminosa!

¿Alma luminosa? ¿Pero... existe tal clase de almas? ¡Oh, sí! Y forman tesoro sin medida para la familia, para la sociedad, para la humanidad entera.

En América del Norte hay una planta muy interesante: la bujía nocturna (*oenothera biennis*), cuya flor, de color amarillo pálido, absorbe y almacena durante el día la luz, y la despide después en la

obscuridad de la noche, para que las mariposas nocturnas encuentres en el fondo de su cáliz jugo dulce y exquisito.

Así son también almas luminosas aquellas gentes que van almacenando sol, alegría, amor, amabilidad en su alma y preparan así tesoros de dulzura donde pueden los demás templar sus amarguras.

Un muchacho alegre, amable, siempre obediente, fino, ¡cuánta alegría, cuánto sol puede irradiar en su familia!

Sobre todo, sé muy atento, servicial, cariñoso cuando veas que alguna pena roe a tus padres, que, tristes, tienen que soportar contratiempos.

Sé tú sol brillante de alegría para la familia, su ave cantarín. Sé alma de luz para ellos en la noche de las luchas de la vida.

"Es nuestra vida semejante a una antorcha encendida, que unas veces con lentitud, otras veces más de prisa, va consumiéndose de continuo. Dichoso quien al pensar en lo efímero de su existencia puede consolarse con el pensamiento de haber despedido mucha luz para los demás". (Barón de Eötvös).

CAPÍTULO SEGUNDO

EL JOVEN ESTUDIOSO

1. Pieles Rojas en Europa

"Imposible. ¿Pieles-rojas en Europa? No habrá quien lo crea" –me dices tal vez.

Espera un poco. Si no crees que los hay en Europa, te voy a demostrar más todavía; voy a probarte que hay pieles-rojas en vuestra misma clase. Y da muchas gracias a Dios si, por fortuna, no eres uno de ellos.

Supongo que habrás leído u oído decir que a los pieles-rojas les da escalofríos cuando tienen que trabajar. Prefieren su exterminio al trabajo. La holgazanería de un pueblo es la señal segura de su ruina.

Esto podrá quizá explicarse tratándose de una raza que no tiene ya más destino que su desaparición; pero ¿siendo cosa que a estudiantes se refiere? Sin embargo, muchos caen víctimas de una poltronería espantosa. Son perezosos, apáticos; todo lo hacen de mala gana; no saben sentir entusiasmos; nada existe que los interese, como si se hubiesen propuesto vivir su vida pensando lo menos posible.

Se debe aprender de todo, y, por lo mismo, también el arte de aprender, y muchos jóvenes tienen la mala suerte de no advertir hasta los cursos superiores, o al entrar en la universidad, que no aprendieron en los primeros años de sus estudios *él arte de aprender*.

El aprender no es cosa fácil. Y no poco yerran quienes piensan que los estudios y las diversiones pueden ir juntos y a un

tiempo.

No niego que haya muchachos para quienes "el mismo estudio es un juego". Pero el trabajo de provecho nunca puede tomarse como broma y pasatiempo. El que con habilidad logra despojar al trabajo de su carácter fatigoso, también le priva de resultado.

Con vigoroso y tenaz esfuerzo hemos de someter nuestro temperamento al estudio. De seguir nuestro instinto –quién lo duda– preferiríamos estar echados en un sofá, en cómoda postura después de comer, o jugar correteando por los campos, y se necesita una fuerza no vulgar para vencer nuestra pereza y lograr sentarnos con puntualidad constante ante la mesa de estudio.

Con puntualidad constante. No sólo con un fervor pasajero que de vez en cuando lanza una llamarada, aunque se trate de jóvenes con entendimiento indisciplinado, de voluntad en desorden.

Tiene razón por completo el pensador inglés Carlyle: "El ser viviente más débil, si concentra sus facultades en un solo punto, es capaz de lograr algo; mientras que por otro lado, el ser más fuerte, si divide sus energías, adelantará muy poco".

2. El arte de aprender

El aprender es un arte; pero has de tener idea cabal de este difícil arte.

Es curioso ver cuántas cosas han de aprender los estudiantes en las aulas y cuán poco se les explica el modo de estudiar.

No se les enseña cómo han de hacerlo de un modo racional, prudente, para que sean sus desvelos coronados por el éxito, además de resultarles más fácil y llevadero el estudio, tan pesado de por sí.

No hace falta repetir que el aprender siempre será un trabajo espinoso y serio. *"Modo de aprender jugando el francés"*. *"Método para aprender el inglés en seis horas"*. Tales y otros títulos parecidos, estampados en algunos libros, no son sino un engaño.

Supongo, en honor tuyo, que serás más avisado que aquel joven presuntuoso del cuento, el cual sólo quiso contratar un profesor de idiomas con la condición que no lo torturase con reglas gramaticales, conjugaciones de verbos ni listas de palabras.

Pero siendo el estudio siempre un trabajo regado con sudores no es, sin embargo, imposible aliviarlo con algunas medidas de prudencia.

Hay muchos artificios pequeños y hábiles con los cuales es dado facilitarlo. Y como, por lo que fuere, es tanto el caudal de conocimientos que a los jóvenes se pide en nuestros días, no estará

demás que procures adquirir una técnica de estudio que podríamos llamar económica; es decir, que te ahorre muchas fuerzas.

Primera condición para estudiar bien es estudiar con atención. Con la mayor atención posible.

Suele creerse que los grandes sabios son muy distraídos. Realmente, a primera vista, algunos de sus actos parecen obedecer a una distracción muy grande. Y, sin embargo, no es así.

Seguramente habrás leído el caso gracioso de Newton: quiso pasar un huevo por agua y echó su reloj de bolsillo en la olla, mientras tenía el huevo en la mano para mirar en él los minutos que había de dejar hervir... el reloj. No obstante, los sabios no son distraídos; todo lo contrario, prestan gran atención, pero a una sola cosa: a su materia favorita.

Prestan atención tan intensa y van rumiando su solo tema de tal forma que nadie sentiría extrañeza si por la calle los arrollase un tranvía, porque no se dan cuenta del mundo exterior. (Ni que decir tiene que no te aconsejo que salgas a la calle con tal género de atención.)

En lenguaje ordinario designamos tal estado con el nombre de distracción, cuando esta distracción del sabio es atención profunda y un mérito, y no una falta que se deba reprender. En cambio, es distracción censurable que una persona mezcle cosas sin ton ni son en su charla; que se olvide de hacer lo que le encargan, que cambie de trabajo sin terminar el primero que había empezado, que siempre dé comienzo a nuevas cosas, que sienta escalofríos al tratarse de pensar...

De ahí se deduce que hay dos clases muy distintas de distracción.

Lo mismo hay que decir de la atención. Yo quisiera que los estudiantes descollaran en ambas clases.

En el trabajo mental nada lograremos si no concentramos toda nuestra atención en un solo punto. Es la primera clase de atención.

Fíjate en un comerciante. ¡Cuán múltiple tiene que ser su atención! Tiene que recibir con amabilidad al comprador, encontrar al momento en las estanterías el género solicitado, pesarlo o medirlo con exactitud, calcular su precio, contar el dinero que se le ha pagado, y todo debe, debe hacerlo con habilidad y sin descuidar nada. Es la segunda clase de atención: atender simultáneamente a muchas cosas.

En la vida necesitamos las dos clases de atención, y quien mejor las ejercite, más ventajas logrará. Así, pues, el estudiante no debe ver, ni oír, ni pensar otra cosa que lo que está en el libro; mientras que quien anda por la calle, se encuentra en sociedad o va de viaje, tiene que ver, oír, almacenar cuantos más datos mejor.

Puedes también entrenarte en el arte de atender. Algunos estudiantes se quejan de no tener un cuarto silencioso donde estudiar apaciblemente. Pues bien: una voluntad firme es capaz de vencer también en este caso.

Aún más: a costa de mil experimentos se ha logrado descubrir que se sabe concentrar mejor la atención si para ello se ha de luchar con los ruidos pequeños (no muy fuertes, claro está) o con otras circunstancias desfavorables. Precisamente, al saber que algo ha de distraernos de continuo nos abismamos más y más en nuestros pensamientos.

Esta lucha que sostenemos para concentrar la atención robustece por modo eficacísimo nuestra voluntad.

Quien tiene una voluntad débil no sabe, por ejemplo, estudiar al aire libre (y, no obstante, ¡cuán saludable es esto!), porque el murmullo del follaje, los trinos de los pájaros al punto le distraen.

Si tienes jardín, acostúmbrate a estudiar al aire libre. Con un pequeño ejercicio lograrás concentrar tu atención también allá fuera.

3. El ejercicio de la memoria

Dibuja tu mesa de trabajo, el patio, la fachada de tu casa, el altar mayor de la iglesia...; en una palabra: cosas que hayas "visto" ya muchas veces; pero que tal vez no hayas observado con atención; compara después el dibujo con el natural y quedarás pasmado de la gran abundancia de pormenores que le faltan y del poco parecido que tiene con los objetos representados; ¡cuántas cosas difieren del original!

Además de la observación exacta es necesaria la observación rápida. Por ejemplo: echa una mirada a una casa de cuatro pisos y vuélvete de espaldas..., ¿recuerdas cuántas ventanas tiene?

¿Sabes ahora cuántas personas viajaban en el tranvía de que acabas de apearte?

¿Cuántos pájaros han pasado en este momento por encima de tu cabeza?

¿Cuántos árboles hay en la otra orilla del río?

¿Cuántas frutas había en el escaparate de la frutería?

Con otras menudencias puedes ejercitar también tu memoria y tu capacidad de observación.

Prueba, por ejemplo, a mover varias veces tus manos y tus pies en dirección contraria, o también: marca el compás de 2 por 4 con la mano derecha: abajo, arriba, abajo, arriba, y al mismo tiempo

marca el compás de 3 por 4 con tu mano izquierda en forma triangular; o también: marca con la mano derecha el compás de 4 por 4 y al mismo tiempo 4 por 4 con la mano izquierda, pero en diferente forma.

También toca en el piano una composición cualquiera mirando la partitura, pero al mismo tiempo recita una poesía de memoria, o haz una cuenta fácil de multiplicación. Con estos o parecidos ejercicios, insignificantes al parecer, lograrás que tu atención sea rápida y hábil. Hoy existen muchas carreras en que hace falta prestar atención a muchas cosas a la vez.

Magnífico ejercicio para educar la memoria es el recordar hacia atrás; es decir, repasando a la inversa el camino recorrido. Aunque al principio te resulte difícil, inténtalo; te será muy provechoso.

Antes de hacer tu oración de la noche siéntate cómodamente en una silla, cierra los ojos y repasa los acontecimientos del día, pero con marcha retrógrada. Empieza por el último acontecimiento del día y, guiada por la concatenación de los hechos, llega hasta la mañana, hasta el momento de despertarte.

Puedes, por ejemplo, hacerlo así: ahora estoy sentado aquí, en mi cuarto. Hace un momento vine del comedor, donde miraba televisión. ¿Cuál era el programa? Antes estuvimos cenando.

Habían estado con nosotros Marcos y Augusto. Preparamos la lección de matemáticas. Antes leía el libro X. El segundo capítulo me llamó poderosamente la atención... Antes había estudiado durante tres horas las demás lecciones de la mañana. Lo último fue el latín (Tácito); lo penúltimo la geografía, y a este le precedió la Historia... Dejé las matemáticas para la noche, para cuando estuviese Carlos. Antes de estudiar, la comida...

¿Qué hubo de doce a una? ¿Y de once a doce? ¿Y de diez a once?... Y así siguiendo hacia atrás..., hacia atrás..., hasta la oración de la mañana.

Cuando ya hubieses adquirido cierta práctica, puedes hacer el ejercicio más difícil empezando también por los acontecimientos más cercanos, pero llegando hasta dos, tres o cuatro días hacia atrás.

4. “Lo tengo en la punta de la lengua”

Nuestros sentidos no descansan un momento. Los acontecimientos del mundo exterior llegan a ellos en tropel; ellos, a través del sistema nervioso, llevan las excitaciones al cerebro, y allí nuestro espíritu las percibe en forma de imagen.

Cuanto más concentrada sea la atención que prestamos a estos fenómenos, tanto más clara es la percepción, y en estos casos decimos que ocupa el centro de nuestra conciencia.

En pocas cosas podemos pensar a la vez de un modo claro y preciso; son muy pocas las imágenes que pueden conservarse a un tiempo en el centro de nuestra conciencia. Impresiones siempre nuevas lanzan las anteriores del centro luminoso, y así nuestras impresiones van palideciendo, hasta llegar a borrarse de nuestra conciencia.

¿Realmente se borran por completo? En rigor, no. Lo que ha pasado una vez por nuestros sentidos queda archivado en nosotros para siempre; mucho más las cosas estudiadas, no una, sino muchas veces, y de un modo consciente., con una fuerte atención.

Pero ¿dónde se meten estas especies? Debajo del umbral de la conciencia. Allí forman un inmenso tesoro, y nosotros al tratar de recordarlas, no hacemos sino buscar en el tesoro algo que allí

entró: un concepto formado con anterioridad, una especie que existe sin género de duda, mas que no logramos descubrir en el primer momento entre millones de imágenes o conceptos.

Cuando lo encontramos, revive en nosotros lo que sentimos la primera vez; pero ya no es necesario el objeto exterior ni su estímulo sobre los nervios.

Es una cosa sencillamente sublime. Cómo se realiza en nosotros este almacenar nombres de personas y ciudades, de animales, calles y plantas; cómo se forma este riquísimo tesoro en que millones de acontecimientos e historias tienen sus respectivos representantes, nadie lo sabe; quien medita un poco sobre un hecho tan admirable no puede menos de dar gracias con el corazón conmovido al Dios creador que dotó de una capacidad tan prodigiosa y tan llena de misterio a la memoria humana.

De este hecho podemos deducir una consecuencia práctica y muy provechosa.

Muchas veces acontece que un nombre o una palabra bien conocidos no se nos ocurren en el momento dado. Intentamos buscar la palabra en el aire posando la mirada en el vacío, se nos escapa de los labios un sonido peculiar, movemos la cabeza...; es vano todo esfuerzo; por fin, con un "sin embargo, lo tengo en la punta de la lengua", desertamos resignados de la lucha.

Después de cierto tiempo, unas veces sólo después de breves horas, cuando ya pensamos en otros asuntos muy distintos de repente –como si nos hiriese un rayo– levantamos la mano a la frente y exclamamos: "¡Ah, sí! Claro, así se llama... Ya tengo el nombre".

Realmente "teníamos" el nombre; pero no sabíamos pescarlo en la subconsciencia.

¿Qué tienes que hacer en casos semejantes, cuando un nombre, o un número, o una solución –por muchos esfuerzos que hagas– no se te ocurre? Resume en una frase, breve y lo más clara

posible, lo que buscas; grábate bien la frase y después no pienses ya en el asunto y emprende otro trabajo.

Tu voluntad así reconcentrada trabajará inconscientemente, aun en medio de otros quehaceres; y lo más probable es que antes de acostarte tú también te des un golpecito en la frente exclamando: “Ya lo tengo. Esto es lo que buscaba”.

5. "Lo sabía, pero no me acuerdo"

Los jóvenes estudiantes, cuando no saben bien la lección, procuran excusarse de esta manera: "Profesor, lo sabía, pero no me acuerdo..."

Muchas veces esta excusa no es otra cosa que la mentira cobarde de los holgazanes; el "señorito" mal podía saber la lección si no había mirado el libro ni por el forro. Pero en otros casos no es mentira. Realmente algunos olvidan con facilidad, con demasiada facilidad. La cabeza de algunos muchachos se parece a un tonel agujereado: en vano se derrama en él la ciencia, que se escurre muy aprisa.

No por esto se debe disculpar sin más ni más a estos jóvenes desmemoriados; alguna responsabilidad les alcanza en ese fenómeno, porque el olvido, la distracción es un mal al que no pocas veces puede ponerse remedio. Consiste todo en que la persona trabaje o no con la perseverancia y habilidad oportunas en la educación de su memoria. Muchos jóvenes del "lo sabía, pero no me acuerdo" se acuerdan muy bien del contenido de la formación de su equipo de fútbol, de la tabla de posición o se saben de memoria hasta el *fixture* completo. ¿Qué prueba esto? Que, a pesar de todo, tienen memoria; pero les falta diligencia, paciencia, perseverancia.

Cuéntase del más célebre matemático y físico de la antigüedad, Arquímedes, que mientras Marcelo, el caudillo romano, sitiaba la ciudad de Siracusa en el año 212 (antes de Cristo), él estaba trabajando tranquilamente en casa en un problema matemático muy difícil.

Los romanos habían ya logrado entrar en la ciudad y él no lo había notado todavía. Un soldado entró con estrépito en su casa: allí estaba Arquímedes, sentado en el jardín, dibujando figuras geométricas en el suelo. En medio del estruendo, griterío y desorden del asalto, el sabio había seguido sus cálculos con tranquilidad, sin darse cuenta de nada. Y aun cuando se le presentó el soldado, Arquímedes casi no lo notó, y espontáneamente, sin levantar los ojos siquiera, le dijo tranquilamente: "No borres mis círculos".

"¡Oh si yo pudiera trabajar con atención parecida!", suspiran muchos jóvenes al oír esta historia. Pues bien: de Arquímedes podemos aprender las dos cualidades principales del trabajo atento. En primer lugar, procuraba él abstraerse de los acaecimientos exteriores que podían estorbarle, y luego concentraba las fuerzas de su espíritu con admirable disciplina para consagrarse, durante aquella hora, exclusivamente a las leyes matemáticas. Y este detalle es aún más importante que el primero.

En vano tendrán ciertos jóvenes un cuarto silencioso, porque su fantasía rebelde y volcánica estará vagando en mil y mil naderías durante el estudio. En cambio, si concentran sus pensamientos en una sola cosa verán con más claridad la materia que estudian; no se quedarán en la corteza, sino que penetrarán en el meollo de las cuestiones, y cuando se trate de decir la lección no soltarán unos cuantos balbuceos incoherentes junto a la pizarra para terminar con el estribillo: "Profesor, lo sabía; pero no me acuerdo".

Así, pues, durante toda la vida te será muy provechoso si aprendes bien, lo más pronto posible, a concentrar tu atención.

Sí: concentrar la atención, estudiar de veras. Tienes que acostumbrarte, sea cual fuere la tarea que tengas entre manos, a hacerla con toda la fuerza y atención de que seas capaz. No te hagas ilusiones: no se pueden hacer dos cosas a la vez.

¡Ah! "Pero yo sé hacerlas. Escribo una carta y tercio a la vez en la conversación; leo y almuerzo; juego, y mientras tanto voy buscando las palabras del tema de alemán...". Pues mira, ninguno de tus trabajos será perfecto. Más aún: el mero hecho de repiquetear sobre la mesa o mecerte en la silla basta para distraer tu atención.

No pienses, pues, al estudiar, en ninguna otra cosa. *Pluribus intentus, minor est ad singula sensus.* Quien mucho abarca, poco aprieta. A buen seguro que "no se puede repicar y andar en la procesión...".

Quien adquirió el hábito de hacer el trabajo más menudo con la mayor atención posible sentirá su bienhechor influjo no sólo al estudiar, sino también en todas las contingencias de la vida. Cualquier cosa que emprenda –aunque sea baladí– lo hará con tanta perfección como si se tratara del acto más importante de la vida.

Y el secreto de triunfar y de lograr algo positivo está compendiado justamente en este principio: Haz todo cuanto hicieres del mejor modo posible. Al sacar brillo a tus zapatos no pienses en otra cosa. Si limpias tu traje, cepillado como si te preparas para una fiesta. Si tratas de resolver un problema de matemáticas, conságrate a esa tarea como si en ella estribase todo el éxito de tu bachillerato. Si sacas a tu lápiz punta, hazlo como si hubiese de ser eso algo decisivo en tu vida. Y cuanto menos grato te sea uno de tus quehaceres, cúmplelo con tanto mayor anhelo y con gran atención, porque por más que te afanes no encontrarás mejor ejercicio para robustecer tu voluntad.

Ten presente este propósito: "No haré nada de un modo superficial" (Isabel Leseur).

6. El arte de olvidar

En cambio, pueden darse situaciones en la vida en que sea muy útil olvidar algo y no prestarle atención. No será, pues, infructuoso si después del arte de hacer memoria te digo unas pocas palabras respecto al arte de olvidar.

Supongamos que te abruma una desgracia. Ha muerto alguno de tus parientes, acaso tu padre o tu madre, o has perdido un buen amigo. El dolor, con sus negras alas, oscurece tu alma, paraliza tus fuerzas. ¿Cómo podrás olvidar en estos casos? Y, a pesar de todo, debes hacerlo; no por cierto echar en completo olvido a la persona querida que perdiste, de la cual debes acordarte muchas veces en tus oraciones; pero sí mitigar el dolor que te devora.

Supongamos el caso de un leve contratiempo; por ejemplo: no te comprendieron bien y te humillaron injustamente; te dieron malas notas cuando tú habías estudiado con diligencia; te preparabas para realizar uno de tus planes favoritos (por ejemplo: un viaje, una excursión) y en el último momento no te han dejado partir... ¿Qué tienes que hacer en estos casos? ¿Cómo puedes olvidar?

Los hombres de alma ruda y sin principio dan una trágica solución al problema: ahogan su tristeza en el vértigo de las diversiones sin cuento, "que hacen olvidar los pesares", incluso en la embriaguez; pero es peor el remedio que la enfermedad. Mejor

medicina sería el aplicar al presente caso la regla expuesta en el arte de recordar.

El hombre no puede dedicarse por completo a dos cosas a la vez. Para que tus tristes recuerdos no te agobien totalmente dedícate con toda el alma a otro tema. El trabajo sirve a maravilla para disipar la tristeza, principalmente si con él ayudamos a los demás. Lo vemos de un modo elocuente en la madre que perdió a su hijo. Lo llora con desconsuelo, pero en cuanto se pone a trabajar para los niños pobres y harapientos, cuando cose y hace medias para los pequeños huérfanos, su dolor agudo se mitiga y se transforma en una tristeza suave. La lectura interesante, el trabajo serio puede hacernos olvidar hasta el dolor de muelas u otra indisposición cualquiera.

Aprende, pues, amado joven, lo más pronto posible el gran arte de olvidar, la manera de librarte del círculo de pensamientos tristes y abrumadores.

No hace falta decir que no puede lograr esto sino quien tiene la conciencia en paz ante Dios, y puede por eso en todas las tribulaciones reclinar su cabeza, confiado en la mano del Padre Celestial, diciéndole: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya".

7. *"Divide et impera"*

Otro principio: debes estudiar según las normas de la psicología. ¿Qué significa esto? Voy a explicarlo con un ejemplo. De seguro habrás visitado exposiciones, galerías, museos. Has recorrido salas diversas, lo has mirado todo, y al salir del museo, a tu cabeza le daban vértigos, estabas cansado y no acertabas a comprender por qué te acordabas de tan pocas cosas.

¿Cuál era la causa?

Que tu método no era bueno.

Para lograr fruto de la visita deberías haberte parado ante cada ejemplar u obra más valiosa, mirándola con detenimiento. Debiste luego descansar un poco, dando tiempo a tus impresiones para sedimentarse y cobrar así consistencia; proseguir la visita de otra sección importante, descansar otra vez y mejor, si se puede, repetir tus visitas sin pretender en una sola llevarte claras ideas de cuanto viste. Así recordarías distintamente todo, porque sábete que conserva toda su fuerza y valor esta antigua divisa: *divide et impera*, "divide las cosas y así las dominarás".

Para sumar nuevos conceptos a los que ya teníamos y asociar ideas se necesita cierto tiempo. El trabajo mental más insignificante y, por tanto, el adquirir nuevas ideas, supone trabajo de los nervios y vibración de los mismos. Pues bien: las vibraciones de los nervios, provocadas por sentimientos anteriores, necesitan

tiempo para calmarse, como también lo necesitan las nuevas impresiones para ahondar y echar raíces finísimas como hilo de telaraña en las capas de nuestras anteriores ideas. En cambio, si acuden en tropel impresiones siempre nuevas y llaman a la puerta, de nuestro espíritu y hacen esfuerzos para instalarse allí, estorban el sedimento de las anteriores en vías ya de consolidarse.

De ahí resulta que, debido a una lectura demasiado rápida, algunos jóvenes no se acuerdan al cabo de un año de lo que han leído en este o en aquel libro; mientras que otros aciertan a contar con perfección, aun en la edad madura, el contenido de las lecturas hechas durante los años colegiales, estudiantiles.

No te dejes, pues, llevar del capricho en el estudio, sino dedícate con paciencia y calma a una sola materia hasta que acabes con ella por completo.

En primer lugar: *festina lente*, "ve despacio y adelantarás", y luego: *non multa, sed multum*, no estudies muchas cosas, sino mucho. Lo que hicieres, hazlo atentamente y llegando a las raíces de toda cuestión; lo que aprendes hoy compáralo con lo que ayer estudiaste, y trata con empeño de aclarar tus ideas mediante dicha comparación. Quizá logres así entender lo que antes no habías comprendido. Para este trabajo concienzudo se necesita "entrenarse". Mediante la práctica tenemos que adquirir el hábito. Tal "entrenamiento" necesita cierto lapso de tiempo.

Hay muchachos que comienzan por estudiar matemáticas; al poco rato, "¡uf, qué aburrimiento! Tomemos el Latín"; más también les resulta difícil y "quizá será mejor empezar por la Historia". Claro que quien así estudia, con premuras y sin plan, en vano derrocha tiempo y fatiga.

No estudies a capricho. No pases arbitrariamente del estudio de una asignatura al de otra. Ten en todo esto moderación y descanso. Cada asignatura exige un trabajo mental distinto, y mientras nos dedicamos a ella, toda nuestra actividad trabaja en la misma

dirección. Aunque por de fuera ceses en el estudio de aquella materia, la actividad prosigue por dentro en el mismo sentido.

Tómate, pues, algunos momentos para que se apacigüe la vibración anterior de los nervios y para que la ciencia nuevamente adquirida pueda sedimentarse. Paseándote un ratito piensa en lo aprendido; en estos momentos se asentará y arraigará en ti lo que hayas estudiado, y se trocará en "ciencia". Y sólo después de unos momentos de descanso puedes empezar el estudio de otra materia.

El que, por ejemplo, durante media hora estudia con gran ardor palabras francesas y cerrando después el diccionario se pone a estudiar en seguida ecuaciones o teoremas de álgebra, no se maraville si una parte de las palabras francesas aprendidas poco antes se borra de su memoria. Y poco quedará para el siguiente curso en la cabeza del estudiante que quiere resarcirse de la holgazanería de todo el año con un trabajo febril de las últimas semanas anteriores a los exámenes.

Saca de aquí que resultará más fácil y provechosa la lectura de libros en cuyas páginas abundan los párrafos cortos, que la de aquéllos en los cuales el texto fluye por las páginas sin que se rompa la uniformidad.

Mientras tu mirada pasa del final de un párrafo que acaba con una línea más corta al párrafo siguiente, el cerebro toma, sin darse cuenta, cierto descanso, y esto hace que las ideas recibidas empiecen a lograr consistencia. Por eso ye escribo cortos capítulos en mis libros de juventud, poniendo a la vez títulos variados. Por fuerza, los lectores tienen que detenerse algo al pasar de unos a otros, y esa pausa, quizá no del todo consciente, hace que la materia leída eche raíces profundas en el campo del espíritu.

Cuanto más recio se asienta en nosotros la materia recién aprendida, sin que otros conceptos vengan a estorbar ese lento proceso de sedimentación, tanto más seguro y duradero será el tesoro adquirido.

Es por esto recomendable tomarse pequeños descansos –como lo expuse más arriba– entre el estudio de diferentes asignaturas. Así se explica que lo que aprendimos por la noche –quizá con más dificultad que por la mañana– quede mejor grabado en nuestra memoria, en tanto que la materia que se aprendió de mañana suele grabarse mucho menos, porque para ello estorban las mil y mil impresiones nuevas del día. El descanso del sueño es la causa de tal diferencia, pues da tiempo para que se posen las ideas aprendidas sin la batahola y turbación que suele traer el amontonamiento de conceptos distintos e incluso contrarios.

Este hecho proyecta una luz interesante para explicar aquella vieja ocurrencia estudiantil de poner el libro por la noche debajo de la almohada sin haber aprendido bien la lección, creyendo que así la sabrán sin tropiezo al día siguiente. ¿Qué fundamento tiene tal ilusión, tan acariciada por tantísimos estudiantes? Hay algo real en ella: el que rumia la lección aun en sueños, tendrá más grabada la materia que aprendió. Naturalmente, tan sólo el que aprendió. El que no ha estudiado puede colocar bibliotecas enteras debajo de su almohada: no conseguirá resultado alguno.

Te recomiendo, pues, que, sobre todo cuando leas libros de temas más difíciles, después de cada párrafo descanses un poco y medites la materia que has leído. Al finalizar los capítulos más largos repasa de memoria su contenido.

Esta es la razón de que se conceden descansos en los centros docentes entre clase y clase. No se conceden tan sólo para solaz del alumnado, sino además para que la materia de la clase anterior tenga tiempo de asentarse sin ser turbada por las impresiones inmediatas de otra materia completamente distinta.

No puede negarse que más fácil es prestar atención a materias que te interesen de un modo peculiar y en las cuales estés ya versada. En estos casos no se necesitan adminículos exteriores que aviven la atención. Brota espontánea.

Los admirables resultados a que pueda llegar tal atención se ven por el caso de Mozart, que a los catorce años oyó en la Capilla Sixtina de Roma el célebre Miserere de Allegri, cuya partitura se guardaba celosamente para que nadie pudiese conocerla, y después de la función logró escribirla por completo.

Pon orden en tus estudios y con esto ahorrarás mucho tiempo.

Con la precaución, tan leve al parecer, de no tirar en un rincón tus cuadernos y libros al llegar de la escuela, sino ponerlos en orden en su lugar, habrás ya ganado cinco minutos para el estudio, porque después de comer no tendrás que buscarlos entre los trastos.

Si tienes varios trabajos que hacer, haz siempre primero el más difícil, los demás ya no te costarán. Aprende primero lo que menos te gusta. Al empezar, tu entendimiento está descansado todavía, podrás hacer mejor el trabajo difícil.

Hay días menos ocupados, cuando no tienes tanto que hacer como de costumbre, pues en tales casos adelanta trabajo de las materias que puedas, para tener todas las tardes igualmente ocupadas en cuanto sea posible. Procura, sobre todo, acabar el trabajo que tienes obligación de hacer a plazo fijo. El diferirlo estorbará mucho tus pensamientos y no los dejará en paz.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Por ejemplo: la lección del lunes estúdiala, si es posible, la tarde del sábado; así el domingo te será más descansado y podrás aprovecharlo mejor.

Der rechte Mann begleicht sein Soll

An jedem Tage ganz und voll.

Weber.

"El hombre justo hace cada día el balance completo de su Debe y Haber".

El trabajo diferido es como la deuda no pagada: no te deja descansar. En cambio, después del trabajo acabado el descanso es dulce.

Es preciso hacer un tema, pues lo mejor es hacerlo cuanto antes, y así puedes esperar con tranquilidad el tiempo en que debas presentarlo. En cambio, si lo difieres, pesará sobre tu espíritu como negro nubarrón y tendrás por fin que hacerlo de cualquier manera, con gran premura, la última noche. Y de ahí resultará que, habiendo trabajado tanto o más que un compañero puntual y ordenado, te ha salido un trabajo mucho menos lucido. El trabajo dejado para luego se venga de ti no dejándote vivir en paz un minuto.

Erst mach, dein Sach'!

Dann scherz' und lach'l

"Antes el deber. Después, la broma y risa".

Lucano dedica un magnífico encomio a César en la *Farsalia* (II, 657): *"Nil actum credens, dum quid superest agendum"*. "Creía no haber hecho nada, si algo le quedaba por hacer".

8. El maldito *“memoriter”*

“¿Qué tal, Juanito? –preguntan al estudiante que vuelve a su pueblo por las vacaciones de Navidad–. ¿Cómo van los estudios? ¿Te gustan?”

“Muchísimo. Todo iría muy bien si no existiese aquel maldito *memoriter*”. Así se queja el bueno de Juanito. Y no sólo de sus labios, sino de otros muchos estudiantiles brota con frecuencia ese lamento.

Y, sin embargo, sin *“memoriter”*, es decir, sin el ejercicio de la memoria, no hay estudio, no hay cultura. Hay que saber de memoria, palabra por palabra, no sólo las poesías o las citas de autoridades, sino también las reglas de la gramática, las fechas de la historia, el enunciado de los teoremas, las leyes de la física...

Pero no te asustes. Con un método adecuado se facilita el aprender de memoria. Así, por ejemplo, mucho puede ayudarte la llamada memoria local, que retiene no sólo el texto, sino también el lugar de la página y del libro en donde se encuentra y de los caracteres con que está impreso.

Mejor todavía si te fijas en otros muchos detalles insignificantes y especiales. Por ejemplo: aquí hay un dibujo, allí un título con negritas, allá he subrayado algo con lápiz rojo. ¿Dónde está el texto? ¡Ah!, si en la parte superior de la página..., al pie de la página..., en medio de la página..., en la nota. Muchas veces basta

saber el lugar en que está colocada el texto para recordarlo al pie de la letra.

Cuando tengas que recitarlo, resucita en tu memoria estos pequeños detalles y ellos te servirán de vehículo para que recuerdes el texto mismo. Por esto resulta más difícil prepararse para exámenes usando los libros de otro. No importa que sean de la misma edición; no tienen tus anotaciones y esto basta.

Lo primero que se requiere para aprender de memoria es comprender la materia que se estudia. Por lo tanto, lo mismo si se trata de un texto que debes aprender palabra por palabra (*"memoriter"*), como si se trata de algo que sólo tienes que saber en sustancia, lee primero de cabo a rabo todo el capítulo, toda la poesía o todo el pasaje.

Si se trata de aprender un texto en lengua extranjera, antes tradúcelo para entenderlo bien. Meter en tu cabeza un texto no comprendido es peor que un dolor de muelas.

Al tratarse después de un texto que has de aprender palabra por palabra, no aprendas tan sólo dos o tres vocablos de un tirón, sino al menos una frase que tenga sentido completo; haz lo mismo si se trata de una poesía, reteniendo frases completas y no sólo versos aislados.

Lee, pues, con atención la frase, pronuncia con claridad cada palabra, cada sílaba; cierra el libro (no será malo que cierres también los ojos), y distintamente, despacio, intenta decirlo todo. Puede ser que no te salga; entonces léela de nuevo y de la misma manera, y prueba otra vez a decirla.

No empieces la segunda frase antes de saber sin tropiezo la primera. Aprende del mismo modo la segunda, y cuando ya la sepas, repite las dos. Entonces aprende la tercera frase y repítela, primero aislada y después conjuntamente con la primera y segunda. Así el trabajo resulta más fácil que si empiezas a declamar, cantar, gritar párrafos enteros doce veces seguidas, sin fijar nada

concreto en la memoria. Aprende frase por frase; peldaño tras peldaño es como se suben las escaleras.

Si te quedas cortado al recitar el texto, no abras enseguida el libro. Procura recordar lo que sigue. Paséate de abajo arriba, prueba varias veces: “Me parece que sigue así..., o de esta otra manera...”. Si llegas a descubrirlo por ti mismo, seguro es que no quedarás cortado más veces en el mismo pasaje. Al que no le gusta “romperse la cabeza”, sino que mira en seguida el libro, bien es verdad que corta el nudo gordiano; pero no es este método apto para cultivar la memoria.

Y lo mismo sucederá si se trata de preparar un tema o un discurso. Muchos jóvenes pergeñan un borrador tras otro borrador y derrochan muchísimo tiempo porque se lanzan al trabajo sin previo plan. Hay que hacerlo todo como un general en su estrategia. Antes de la batalla se forma una idea de conjunto de la situación, estudia los informes de los centinelas y no dispone movimientos del ejército sino después de conocer a fondo las circunstancias.

Procura tú también calar minuciosamente el tema que te mandan desarrollar. No empieces de buenas a primeras con introducción, división y croquis, sino escribe antes les pensamientos principales, todo cuanto sepas respecto del tema, y lee cosas nuevas que aumenten tu caudal de ideas sobre ese punto. Cuanto más te dediques al tema, cuanto más te metas en él, y por así decirlo, cuanto más lo vivas, tanto más pensamientos tendrás. Terminarán por acudir en tropel a la punta de tu pluma. Así se comprende por qué resultan mejor los temas o discursos que hemos tenido entre manos días enteros que los que hicimos precipitadamente a última hora.

Únicamente cuando ya tengas sobre el papel todo un enjambre de pensamientos debes empezar a ordenarlos y agruparlos. La división, el plan se te ocurrirán por sí mismos, como fruto maduro.

Entre los pensamientos anotados los habrá que no son de provecho; prescinde de ellos sin reparo. Siempre te quedarán bas-

tantes que puedas aprovechar. Corrige bien el borrador, tacha sin miedo. Cuantas más veces lo leas, tanto más lo redondearás y tanto más aliñado te saldrá el estilo.

Saepe stilum vertas, "vuelve muchas veces tu estilo", nos amonesta el dicho latino. Los griegos y los latinos escribían al principio con un punzón de hierro agudo, el "estilo", *stilus*, sobre tablillas cubiertas de una fina capa de cera; si después tenían que quitar o cambiar algo, volvían el *stilus* y con la otra extremidad plana borraban las palabras equivocadas. Tú también vuelve con frecuencia tu "estilo"; es decir, corrige, tacha en el borrador.

9. No aprendas tan sólo con la cabeza

Dice el proverbio: "Más vale maña que fuerza". Te sorprenderá tal vez que yo corrija un poco: "No aprendas tan sólo con la cabeza". Pues ¿con qué? ¿Con la mano, la pierna, el ojo, la boca, el oído?...

Ahora te quedas más cortado todavía. No lo comprendes. Pues escúchame.

Dios creó al hombre de manera que su cuerpo y su alma están fundidos en una unidad orgánica, unidad tan estrecha que no tiene el espíritu actividad alguna para la cual no necesite de una u otra manera el trabajo del cuerpo.

El espíritu es el artista; el cuerpo, el instrumento y sin instrumento no hay artista que pueda trabajar. El cuerpo y el alma trabajan conjuntamente; si mi alma está triste, le da las lágrimas el cuerpo; si mi alma se alegra, en mi rostro se dibuja la sonrisa... Los pensamientos más fugitivos suponen vibraciones del cerebro.

Pues bien; si esto sucede aun en caso de pensamientos fugitivos, ¡cuánto más ha de trabajar el cuerpo cuando se trata de un esfuerzo mental serio, de un estudio detenido! De ahí que también el cuerpo se fatiga por efecto del trabajo mental.

Y ahora viene una interesante observación. El trabajo mental pone en movimiento nuestros nervios. Al contrario, cierto movimiento de los músculos y de los nervios, una posición y un trabajo determinado de los mismos hacen más fácil el trabajo mental. Los sentimientos fuertes ponen en movimiento el organismo, y, por otra parte, el movimiento fuerte despierta ciertos sentimientos.

Quiero aclarártelo con un ejemplo: si alguien está fuera de sí con ira violenta, tiene la cara desencajada, prorrumpe en gritos, crispa las manos. Y, al contrario, si una persona relativamente tranquila cierra el puño como por enfado y se pone a gritar con la cara convulsa, llegará con facilidad a excitarse y quizá montar en cólera sin motivo proporcionado.

En momentos de indignación, el corazón late con más vehemencia, los músculos se ponen tensos y todo el cuerpo tiembla. Y esta excitación del cuerpo repercute en los sentimientos y aumenta todavía la iracundia. Esta cólera, a su vez, aviva el fuego del cuerpo. La persona va "dándose cuerda" cada vez más y su enfado crece. Quien esté muy enfadado hará muy bien en sentarse y verá cómo se desvanece, por lo menos, la mitad de su berrinche. Porque con la postura de estar sentado la tensión de los músculos se afloja y amengua con ello el fuego de la ira.

Fíjate: cuando los niños leen u oyen algo que les interesa mucho, ¡cómo se les ponen tensos los músculos de la cara! ¡Cómo reprimen la misma respiración! ¡Cómo se inclinan hacia delante con los ojos muy abiertos! Cuando la narración ha llegado al punto final respiran profundamente y la tensión de su cara se afloja de modo visible. Buena prueba de cómo se fatiga el cuerpo con el trabajo del espíritu.

También tú mismo deducirás, si lo quieres, prácticamente, las consecuencias de lo que llevamos expuesto.

Al estudiar procura poner en juego todos los sentidos posibles. Aprenderás con tanta mayor facilidad y más duradero provecho cuanto mayor número de sentidos hayan tomado parte en el estu-

dio. Por esto, resulta más fácil aprender leyendo en voz alta que en voz baja, porque así no trabaja tan sólo tu entendimiento, sino también tu oído.

Aún más: los movimientos musculares de tus labios influyen para que arraiguen mejor en la mente los pensamientos que expresan. En este caso aprendes ya con tres instrumentos: con el entendimiento, con el oído y con los labios.

Pero el estudiar en voz alta no puede hacerlo sino la escolar de los primeros cursos, que tiene la lección corta. No hay bastante tiempo de hacerlo, ni tampoco bastarían los pulmones, cuando la lección es larga.

¿Qué hacer, pues? ¿O cómo se las arreglará el joven que vive en un internado, en que tiene sus horas de trabajo con otros muchachos en el mismo salón donde no está permitido hacerlo en voz alta? Pues... también él puede aprovechar esta ley psicológica. Estudie en voz muy baja, como susurrando, de suerte que no estorbe a los vecinos; mas a medida que va estudiando pronuncie las palabras, pero quedamente. Como si hablara, mas sin dejar pasar de los pulmones aire suficiente para emitir sonido. Mientras hacen los músculos tales movimientos la materia que estudia va fijándose más y más.

Te recomiendo encarecidamente que prestes atención también durante la clase, repitiendo para tus adentros, mudamente, las preguntas, las respuestas y las explicaciones. Puedes hacerlo con tal destreza, que no sólo no tendrás que murmurar palabras, sino que nadie podrá darse cuenta por el movimiento de tus labios y, con todo, lograrás, merced al movimiento de los nervios, hacer más duradero tu saber.

10. El estudio intuitivo

Te facilitará grandemente tu trabajo esta regla: trabajar con todos los sentidos posibles cuando debas estudiar. Y podrás aprovechar también esta norma en la vida práctica.

Supongamos, por ejemplo, que te encuentras en sociedad, donde te presentan, una tras otra, diez personas desconocidas. Claro está que olvidas al instante su nombre. Y, sin embargo, bastaría repetir para tus adentros el nombre pronunciado con motivo de la presentación para no olvidarlo.

Otras veces oyes una interesante conferencia y quisieras recordar algunos nombres o fechas importantes, pero no tienes papel ni lápiz. ¿Qué tienes que hacer? Pronuncia en voz baja los nombres y las fechas; más aún: dibújalos con tu dedo en el aire. Cuando después, llegado a casa, quieras anotar los datos, verás con alegría cómo el gesto ha dejado rastros mucho más profundos en tu memoria que la mera palabra oída.

Nuestro método actual de estudio, lo mismo que toda la vida (periódicos, libros, trato con las gentes), se funda demasiado en recordar palabras. Y, sin embargo, si no procuramos fijar la materia estudiada también con imágenes no habrá por qué maravillarse si olvidamos con facilidad.

Al estudiar geografía no dejes de mirar un mapa: ¡cuánto más fácil te resultará el estudio! Aún sería mejor que tú misma dibuja-

ras la región o el país que quieres estudiar. Si te sale desgarbado el dibujo, no importa.

Tratándose de historia, haz agrupaciones, listas de toda clase.

En la geometría, traza figuras y cuerpos geométricos.

Prueba, por ejemplo, cuánto tiempo tardas en decir en voz alta que tal o cual flor tiene tantos pétalos, tantos estambres..., y si tienes la flor en tu mano y la observas con atención, verás con cuánta mayor facilidad se te quedan grabados los datos. ¿Por qué aprender palabras incoloras, sin vida, si puedes tomar la realidad viva, rebosante de color?

¡Qué tormento incrustar en la cabeza, viéndolo tan sólo en el libro, que el clavel es de "cáliz gamosépalo persistente y de corola de cinco pétalos libres y largamente unguiculados, con estambres en igual o doble número!". En cambio, ¡qué cosa más fácil resulta tomar una flor y deshacerla según la vas estudiando!

¡Cuánto más difícil resulta aprender sólo del libro que el cubo tiene seis caras iguales, ocho ángulos, sólidos y doce aristas, que tomar realmente un cubo y palpar sus aristas, ángulos y caras!

11. El ritmo

"¡Con qué facilidad se aprenden las poesías! ¡Y qué cosa tan difícil es meter en la cabeza el trozo de memoria de la clase de Latín!", dicen muchos estudiantes desesperados. Pero serán muy pocos las que sepan dar la razón de tal hecho.

¿Por qué resulta más fácil aprender un texto medido, la poesía, que la prosa? Vale la pena de meditarlo un poco. Porque si logramos descubrir el secreto, podremos aprender con más facilidad, con menos gasto de fuerzas, diríamos con más economía.

Ahí va una cosa interesante. ¿Has visto trabajar a un herrero? Habrás notado el ritmo magnífico que sigue al golpear con el martillo en el yunque. Da golpes muy pesados sobre el hierro incandescente; pero, mientras tanto, hace resonar con habilidad de brujo largas cadencias de pequeños y rápidos golpecitos cerca del hierro, y, de vez en cuando, deja caer de nuevo un golpe pesado. "¿Por qué juega de esta suerte el herrero?", te has preguntado más de una vez, sin saber contestar. ¿Sabes por qué juega? ¿Por qué hace todas estas cadencias rítmicas? Porque el ritmo hace más fácil el trabajo.

¿Has visto buenos jinetes? ¿Sabes tú montar a caballo con habilidad? El buen jinete, cuando el caballo va al trote, no parece sino que se mece acompasadamente de atrás hacia adelante. El caballo le da este movimiento. ¿Por qué motivo? Porque el ritmo le hace más fácil el trote. Por esto se balancea también el camello

al andar; por esto mismo a las gentes les resulta más fácil la marcha si van a compás, es decir, con ritmo, como los soldados, y no de cualquier manera; por eso los que reman en una misma barca tratar de hacerlo con ritmo, que facilita y multiplica el esfuerzo.

Ved ahí por qué resulta más fácil aprender los textos que tienen ritmo. Los niños de la escuela suelen marcarlo mucho, y no sólo al aprender el texto, sino también al recitarlo; declaman la poesía rítmicamente, la "cantan", aun en detrimento a veces del sentido. Claro que lo último es un defecto que se debe corregir.

Y aún más. El ritmo no sólo proporciona descanso a nuestras fuerzas, sino también una especie de alegría. En cualquier manifestación de la vida el ritmo causa gozo estético en el hombre. Hasta en las actividades más insignificantes de la existencia podemos sorprender ciertos ritmos completamente regulares que seguimos sin pensar. Tan metido está en nosotros el sentido del ritmo.

He ahí, pues, cómo el ritmo es un auxiliar poderoso en todos los trabajos, aun en el mismo estudio. Si lo aprovechamos con habilidad, descubrimos el secreto de trabajar con gran rendimiento y ahorrando fuerzas.

12. El ritmo de la prosa

"Sí, pero las tareas estudiantiles no se limitan a aprender poesías. ¿No podríamos utilizar el ritmo también en otros puntos, por ejemplo, en la prosa, al tener que aprender textos que no son rítmicos?". Con un poco de habilidad, sí. ¿De qué manera? Sencillamente, procurando introducir el ritmo aun en tales textos cuanto nos sea posible.

Muchas veces pueden ayudarnos ciertas prácticas de orden exterior. Fíjate: hay estudiante que acompaña el estudio de la historia o de otras asignaturas con ciertos movimientos de la mano, de la cabeza, del pie y estudia quizá marcando el compás sobre la mesa. No habrías podido explicarte por qué así resulta más fácil aprender. Ahora ya lo sabes: es por el ritmo. Sin duda esto facilita el estudio en gran manera; guárdate, con todo, del peligro que hay en esto de hacer movimientos ridículos.

Todavía te será más fácil el estudio si lo haces paseándote, moviéndote. Ya tendrás experimentado con cuánta más facilidad aprendes un texto palabra por palabra, paseándote por el cuarto o por el jardín. Principalmente las palabras extranjeras son dificilísimas de aprender estando sentados; es mucho más fácil la tarea si nos paseamos.

Hay muchachos que con una mano sostienen el diccionario y con la otra marcan el compás; así resulta todavía más hacedero. Puedes probarlo tú mismo. Cuando has estudiado ya mucho,

sentado a la mesa, y te has cansado y ya no puedes concentrar tu atención, levántate y estudia paseando; el ritmo de los pasos ayudará grandemente a tus esfuerzos.

Con habilidad puede darse ritmo hasta a los textos en prosa. Supongamos, por ejemplo, que quieres aprender el nombre de los días de la semana en alemán: *Sonntag*, *Montag*, etc. Por mucho que lo hayas aprendido, si te preguntan cómo se llama el viernes en alemán, al principio te ves obligado a soltar en tus adentros todo el disco, es decir: *"Sonntag, Montag... Freitag*. ¡Ah, sí! *Freitag*". Es mucho derroche de energía. ¿Cómo puedes utilizar el ritmo?

Prescinde del domingo. Quedan seis días; divídelos en dos grupos: el primero empieza con *Montag*; el otro, con *Donnerstag*. Fíjate bien en estos dos nombres. Si te preguntan un día del primer grupo no tienes que repetir más que desde el *Montag*, y si te preguntan uno del segundo basta que empieces con el *Donnerstag*.

Si tratas de aprender el nombre de los meses, divídelos en cuatro grupos, según las estaciones.

En los casos en que no sea posible tal división rítmica tienes otros medios; puedes hacer cuadros sinópticos, subrayar cosas, trazar dibujos, modelos; por fin, puedes recurrir a palabras mnemotécnicas. Y más provechoso te será seguir conjuntamente todos estos métodos.

Supongamos que quieres aprender los nombres de los Emperadores romanos hasta la división del Imperio. Divide su época en cuatro grupos: siglo I, II, III y IV. Aprende el nombre del primer Emperador de cada siglo. Pero no lo estudies sólo en el libro, sino en tus listas, en las que hayas hecho para tu uso particular. Por ejemplo:

Siglo I

Augusto	30a.C.-14 d.C.
Tiberio	14-37

Calígula	37-41
Claudio	41-54
Nerón	54-68
Galba, Otón, Vitelio	68-69
Vespasiano	69-79
Tito	79-81
Domiciano	81-96
Nerva	96-98

Siglo II

Trajano	98-117
Adriano	117-138
Antonino	138-161
Marco Aurelio	161-180
Cómodo	180-192
Pértinax, Didio Juliano	192-193

Siglo III

Septimio Severo	193-211
Caracalla	211-217
Macrino	217
Heliogábalo	218-222
Alejando Severo	222-235
(Gordiano I y Gordiano II).	
Máximo	235-238
Gordiano III	238-244
Filipo	244-249

Decio	249-251
Los treinta tiranos	251-268
Claudio	268-270
Aurelio	270-273
Tácito	273-275
Probo	275-282
Caro	282-285

Siglo IV

Diocleciano y Constancio I	285-305
Galerio y Constantino	305-311
Contantino I (solo)	311-337
Constancio II	337-340
Constancio III	340-361
Juliano	361-363
Joviano	363-364
Valentiniano I y Valente	364-378
Teodosio I	378-395
División del Imperio	395

Cuando termines de escribirlo casi sabrás el orden principalmente si buscas una palabra mnemotécnica (*vox memorialis*). Entendemos con este nombre una palabra sin sentido, formada con las iniciales de los vocablos que se quieren aprender.

Apréndete bien la lección, y al tener que decirla, no hagas más que pensar en las letras de tal palabra, y saldrás airoso en tu empeño.

Así, por ejemplo, podemos formar con las iniciales de los nombres de las nueve Musas estas dos palabras: *Cethme Tepuc* (*C*lío, *E*uterpe, *T*alía, *M*elpómene, *T*erpsícore, *E*rato *P*olimnia, *U*rania, *C*aliope).

Otro ejemplo: ¿en qué meses eran los *Idus*[16] o días quince entre los romanos? *Milmo* (*M*arzo, *J*ulio, *M*ayo, *O*ctubre).

La palabra mnemotécnica bien hecha te ayudará en gran manera a recordar el orden de los acontecimientos y de los nombres. Claro está que debes procurar que no sea más difícil de retener la palabra que la materia.

Los versos también son muy útiles. Por ejemplo: ¿cuáles son los signos del Zodíaco?

Sunt aries, taurus, gemini, cáncer, leo, virgo, Libraque, scorpio, arcitenus, caper, amphora, pisces. (Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis).

¿Cuáles son las siete artes liberales?

Gramática, Dialéctica, Retórica, Aritmética, Geometría, Música, Astronomía. Este hexámetro te las hará recordar:

Gram–loquitur, Dic–vera docet, Rer–verba colorat,...

Ar–numerat, Geo–ponderat Mus–canit, As–colit astra

La Gramática habla, la Dialéctica enseña la verdad, la Retórica da colorido a las palabras, la Aritmética calcula, la Geometría mide, la Música canta, la Astronomía estudia las estrellas.

---

[16] Estos días estaban consagrados a Júpiter, y en ellos se cobraban los intereses de los préstamos. (N. del Ed.).

13. Otras futilezas

Al estudiar Historia es importantísimo que tengas un cuadro claro, un esquema general de los acontecimientos más señalados de las épocas principales; cualquier punto que estudies procura colocarlo dentro del gran conjunto de la Historia Universal.

Tus conocimientos serán claros y ordenados si haces en forma de cuadro sinóptico un breve resumen de los acontecimientos más importantes del principio de cada siglo. Algo así, por ejemplo:

100 d.C. La aparición del cristianismo.

200 d.C. La lucha del cristianismo, persecuciones.

300 d.C. La victoria del cristianismo.

400 d.C. Las invasiones de los bárbaros; papel importante desempeñado por los germanos.

500 d.C. La decadencia de los godos.

600 d.C. Aparición de los francos.

700 d.C. Mahometismo.

800 d.C. Carlomagno.

Aprovecha todas las ocasiones para escribir, dibujar o hacer croquis durante tus estudios. Ya he dicho más arriba que cuanto

mayor número de sentidos puedas aplicar, tanto más fácil te será el estudio.

Sin gran inventiva puedes encontrar muchos medios en verdad interesantes. Por ejemplo: ¿cómo fijarás en tu memoria el nombre de los países que intervinieron en la célebre dieta de Samalcalda? Pues sencillamente: dibujas un esquema y anotas los nombres de los 6 príncipes, 2 condes y 11 ciudades que concurrieron.

Otros pequeños artificios, todos provechosos, en mayor o menor grado, han inventado los hombres para ayudar a la memoria.

Hacemos un nudo en el pañuelo para recordar alguna cosa.

Miramos la luna, y si tiene la forma ***C*** sabemos que entonces mengua; tiene la forma de ***C***, y como suele mentir (*luna mendax*), al decirnos con la ***C*** que "crece" (*crescit*), es que disminuye; y cuando su forma se asemeja a una ***D*** entonces crece realmente, y no "decrece" (*decresit*).

Sirven para el mismo fin ciertos versículos que condensan un buen consejo o una regla de vida práctica. Transcribo del alemán los que siguen, que son un aviso en el caso de tempestad para librarte del rayo:

Vor den Eichen sollst du weichen,
Vor den Fichten sollst du flüchten,
Doch die Buchen sollst du suchen.

"Has de alejarte del roble, has de huir del pino y no te olvides de agacharte".

También te recomiendo que subrayes las partes más importantes de la materia que estudias; y aún más: que lo hagas con lápices de diferente color, según la importancia de los diversos puntos.

Hasta en los libros se imprimen con caracteres más gruesos los títulos de los capítulos, y por esto en mis libros de juventud muchas veces verás letras cursivas para subrayar los pasajes más im-

portantes. Las impresiones más fuertes quedan mejor grabadas en nuestra memoria.

Cuídate de destacar así solamente los pasajes más importantes, porque si abusas del subrayado pierde su valor.

Cuando te preparas para una repetición general o para un examen, estudia también con seriedad el índice del libro de texto. Son muy pocos los estudiantes que tienen esta ocurrencia. Y, sin embargo, notarás que si está el índice bien hecho, vale la pena de aprenderlo; si conoces el enlace de los capítulos, su orden, en una palabra, el croquis, el esqueleto, será esto nueva luz que te aclarará toda la materia.

"Mi madre todavía me hace decir la lección en casa, como si aún fuera un niño". Así se quejan algunos muchachos. Pues... deberían alegrarse.

¿Es provechoso decir la lección en casa? Sin duda. Es la primera ventaja cuando sólo se ha estudiado con la vista, porque entonces entran en juego los otros sentidos; los oídos y los órganos de la palabra influyen en que se arraigue más profundamente la materia aprendida.

Además, el estudiar en voz baja nos engaña muchas veces; piensas que ya sabes la lección con puntos y comas, y sólo al decirla en voz alta adviertes dónde flaquea todavía tu memoria, en qué pasajes tienes que apretar aún más.

Si se te ofrece coyuntura habla de la lección del día siguiente con algún compañero.

Así verás qué cosas no comprendes en su recto sentido y cuáles tu amigo concibe de otra manera.

Aún más: si no tuvieras un compañero, ni hubiera en casa quien te oyese la lección, no renuncies por eso a tal ventaja. Recita la lección para ti mismo.

Da, por ejemplo, una magnífica conferencia sobre la ley de gravedad, aunque no tengas más auditorio que las cuatro paredes

de tu cuarto, o grita en el jardín, mezclando con el canto de los pájaros la lección que dices de memoria: *"Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?"*...

Estas cosas tienen la ventaja de que por ellas puedes adquirir tú mismo medida exacta de tu saber.

14. Estudia con alegría

"Lo que no pudiste allegar en tu juventud, ¿cómo lo vas a encontrar en tu vejez?"

Sir 25, 5.

Ahí va otro consejo: estudia siempre con alegría.

"Está bien. Es muy fácil: estudia con alegría. Pero... sí, sí..., cuando no hay ganas de estudiar... me cuesta un triunfo sentarme delante del libro; empiezo a leer, pero estoy muerto de sueño y ¡tan cansado!...".

Es la queja que dejan escapar muchos estudiantes: y no quieren creer que son ellos mismos los que, por regla general, tienen la culpa.

Hay "malos" estudiantes que no estudian la lección que deberían estudiar y, sin embargo, trabajan mucho. Nos lo dice la experiencia. Leen, estudian, andan atareados; pero no en las cosas de obligación. "De buena gana trabajaría, pero en algo que fuera de mi gusto". Pero todo trabajo puede interesar y ser grato; y estos muchachos tienen el defecto de no saber transformar el deber en placer.

Es prudente quien así piensa: "Tengo que aprender tal o cual cosa, pues, por lo menos, hacerlo con gusto". Al instante le será más fácil el trabajo. Es de profunda sabiduría hacer con gozo y de buen talante el trabajo que se debe o aceptar con resignación el

sufrimiento, que, según las leyes de la vida humana, de todos modos hemos de soportar.

Medita bien el consejo del gran escritor inglés Walter Scott: "Tu divisa debe ser: *Hoc age* (Hazlo... con todas tus fuerzas)". Comienza sin demora lo que tienes obligación de hacer; después de arreglar tus asuntos, ya te quedará tiempo para distraerte; pero antes, no.

Cuando está en marcha un destacamento de soldados, los de retaguardia se desordenan sin remedio en cuanto los de vanguardia rompen filas. Lo mismo acontece con nuestras ocupaciones: si lo que tenemos al alcance de la mano no lo hacemos inmediatamente, de un tirón y con gran puntualidad, van amontonándose a nuestra espalda otros quehaceres y, finalmente, llegan a embrollarse tanto, que no hay poder humano capaz de poner orden. El que comienza el estudio con alegría tiene andada ya la mitad del camino arduo. Porque no cabe duda que la alegría nos da fuerza y acrecienta nuestra capacidad de trabajo.

Los experimentos psicológicos han demostrado que cuando está el hombre alegre tiene la circulación de la sangre más vigorosa; por lo tanto, más sangre en el cerebro. Y es necesario que durante el estudio la sangre riegue profusamente la masa encefálica, que realiza entonces un trabajo duro. Por esto es perjudicial a la salud leer o estudiar durante la comida; para una buena digestión necesitamos la sangre en otro lugar y no en el cerebro.

Las oleadas de sangre impetuosas arrastran con más facilidad aquellos desechos venenosos que son fruto del trabajo y nos producen un sentimiento de cansancio.

Los estudiantes ya mayores y los jóvenes universitarios, cuando tienen un trabajo urgente (bachillerato, doctorado, etc.) y necesitan estudiar hasta muy avanzada la noche, suelen excitarse con café, con té u otra bebida para no dormirse. Hacen mal. Es cierto que tales bebidas logran borrar la sensación de cansancio; pero el

que abuse de ellas tendrá que pagarlo muy caro. Pueden trastornar todo el sistema nervioso.

La alegría es un excitante harto mejor que el café más cargado. Algunas veces, al tener una gran alegría, nos parece sentir en nuestro cuerpo algo así como una sacudida eléctrica.

Un joven de alma pura, de nobles pensamientos, alimenta en su propia vida una fuente tan rica de pequeñas y dulces alegrías, que le basta tender la mano para beber a caño abierto las más nobles y puras satisfacciones. Por esto te recomiendo con interés que procures estar siempre de buen humor, que siempre vivas alegre.

En primer lugar, porque ¿quién sino el joven, que tiene su alma en orden ante Dios, puede mostrar en el semblante la flor de la alegría? En segundo lugar, debes estar alegre para que sea más llevadero tu estudio.

No te pares a cavilar durante un cuarto de hora: ¿qué hago?, ¿estudio o no?, sino, ¡adelante!, lánzate con alegría, valientemente *Dimidium facti, qui coepit, habet*, "el que comenzó su trabajo lo tiene ya medio hecho".

Algún estudiante sólo se decide a emprender su tarea después de mucho cavilar y de larga preparación.

Reniega de la clase durante media hora, dedica después otro tanto tiempo a deliberar solemnemente consigo mismo sobre si ha de estudiar o no, para preguntarse mil veces si la lección es difícil o fácil (como si estuvieran para sacarle una muela) y para figurarse de antemano cuánto tendrá que sudar; por fin, de muy mal talante, después de gruñir como un oso malhumorado, abre su texto de álgebra... Y aún dice de vez en cuando: "¡Ay! ¡Qué aburrimiento! ¡Mal va esto!...".

No faltan, al revés, otros estudiantes que antes de comenzar el estudio levantan su alma por un momento a Dios en oración ferviente y confiada y después meditan un instante: ¿Por qué debo estudiar ahora? Debo estudiar porque me será necesaria esta ma-

teria en la vida, porque esta materia me interesa mucho, porque esto tiene que saberlo cualquier persona culta... Si hay alguna materia tan ingrata que no tiene ni una cara gustosa, todavía me resta un argumento decisivo: "Bueno, punto en boca. ¡A trabajar! Aunque no me guste, voy a estudiar porque lo manda el deber. Y cumplir el deber es servir a Dios".

Pruébalo tú y verás cuan diferente te resulta el estudio.

Y cuando andes a vueltas con el trabajo más difícil, pongamos, por ejemplo, con el tema de alguna lengua (inglés, francés o alemán), no te levantes despechado, ni tires la pluma al suelo, sino estírate bien, respira profundamente y pronuncia después con verdadero gozo estas breves palabras: "¡Gracias, Dios mío!". ¡Y de nuevo a la faena!

He ahí dos clases de muchachos: unos y otros trabajan; pero ¡cuánta diferencia en su modo de estudiar! Son aquéllos esclavos; éstos, águilas caudales. Aquéllos trabajan sin alma; éstos ponen el alma en todo la que hacen. Aquéllos trabajan sudando, sin ganas y con poco provecho; éstos trabajan con facilidad, con gusto y con resultados indudablemente más duraderos.

Sigue en todo lo que hagas el hermoso adagio latino: *age quod agis!*, "haz lo que haces"; es decir: hazlo con todas tus fuerzas. No te contentes nunca, en ningún orden, con un trabajo superficial, a medias.

Durante la clase presta toda la atención posible, desde el primer momento hasta el último. Aunque "no te interese" la materia, aunque realmente sea "tan aburrida la clase", no importa; de todo puedes aprender algo. Y ten en cuenta que de todos modos tienes que asistir a la clase; no puedes escaparte. Por lo tanto, pensando cuerdamente, debes decirte: "Si de todos modos tengo que estar, por lo menos que me sea provechoso el rato. Si hago alguna otra cosa a escondidas, teniéndola debajo del banco, o si sueño con el paseo de la tarde, derrocharé sin provecho un tiempo precioso".

15. ¿Cuándo tienes que estudiar?

Mucho se puede, discutir sobre este tema: ¿en qué horas del día se estudia mejor? Un joven dice que lo que le queda más tiempo en la memoria es lo que estudia por la tarde o al anochecer.

Aquél, en cambio, manifiesta que por la mañana le resulta doblemente fácil el estudio. Ambos tienen razón: el estudio de la tarde, aunque más difícil, es de resultados más duraderos; el de la mañana es más fácil; pero el fruto también escapa más de prisa.

El que estudia por la tarde, estudia para el porvenir; el que lo hace por la mañana, no logra más que decir bien la lección aquel mismo día. Lo más acertado es aprender la lección por la tarde o por la noche y repetirla por la mañana. Lo que aprendes por la mañana, presto se te olvida, porque las muchas impresiones del día sacuden y disipan esta nueva simiente, que no tiene tiempo de arraigar; en cambio, el descanso que sigue al estudio de la noche sirve admirablemente para dar tiempo a la materia estudiada para infiltrarse hasta el fondo de tu alma.

No sabe más que deletrear el latín el estudiante de primer año y ya sabe repetir un hermoso adagio. Lo despacha cada momento con gran satisfacción: *Plenus venter non studet libenter*, "el estómago lleno no gusta de estudiar".

El dicho tiene razón. Después de comer no estudies en seguida con intensidad ni leas siquiera. Se necesita entonces la sangre para la digestión y no conviene turbarla en este trabajo dirigiéndola al cerebro. ¿Qué hacer, pues, entonces? Un rato de charla, un poco de juego, movimiento moderado. Pero después de un prudente descanso, adelante, a estudiar de nuevo. Dejar las cosas "para luego" es perder un tiempo precioso.

Y digo más: peor aún que darse al estudio inmediatamente después de la comida es estudiar durante la noche. Quisiera disuadirte de que lo hagas. Administra mal sus energías quien pierde la tarde con paseos, tertulias, lecturas o cualquier nadería y deja el estudio para la noche.

Haz primero las cosas de obligación, es decir, estudia tus lecciones, y si te queda tiempo, entonces puedes dedicarte a otras cosas.

Después de cenar, no estudies, a ser posible. Menos aún a altas horas de la noche. Lo pagará caro tu salud. No dejes los temas que has de hacer en casa para el último momento, porque si así lo haces no sabrás cómo salir de aprietos. Es un hecho comprobado que el sueño de antes de medianoche vale mucho más que el de después y que las horas pasadas en blanco por la noche no podemos compensarlas ni siquiera durmiendo el doble por la mañana.

Si realmente tuvieras tantos trabajos que no te bastase la tarde –por ejemplo, antes de los exámenes–, acuéstate también a la hora de costumbre –lo mejor es a las nueve de la noche– y madruga bien de mañana. Después de un trabajo hecho durante largas horas de la noche, no puedes dormir con el sosiego que sería menester para el descanso completo.

Aunque te parezca que a pesar de la hora avanzada "tienes muy despejada tu cabeza", estás equivocado; en plena fatiga nos parece trabajo excelente el que no pasa de mediano.

¿Cuándo es mejor estudiar? Procura estudiarlo todo por la tarde y por la noche antes de cenar, tomándote pequeños descansos

entre una y otra materia; repasa por la mañana rápidamente todo lo aprendido. No estudies en la cama ni tampoco leas. Esta costumbre turbaría tu tranquilidad durante la noche y debilitaría tus nervios.

Otro aviso. Si tienes un cuarto para ti solo, arréglalo con gusto y tenlo siempre ordenado. El estudiante tiene que pasar mucho tiempo en su cuarto; por lo tanto, éste ha de ser agradable para que vivas a gusto en él.

Si no tienes un cuarto de estudio para ti solo, si nada más dispones de una mesa–escritorio, tenla también ordenada para que el aseo exterior delate en seguida la disciplina interna, espiritual. Coloca sobre tu mesa un pequeño crucifijo y durante tu trabajo levanta algunas veces tus pensamientos al Salvador crucificado; verás qué fuerzas y energías brotan de estas cortas meditaciones.

No sería malo tener algunas macetas sobre tu mesa y cuidarlas; es algo que refinará tus sentimientos. "El que ama la naturaleza no puede dejar de ser bueno". Una sonrisa radiante inunda el aposento cuando algunas flores alargan sus corolas en la suave luz de la lámpara ante los ojos del muchacho, que suda mientras prepara su lección de álgebra.

16. “Aprendamos para la vida”

“Las cabezas bien llenas
son las más difíciles de manejar”.
Esteban Lamy.

“*Fero, fers, ferre, tuli, latum...; fero, fers, ferre, tuli latum...* Que se lo coma quien lo inventó”. Así refunfuñan muchos estudiantes cuando, con el diccionario en la mano, se pasean por el cuarto y llenan la casa con la conjugación de los verbos irregulares.

“¡Qué estupidez hacer aprender estas cosas a las gentes modernas! *Non scholae, sed vitae discimus*. No aprendemos para el colegio, el instituto, sino para la vida –dicen–. ¿Y para qué sirve el latín en la vida moderna? ¿Y el griego? ¿Y la infinidad de teoremas de álgebra? ¿Y las demostraciones interminables? Para mortificarnos, y ganar un ‘aplazo’ en menos de nada...”.

No sé, hijo mío, si has rumiado alguna vez semejantes pensamientos. Pero, de todos modos, provechoso será que tengas ideas claras sobre esta cuestión. Porque sólo aprendemos con gusto y con facilidad aquello de cuya utilidad estamos convencidos.

"Aprendemos para la vida". Cierto. Pero el joven que piensa que para la vida bastan pequeños conocimientos de índole práctica y cierta habilidad..., piensa de un modo muy pueril. Porque más importante que los conocimientos de los detalles es el conocimiento de las bases generales de la ciencia moderna, de su desarrollo y de la relación que hay entre sus diversas ramas.

Naturalmente, para que un hombre sea buen ingeniero, buen médico, buen juez, buen abogado, buen sacerdote, buen profesor, necesita también muchos conocimientos especiales. Estos los adquirirá en la Universidad.

¿Has visto trabajar a un escultor? Antes de hacer el modelo prepara la arcilla: la rompe, la amasa, la trabaja, para que después, cuando ya se trate de la obra definitiva, sea el barro más dúctil y suave en manos del artista.

Cuando entras en el colegio, tu entendimiento, tus facultades son como la materia prima del escultor. Las clases de la secundaria no dan todavía la forma definitiva (dicen los estudiantes: "¡aprendemos tantas cosas superfluas!"); pero tampoco es éste su objetivo, sino amasar, trabajar, ejercitar tu entendimiento para que cuando tenga suficiente madurez, sepas pensar con disciplina, juzgar con facilidad; en una palabra, estudiar con provecho.

Se necesitan jóvenes que sepan penetrar ágilmente en el meollo de las cuestiones, jóvenes que sepan ordenar sus pensamientos, encadenarlos, deducir unos de otros, encontrar la expresión adecuada de los mismos, seguir el razonamiento de los demás, descubrir en seguida los posibles defectos del propio raciocinio, o, en otras palabras: que sepan pensar con disciplina.

No solamente los estudiantes, sino todo el mundo puede ver que en las aulas habéis de aprender realmente muchas cosas que nunca más necesitarás en la vida. Es que todas las asignaturas, aun las lenguas clásicas y las matemáticas –¡los dos grandes espectros de la vida estudiantil!–, prescritas en los cursos de segunda enseñanza, desarrollan la facilidad de discurrir sin anarquía mental.

Son una gimnasia del espíritu: por obra y virtud de la segunda enseñanza aprenderás a realizar trabajo mental verdadero.

17. Gimnasia del entendimiento

Paréceme digno de hacer notar que el Catecismo y la clase de Religión, donde la hubiere, por tener precisamente como fin la formación del alma, ayuda por modo maravilloso la destreza y agilidad del entendimiento.

En el Catecismo y en las clases de Religión, ¡cuánto hay que discurrir con argumentos racionales y filosóficos!... ¡Qué ruda gimnasia de la inteligencia para descubrir los atributos del Dios infinito! ¡Cómo reflexionáis para comprender las propiedades misteriosas del alma humana; cómo examináis las leyes morales del universo; a costa de cuánta crítica histórica, con qué raciocinios, pruebas, indagaciones, probáis que la Sagrada Escritura es auténtica y con fuerza sobrada para merecer nuestro crédito!

Cuando trabajáis para expresar en forma conveniente las verdades más difíciles –porque son las más abstractas– de la religión, ¿no mejoran con esta gimnasia vuestras formas de expresión? He ahí cómo el Catecismo, que antes de nada sirve para la educación del alma, ejerce también su influencia en el desarrollo de la inteligencia y del lenguaje.

Pues ¿y las matemáticas? Es evidente que hay en este campo pocos muchachos que puedan calificarse de verdaderos talentos,

para quienes esta materia no es sino juego sencillo, otros en cambio son verdaderas víctimas, y están como en potro de tortura... en la clase de matemáticas.

Estos últimas, al final de cada problema, que no logran resolver, claman indignados: "Nunca en mi vida tendré yo necesidad de saber cuánto es:

$$sen\ A \times cos\ B + cos\ A \times sen\ B$$

y sin embargo, están torturándome con esto años y más años!". Aunque para ti la clase de matemáticas no haya sido tortura, es indudable que los muchos rompe cabezas que te hicieron resolver, la enorme gimnasia mental que te ha sido impuesta y las energías desplegadas por tu voluntad durante años, aguzaron tu entendimiento y tu discurso, ayudando también a poner orden en tu modo de pensar. Y es éste un resultado que dura toda tu vida; lo notarás incluso cuando en el correr del tiempo hayas olvidado ya cual es el valor del miembro *n* de una progresión geométrica. Olvidarás tal vez los teoremas, pero en cambio conservarás la disciplina de tus facultades. Pues ahí tienes uno de los fines perseguidos en la segunda enseñanza, y cuya utilidad no podrás negarme.

El estudio concienzudo robustece nuestra voluntad.

"¡El álgebra es tan difícil de entender!", "¡Es tan difícil este Cicerón!". No importa, acométełos. Cuanta más constancia tengas en la lucha, tanto más aumentará tu fuerza de voluntad, como aumenta la fuerza del imán, si poco a poco vamos colgándole nuevos pesos.

"Conforme, dirás. Debo estudiar álgebra. Pero ¿y el latín? ¿Y el griego? ¿Para qué quieren llenar nuestra cabeza con estas lenguas muertas?".

Y no sólo los estudiantes, sino muchas personas maduras.

El estudiante de los primeros cursos no es el único que dice pestes del latín. Se levantan también contra él voces diversas en el mercado de la vida moderna; los clásicos antiguos que gozaban en

nuestras escuelas de una pacífica posesión levantan su cabeza con sobresalto al escuchar las voces, al oír estos griteríos extraños: "¡Es preciso enseñar el inglés, el francés! ¡Física! ¡Álgebra!... Pero ¿latín?, ¿griego? ¿Para qué?"

No rehúyas el estudio de la taquigrafía. Cuando hayas de tomar muchas notas podrás sacar gran partido de ella. En un sinnúmero de ocasiones te será útil.

18. ¿Latín? ¿Griego?

En primer lugar es muy sospechosa esta inquina contra el latín, porque los que chillan con más furor contra esta lengua son los que quieren romper no solamente con ella, sino con todo el pasado, con toda cultura antigua, con el espíritu cristiano.

Yo más creo que quieren condenar a muerte a los clásicos, no por amor a la enseñanza de las lenguas vivas (ya que ambas cosas pueden compaginarse muy bien), sino porque en la mayoría de los clásicos se encierra una profunda sabiduría de vida y un subido concepto moral, que con facilidad pueden conducir al lector hasta Dios. San Agustín en su juventud fue conducido a Dios desde la senda de las aberraciones por la lectura del Hortensio de Cicerón.

El estudio de los clásicos se impone aún hoy por la honda influencia que alcanza en la formación del carácter. En estos libros, en estas obras maestras de la poesía y de la filosofía de la historia, puede aprender el joven la justa estima de los valores ideales, una profunda sabiduría de vida, que hace noble y alto el mundo del sentimiento y robustece juntamente la voluntad.

El latín, el griego, fueron la clave de la celebridad de no pocas mujeres grandes: Luisa Sigea, destaca de entre las demás jóvenes de su época, por sus *"Cartas eruditas"* escritas en latín.

La catalana Juana Morella, a los diecisiete años admira a los Padres Jesuitas, por sus profundos conocimientos en lenguas clásicas.

A los clásicos han ido a estudiar los grandes poetas, filósofos, historiadores, estadistas de las épocas más recientes. Y no ha podido librarse de su influencia ni siquiera la vida moderna. ¿Puede ser hoy buen jurista el que no conoce las "*Instituciones*" y las "*Pandectas"?*

¿Qué diríamos de un filósofo que no conociese a Platón. Aristóteles, Séneca?

"Bien –replicará alguno–, pero lo importante es el contenido. ¿No se podría dar a conocer este contenido en castizo romance? ¿Por qué sudar los textos originales en latín o griego y gastar en ellos tantas energías?".

Con esto llegamos al objetivo principal de los estudios clásicos. Cuando estudias las reglas magistralmente construidas de la gramática latina, o traduces alguna obra maestra de un clásico, ni siquiera se te ocurre la gran influencia educadora que tienen las innumerables leyes lógicas, razonamientos, observaciones contenidas en los mismos, que mueven a pensar, poniendo en juego las fuerzas del espíritu.

Es posible que llegues a olvidar la conjugación de los verbos irregulares; pero más tarde, en tus estudios, quizá en los años universitarios, y aún más adelante, sentirás el provecho de aquella gimnasia del entendimiento que hubiste de hacer al aprenderla.

En Hungría los catedráticos de Universidad tienen datos interesantes: los alumnos del "*gimnasium*"[17] entienden más ágilmente y penetran mejor las materias de la Universidad –hasta las mismas ciencias naturales– que los de la "escuela real". La causa de tal hecho es que aquéllos tienen más disciplinadas sus facultades por la gimnasia mental que hubieron de hacer en las clases de griego y de latín.

---

[17] En el "*gimnasium*" se estudia latín y griego. En la llamada «escuela real», no. (N. del T.)

Al saborear los escritos de Demóstenes, cuyas palabras siempre dan en el blanco, con la rapidez de una flecha; o el estilo conciso y lapidario de Tácito; los discursos de Cicerón, construidos con una lógica magnífica; los diálogos de Platón; la narración sencilla y sublime de Homero; las piezas oratorias de Julio César; el estilo magnífico de Salustio; los símiles brillantes de Virgilio..., y al detenerse en la traducción laboriosa de una frase más difícil, no parece sino que se trabaja en una mina de diamantes. Algo se queda pegado de aquellos autores tan exactos y expresivos. Tu espíritu se vuelve más flexible; tu modo de expresarte se hace más vivo.

Es cierto que no necesitarás en la vida los verbos griegos irregulares; pero aun cuando se borren de tu memoria, te quedarán la voluntad fuerte y el vigor mental que has ejercitado admirablemente durante su estudio. Y esto sí que lo necesitarás en la lucha por la vida.

No hay método más a propósito para ejercitar el entendimiento, no hay manera mejor para que se desarrolle nuestro modo de pensar, abarcando amplios horizontes, que la traducción de las lenguas clásicas.

Cuando el entendimiento joven lucha con la traducción de una frase kilométrica del latín o del griego, para reproducirla con frases corrientes de su propia lengua, el desarrollo feliz de un "*ablativus absolutus*", la interpretación exacta de cada *"consecutio temporum"*, el ordenar en forma un intrincado revoltijo de frases, son trabajos que robustecen de un modo extraordinario su entendimiento, su capacidad de observación, su atención, su juicio.

Después de lo dicho, ya puedes suponer cuál es mi criterio respecto de los "discos". No condeno en absoluto el uso del texto traducido –el "disco"–, pero nunca debes usarlo cuando traduces (porque así te acostumbrarías a la pereza y a la superficialidad), sino solamente después de traducir, para contrastar tu trabajo.

El que traduce con "disco" hácese víctima de un engaño, porque frustra uno de los principales fines que tiene el estudio de idiomas extranjeros; da de lado a la gran gimnasia del entendimiento –que esto viene a ser toda traducción– y simula hipócritamente gran trabajo cuando nada hizo.

Ten la seguridad de que una sola frase traducida, aunque no exactamente, a costa de tus propias fatigas, ha limado más tu entendimiento, que páginas enteras de los "discos" hechos con más habilidad.

No uses "discos" si no es necesario. Si no puedes aclarar de ningún modo una frase intricada, es mucho mejor que consultes. Pero antes debes estudiar la frase sin adminículos; tienes que sudar y buscar e indagar el sentido, porque tan agria lucha regada con sudores, desarrolla mucho más la capacidad de tu entendimiento.

Si logras descubrir el sentido de la frase, puedes sacar entonces el "disco" –te doy mi permiso–, pero sólo para comprobar lo que has hecho.

Otra consideración: el lenguaje de los antiguos clásicos satura hoy mismo nuestra vida cultural. La lengua de la ciencia médica se basa sobre todo en el griego y abunda en aforismos latinos. El jurista tiene gran necesidad del latín y el sacerdote todavía más.

En latín pueden entenderse muchas gentes altas de todas las partes del mundo. Pongo por ejemplo: la cultura española. Fue saturada durante siglos por el espíritu de los clásicos antiguos. Las leyes antiguas en latín se redactaban; los antepasados sabían hablar esta lengua.

Toda nuestra cultura de hoy se construyó sobre la cultura latina y griega; por lo tanto, el latín y el griego son la puerta por la cual tiene que pasar la que quiera conocer a fondo nuestra civilización moderna[18].

---

[18] Aunque al joven lector le parezca extraño, todos los años se realizan *Jorna-*

"Pero ¿no es posible hacer una carrera sin saber latín?", me preguntas. Sí. Es posible. Pero siempre se notará la falta de algo fundamental en punto a cultura.

El lenguaje de la sociedad culta está tan atestado todavía hoy de palabras latinas, y aun griegas, que muchas veces hallarás tropiezo en el significado de palabras comúnmente usadas, si no has estudiado latín y griego. Aduzco un solo ejemplo: Hay algunas palabras griegas que empiezan con "a" y son comúnmente usadas en el lenguaje corriente, habiendo adquirido carta de naturaleza en las diversas lenguas modernas. Verás con asombro cuántas palabras griegas seguimos usando todavía hoy:

Aeronáutica, aforismo, agonía, academia, aclimatarse, alfa (el principio de algo), alfabeto, alegoría, amazona, ambrosía (el manjar de los dioses), anfiteatro, ánfora, analizar, análogo, anarquía, anatomía, anécdota, anomalía, anónimo, anorgánico, antagonismo, antología, antipatía, antropología, apatía, apodíctico, apócrifo, apología, apóstata, apóstrofo, apostrofar, apoteosis, arcaísmo, arquitectura, aristócrata, aritmética, aroma, asceta, asma, astrología, astronomía, atleta, atmósfera, átomo, autobiografía, autóctono, autodidacta, autógrafo, autócrata, autómata, automóvil, autonomía, axioma.

¿Qué sería si continuáramos la lista y siguiéramos por todas las letras del abecedario?

¿Y qué decir del latín? Es la madre de las lenguas románicas, de tu propia lengua: el español.

---

das de Cultura Clásica, donde la lengua utilizada es el latín y el griego. Los exponentes, el auditorio y los debates se sostienen en estas lenguas. Quien desee puede encontrar información investigando tan solo un poco.

19. *"Nix doich"*

Aunque ponderemos la importancia de las lenguas clásicas, no por eso levantamos bandera contra el estudio de las modernas: toda persona culta necesita saber idiomas extranjeros, y si bien lo miramos, difícilmente se puede calificar de culta a quien, además de la lengua materna, no conoce algunas otras. No diré que haya de hablarlas, pero por lo menos que pueda leerlas.

En Hungría, antiguamente, cuando teníamos que cuidar con cariño receloso el idioma patrio para que la plantecilla abandonada pudiera robustecerse y echar esbelto tallo, estaba en boga una frase de orgullo patriótico. De cualquier manera y en cualquier idioma extraño que se dirigiese la palabra a un húngaro, éste se cuadraba con orgullo y gravemente decía: *"Nix doich"*[19], con lo cual quería decir: "No hablo alemán ni otra lengua".

Hoy ocurre lo contrario. La magnífica lengua húngara está en pleno florecer, y no tiene por qué avergonzarse del parangón con otros idiomas. Por esto no tememos que el estudio de otras lenguas sea en detrimento de la lengua patria.

Ni qué decir tiene que todo joven debe saber bien, en primer lugar, la lengua materna. Pero tendrá necesidad de otros idiomas, pues como dice el adagio latino, *Quot linguas calles, tot homines vales*, «cuántas lenguas sabes, tantos hombres vales».

---

[19] Forma popular y adulterada de *"nichts deutsch"*, que significa «nada alemán». (N. del T.)

Pero no estudies lenguas para darte después importancia de políglota. Hazlo siempre con un fin práctico. Por ejemplo, para viajar, cosa molestísima cuando se ignora el idioma del país por donde viajamos.

Y aunque no pudieras viajar, en cualquier carrera te será punto menos que imposible desarrollar y perfeccionar tus conocimientos de especialista sin poseer algunas lenguas extranjeras.

El sacerdote y el ingeniero, el médico y el profesor, el juez y el político, si aun después de obtener sus diplomas desean estar al tanto del progreso científico, han de recurrir también a libros y revistas extranjeros. En algunas ciencias especiales (por ejemplo, teología, geología, astronomía, química, etc.) es absolutamente necesario este conocimiento.

Por consiguiente, aun prescindiendo del enorme tesoro que el dominio de idiomas extranjeros nos brinda en punto a literatura, es provechoso, y aun necesario, estudiarlos por la utilidad que nos reporta desde el punto de vista meramente científico.

20. ¿Qué lengua debes aprender?

Depende de las circunstancias especiales de cada país. Aprende francés, alemán, inglés, italiano..., lo que más te conviniere.

"¡Es que yo no puedo pagar un profesor!"

No es necesario siempre. Claro que no podrás aprender a hablar un idioma extranjero sino de viva voz; pero saber hablar un idioma no es siempre lo que buscamos.

Quizá no tengas ocasión en toda tu vida de hablar el francés o el inglés; pero puede serte preciso entender esa lengua escrita y poder sostener en ella correspondencia. Y esto puedes muy bien lograrlo sin maestro, con buenos libros. Lo importante no es el profesor, sino la aplicación y la constancia.

Y aquí está precisamente el gran escollo. Los jóvenes emprenden el estudio de una lengua con gran entusiasmo: *"Je vais, tu vas; il va, nous allons, vous allez, ils vont"*... Toda la casa resuena con esta música. Al cabo de dos semanas vuelve a reinar el silencio. La gramática francesa yace cubierta de polvo... Ya se esfumó aquel entusiasmo. Falta la perseverancia. "Es posible. Si viviera un mes en París bien aprendería yo el francés. Pero, ¿así? No hay manera".

¡Si hay manera!... Si tuvieras constancia. También en este caso tiene su valor el dicho: *Per aspera ad astra!,* "Por vías ásperas es dado

llegar a las estrellas". Sólo a costa de duro trabajo se puede adelantar. Tiene razón Czuczor[20] al escribir:

"Ningún hombre ha chupado todavía ciencia de sus dedos; donde nada pusiste no busques tesoro".

En la juventud se aprenden los idiomas con más facilidad; en la edad madura es más difícil esta tarea. Por lo tanto, si ahora tienes ocasión, no la desprecies ni te contentes con la medida señalada para tales estudios en las clases de segunda enseñanza.

Estudia los idiomas mejor de lo que piden en las aulas, estúdialos incluso durante las vacaciones, lee textos fáciles en la lengua que intentas aprender y verás las ventajas que te proporciona una diligencia perseverante, aunque no tengas maestro. Tú solo no podrás aprender a hablar bien un idioma extranjero; no es esto lo que más importa; basta que lo puedas leer.

[20] Monje benedictino (1800-1866). Poeta épico y lírico de Hungría. (N. del T.).

21. ¿Cómo tienes que estudiar los idiomas?

Al principio es arduo el estudio de idiomas; el tragarse continuamente reglas gramaticales y vocablos nuevos no es cosa muy grata que digamos. Pero se puede facilitar en gran parte tal trabajo y no es difícil hacerlo más interesante.

¿Cómo? Con aquellos pequeños artificios de que tratamos arriba. Como ya dije antes, no aprendas con la cabeza sólo, sino con todos los sentidos posibles.

En primer lugar, aprende las palabras en voz alta. Pero no aprendas tan sólo vocablos, sino las cosas que los mismos indican; dibuja los objetos y escribe al lado sus respectivos nombres.

Si es posible, acompaña el estudio con un movimiento de la mano. Por ejemplo, aprendes el término alemán *der Schmetterling* (la mariposa); mientras lo pronuncias haz con tu brazo un movimiento como quien vuela. El francés *prender* (tomar); toma tú realmente el lápiz. *Remettre* (volver a ponerlo); colócalo de nuevo en su sitio. *Lancer* (lanzar); lanza tú una pelota. *Frapper* (llamar); ve y llama a la puerta.

Si estudias adjetivos alemanes indica con la mano lo que cada uno significa. Di con la palabra y con el ademán: esto es *gross*

(grande), esto es *klein* (pequeño), esto es *breit* (ancho), esto es *schmal* (estrecho), esto es *hoch* (alto), esto es *tief* (profundo).

Estudia las preposiciones del francés. ¡Qué trabajo supone aprenderlas solamente con las facultades mentales! En cambio, te resulta bastante fácil si te colocas junto a la mesa e indicas con la mano lo que vas diciendo: esto es *devant* (delante), esto es *derrière* (detrás), esto es *à gauche* (a la izquierda), esto es *à droite* (a la derecha), esto es *sur* (sobre), esto es *sous* (debajo).

Las palabras más difíciles no las escribas tan sólo en tu cuaderno, sino también en un papelito, y repásalas algunas veces durante el día. Si aún hubiese palabras que no pudieras grabar de ningún modo en tu memoria intercálalas en una frase de tu lengua materna y así el mismo contexto te hará recordar el significado.

Supongamos, por ejemplo, que hayas de aprender estas palabras: *das Abentuer* (la aventura), *der Taugenichts* (el holgazán), *fordern* (exigir). Trata de aprenderlas de esta manera: "Ayer tuve una *Abentuer* muy raro; un *Taugenichts* me saltó y me *forder-ó* dinero..." O en inglés: *Sunday* (domingo), *church* (templo), *prayer* (oración); la frase puede ser: "Cada *Sunday* voy al *church* y hago *prayer*".

Reflexiona cuando aprendas vocablos. Podrá facilitar tu trabajo el descubrir cierta onomatopeya en la palabra extranjera con relación al concepto que significa; por ejemplo: en francés, *coq* (gallo), sonido algo parecido al canto del gallo; *rire* (reírse), se percibe en la palabra el "jijijí"; *la pomme* (la manzana), da un sonido fuerte, "*pom*", como la manzana que cae del árbol.

Si la palabra extranjera tiene semejanza con la correspondiente de tu lengua, acentúa esta semejanza. Por ejemplo: en alemán, *Tempel* (templo); en inglés, *confession* (confesión); en francés, *reproche* (reproche). Con mediano esfuerzo descubrirás en muchas palabras estas semejanzas interesantes. Conviene que las anotes en tu cuaderno.

El conocimiento de otra lengua afín es desventajoso en gran manera. El que sabe latín aprenderá con más facilidad el francés o el italiano; el alemán nos ayuda en el estudio del inglés.

Los que sepan alemán escogerán con provecho una gramática escrita en esta lengua para estudiar inglés; también es muy útil escribir, por ejemplo, junto a las palabras francesas su significado en latín.

Entre las lenguas románicas hay muchos vocablos que acusan su parentesco. También hay semejanza entre muchas palabras inglesas y alemanas por ejemplo: *father=Vater*; *name=Name*; *come=kommen*; *fruit=Frucht*; *mother=Mutter*; *brother=Bruder*; *butter=Butter*; *wine=Wein*; *finger=Finger*; *hand=Hand*; *arm=Arm*, etc.

Naturalmente, debes aprender ambas columnas; puedes estudiarlas de esta manera: tapa la primera columna, por ejemplo: la que está en francés, y prueba a contestar en francés a las palabras que lees en la segunda columna en castellano, y viceversa.

También es útil aprender a la vez los vocablos de un sonido o significado semejantes, las palabras pertenecientes a la misma raíz; las sinónimas y las de significación opuesta. Por ejemplo: si aprendes en francés *le poisson* (pescado), aprende en seguida también *le poison* (veneno), *la boisson* (bebida). Y aun te será más fácil si construyes una pequeña frase con las mismos palabras; por ejemplo: *Le poisson sans boisson est un poison* (el pescado sin bebida es veneno).

Pongamos otro ejemplo. Aprendes el verbo latino *mittere*, mandar. Bien será estudiar al mismo tiempo sus derivados: *missio* (misión); *missionarius* (misionero); *missa* (misa).

Para las contraposiciones sirvan de ejemplo: *grandis* (grande); *parvus* (pequeño); *multus* (mucho); *paucus* (poco).

Palabras compuestas. Al estudiar el verbo alemán *sitzen* estudia también el significado de *auf–*, *ab–*, *be–*, *ein–*, *nieder–*, *vor–*, *zusammensitzen*, y, además, el de *Sitzer*, *Besitzer*, *Beisitzer*, *Sitzung*.

Aprende al mismo tiempo que el verbo francés *tenr*, los significados de *abstenir, appartenir, contenir, entretenir, maintenir, obtenir, reteñir, soutenir.*

Para muchas ofrecen gran dificultad las reglas de los géneros. Hay algunas gramáticas que condensan en unos pocos versos las reglas de los géneros en la lengua latina, y así las grabas mejor en la memoria.

Puede serte útil subrayar en el vocabulario o en el índice de palabras los nombres masculinos con lápiz azul, por ejemplo: los femeninos, con lápiz rojo, dejando los neutros con verde, o sin subrayar. Al repasar después las palabras, o junto con el recuerdo de la palabra, tendrás también el del género.

Al cabo de unas semanas de trabajo constante, después de estudiar las palabras y reglas gramaticales, ya será mucho menos aburrida tu tarea. Lánzate cuanto antes a la traducción de un texto fácil. No importa que vayas atascándote al principio ni que hayas de recurrir continuamente al diccionario. La principal es que aproveches cuanto antes tu trabajo. Así se despertará tu interés, el trabajo te será grato y la satisfacción te animará para proseguir con perseverancia.

Cuando hayas logrado algún tanto de habilidad en traducir compra un diccionario que no tenga el significado de las palabras en tu lengua materna, sino que las explique en el idioma que estudias. De esta suerte se aumentará rápidamente tu caudal de palabras. En francés hay un diccionario excelente, el *Petit Larousse Ilustré* (con 7.216 ilustraciones); en inglés, el *Webster's Brief International Dictionary* o el *Chamber's Twentieth Century Dictionary*, también ilustrados.

Lo repito: con perseverancia y diligencia puedes lograr, aun sin profesor, leer un idioma extranjero y sostener en él correspondencia. El maestro no se necesita más que para saber hablar, para conseguir la recta pronunciación.

22. Para recordar números

Para muchos es un problema recordar números. La batalla de las Navas de Tolosa, ¿fue en el año 1212 o en el año 1221? Y la victoria de Lepanto, ¿es del 1571 o del 1517?

Recordarás los números con más facilidad si sabes de dónde se deriva la dificultad de recordarlos. Es difícil, en primer lugar, porque el mismo contenido, el significado estricto de los números no nos ofrece puntos salientes a que asirnos. Que en tal parte hubiese 873 personas o sólo 738 para la memoria viene a ser lo mismo. A lo más –y por razones de otra índole– recordamos si hubo muchas o pocas.

Para vencer esta dificultad no tenemos otro recurso que fijarnos en el lugar y en la figura de las cifras. Pero de esto mismo procede otra dificultad: los números tienen gran semejanza entre sí, porque no tenemos más que diez cifras para expresarlos. Ayer tarde, por ejemplo, repetiste diez veces en casa que el Aconcagua tiene 6.960,8 metros de altura sobre el nivel del mar; y, no obstante, hoy, al decir la lección, le has asignado 6.690,8 msnm.

¿Cómo hacer frente a tal obstáculo?

Ya que las palabras son más fáciles de retener, sustituye los números con palabras. Podrías escoger, por ejemplo, la siguiente transcripción: 1 = b, 2 = c, 3 = d, 4 = f, 5 = g, 6 = h, 7 = j, 8 = l o ll, 9 = m, 0 = n.

Pues bien: si tienes que retener un número sustituye las cifras con los correspondientes consonantes y procura intercalar vocales para formar así alguna palabra que tenga sentido, o si te conviene dos palabras. Por ejemplo: ¿Cuándo se terminó la guerra europea? En 1918, es decir: 1 = b, 9 = m, l = b, 8 = 1, por lo tanto, “bmbl”, “bambolla”. La aparición de Mahoma en 611, “hbb”, “hoy debe”; la fuga de Mahoma en 622, “hcc”, “hay caco”; la longitud del Volga, 3.690 kilómetros, es decir, “dhmm”, “dejo mano”; la del Danubio, 2.860 kilómetros, “clhm”, “cala hiena”.

Para los números más crecidos podemos hacer frases enteras, por ejemplo: 11.242.082, es decir, “bbcfcnlc”, “bebo café con leche”.

Puedes ejercitarte en este abecedario de números aun por la calle, en el tranvía; sustituye los números de las tiendas u oficinas formando palabras, y después transforma en números los títulos de los anuncios y de los comercios.

Hay números que se retienen con más facilidad, porque sus cifras muestras entre sí cierta regularidad. Por ejemplo: 2.345; 5.432; 3.553; 246 (2 + 2 = 4, 2 + 4 = 6); 248 (2X2 = 4, 2X4 = 8); 729 (7 + 2 = 9); 8.917 (8 + 1 = 9, 8 – 1 = 7); 159 (1 + 4 = 5, 5 + 4 = 9). Con habilidad puedes descubrir proporciones análogas en muchos números.

Ciertas personas tienen una capacidad especial para los colores. Estas pueden retener los números sustituyendo las cifras con colores. Por ejemplo: l = rojo, 2 = blanco, 3 = verde, 4 = amarillo, 5 = azul, 6 = pardo, 7 = gris, 8 – rosa, 9 = escarlata, o = negro.

Si se les pregunta qué altura tienen las torres de la catedral de Colonia su imaginación ve flotar en el edificio un estandarte de color rojo–azul–gris, y en seguida soltarán la contestación: 157 metros. ¿Cuántos metros de altura tiene el Chimborazo? En su cima ondea un estandarte color pardo–verde–rojo–negro..., es decir, 6.310 metros. ¿Cuándo fue la batalla de Waterloo?... Rojo–rosa–roja–azul... En 1815.

23. Aprende música

Si tienes un poco de talento para la música harás bien en aprenderla; estudia canto, piano... La música levanta el espíritu, llena los ratos perdidos; y con ella puedes proporcionar unas horas agradables a los demás. Las que aman la música tienen un alma más delicada. Aunque el poeta alemán, al escribir las líneas que transcribo, pensara propiamente en el canto, no obstante sientan muy bien a toda clase de música:

Wo man singt, da lass' dich ruhig nieder:

Böse Leute haben keine Lieder

"Donde oyes cantar, puedes detenerte con tranquilidad: las gentes malas no tienen canciones".

Ya dijo Horacio que el canto alivia los negros pesares de la vida: *Minuuntur atrae carmine curae*. Realmente, la música nos saca de la monotonía ordinaria de la vida y despierta en nosotros sentimientos nobles. Sentimos en nosotros el dominio de lo bello, de lo noble, del espíritu. Se hace patente de un modo especial en el canto. ¡Qué fibra, qué nobleza, qué elevación! ¡Cómo se transforman las cuatro cuerdas de aquel instrumento mudo y muerto, bajo los dedos del artista! La música es una revelación de la soberanía del alma sobre el mundo material.

Pero ve con cuidado: tu música y tu canto no han de ser amanerados, vulgares, sosos como agua de azucarillos. Lo que le cuadra

mejor al hombre son los gestos rotundos y firmes, los ideales sublimes una frente levantada al sol, ojos brillantes, llenos de fuego.

También de tal estudio puede sacar fruto la tenacidad. Estudiando música por necesidad practicas la constancia. Uno de los grandes defectos de las jóvenes es justamente el de emprender con entusiasmo un trabajo y abandonarlo después por cualquier cosa.

Escuela magnífica de perseverancia y medio eficaz para conseguir una fuerza de voluntad incontrastable es el estudio metódico de un instrumento músico.

Lo mismo puede decirse de las otras ramas del arte (pintura, escultura, etc.). Ellas pueden modelar tu espíritu dándole armonía, belleza.

Si llegas a descubrir y amar en el arte lo bello y armónico fácilmente te librarás de aquella disonancia moral que tiene por nombre "pecado".

Eine Brust, wo Sang und Lieder hausen,
Schliesst immer treu sich vor dem Schlechten zu.

Körner.

"Un pecho que sirve de morada a cánticos y trovas, cierra siempre las puertas a lo malo".

No rehúyas el estudio de la taquigrafía. En la Universidad, donde has de tomar muchas notas, podrás sacar gran partido de ella. Y aun fuera de la Universidad, en un sinnúmero de ocasiones, te será útil.

24. El arte de leer

La lectura es uno de los mejores medios para la propia instrucción. El entendimiento en la infancia es como un gran cuarto vacío: no hay en él mesa, ni silla, ni mueble alguno; no cuelgan cuadros de las paredes. Has de amueblar y llenar tu cuarto con estudio y lectura, con observaciones experimentos.

Puedes aprender cosas excelentes de los buenos libros. Suscitarán como por ensalmo ante tus ojos todo el admirable universo con su hermosura exuberante; y lo que nunca podrás ver en realidad te lo traen allí, sobre la mesa de estudio, con palabras e imágenes, para saciar tu sed de saber.

Los admirables descubrimientos de la ciencia, las obras maestras del arte y de la literatura, la historia milenaria de los pueblos, los sufrimientos de atrevidos descubridores del Polo, la vida misteriosa en los abismos de los mares..., todo, todo te lo muestran las buenas lecturas. Lo que es el alimento para el cuerpo es un buen libro para el espíritu. No en vano pusieron esta inscripción en la entrada de una vieja biblioteca: *Nutrimentum animae*, el alimento del alma.

La influencia de una buena lectura es ilimitada; ensancha tus conocimientos, desarrolla tu fantasía, ennoblece tus sentimientos, amplía tus estudios escolares... Aún más: la persona de carrera sólo podrá estar al tanto del movimiento científico en su propio ramo mediante una lectura constante y sin desmayos.

El libro nos defiende del tedio y por ello de muchos pecados. Si te cercan las tentaciones, toma aprisa un libro interesante, y con la mayoría de los casos te librarás de un tropiezo.

Con la lectura puedes profundizar no sólo tu saber, sino también tu vida, conocer más a fondo las enseñanzas sublimes de la religión.

Por estas razones, un buen libro vale tanto como un buen amigo. Lees algunas páginas, pones el libro sobre la mesa delante de ti y después, como embriagado por un perfume de los nobles pensamientos que de él se escapan, estás soñando un poco..., tal lectura es uno de los más nobles placeres humanos.

Sé pues, aficionado a la lectura.

Hay jóvenes que sienten una especie de escalofrío sólo al pensar en los libros. Son tan superficiales, viven en tal penuria de pensamientos, son tan esclavos de la sociedad, que no sienten la necesidad de leer. Y, sin embargo, la lectura de los libros buenos es uno de los más nobles gozos.

El que gusta de los libros no se aburre nunca. Aun estando a solas, al tomar un tomo de su modesta biblioteca, entáblase al momento una comunicación entre él y los primeros representantes del genio humano.

Pero no seas extremoso: una verdadera furia de leer se apodera tal vez de las muchachos y devoran con un ardor inextinguible los libros; pero no los buenos y serios, sino los que tratan de aventuras sentimentales, de dramas pasionales. Lo que les interesa es leer; y cuanto más, mejor.

Por amor a la lectura no van de paseo, no van a las honestas diversiones, no se acuestan a la hora debida, y, desde luego, no estudian, no hacen más que tragar, tragar y tragar páginas. Su imaginación las recorre de nuevo durante la clase; ni siquiera pueden dormir con tranquilidad, porque aun durante el sueño los héroes de las novelas vienen a turbarlos.

No creo necesario decirte que, antes de cumplir tu deber, antes de aprender la lección no debes de leer otra cosa.

Dan muestras de voluntad poco firme los jóvenes que intentan acallar su conciencia de esta manera: "En seguida. Sólo unas pocas páginas. Después, el álgebra, y los verbos griegos irregulares. Sólo cinco minutos más...". De los cinco minutos pasan a los cincuenta, y los verbos griegos irregulares no aparecen; en cambio, el día siguiente... llega la mala puntuación, la mala nota en los exámenes.

Mientras sea posible lee con luz natural y no artificial Pero cuida de que no caiga el sol en el libro. La luz ha de venir del lado izquierdo, principalmente cuando escribes, porque, de lo contrario la misma pluma te dará la sombra. Has de tener el texto a unos 40-50 centímetros de distancia de los ojos.

25. ¿Cómo debes leer?

El arte de leer es de tal importancia, que deberían poseerlo todas las gentes. Hoy la lectura se propaga en proporciones siempre crecientes por el mundo; y es éste un hecho del cual debemos alegrarnos.

No sabe todo el mundo leer bien. Mucha gente lee, pero sin provecho; aún más: quizá con grave daño de su propia formación. La lectura sólo es provechosa si se cumplen estas dos condiciones: primera, que se entienda lo que se lee; segunda, que se graben muchas cosas en la memoria.

Lee, pues, despacio y meditando. El aguacero no sirve mucho a las mieses; tampoco la lectura rápida fomenta la cultura.

No puede aprobarse aquella manera de leer con furia que tienen algunas personas. Si a sus manos llega un libro interesante, lo dejan todo: lección, trabajo..., y, ¡adelante!, a leer. Hojean, no leen, 20 ó 30 páginas en un cuarto de hora, sólo para saber cuanto antes cómo acabará la historia. Al llegar del piso a la calle, ya han "pasado" medio libro, que acaban de sacar de la biblioteca. Y, al final, después de tanto leer, hay un enorme caos en su cabeza; todo lo han mirado, pero propiamente no saben nada. Al cabo de un mes, "si te he visto no me acuerdo".

Lee menos, pero atentamente, meditándolo bien; no tengas prisa, más te aprovechará leer varias veces el mismo libro que

hojear diez a carrera tendida. La lectura rápida es un derroche de tiempo, porque no penetra en el fondo de los pensamientos. Dice muy bien un escritor chispeante: "Es corta la vida para quien lee con precipitación y, por ende, sin provecho".

Lee, pues, con atención. Si vas corriendo de un modo insensato en la lectura no hallarás en ella provecho alguno, Nunca leas sin pensar, sino concentra tu atención y trabaja mientras lees. Entrégate por completo. *Non multa, sed multum*: "no has de leer muchas cosas, sino mucho". *Nusquam est, qui ubique est*, dice Séneca: "Quien está en todas partes, no está en ningún lugar".

Lee primero lo necesario, los temas obligados de las clases; después lo útil, y sólo en tercer lugar lo agradable.

Hay quienes no leen más que los diálogos en las novelas, y pasan sobre los pasajes descriptivos sin saludarlos siquiera. Esto es sencillamente perder el tiempo. Precisamente estas páginas de descripción, estas páginas omitidas son las que más instruyen. ¿Qué podemos aprender en ellas? habilidad en la descripción, observación psicológica...

El pensar implica un esfuerzo; por esto son muy pocas las gentes que realmente piensan. Pregunta, por ejemplo, a tus amigos: "Oye, ¿por qué eres de tal parecer?" Uno te contestará que también lo es tal profesor. Otro te dirá que lo ha leído en los periódicos. El tercero te saldrá con que todo el mundo piensa hoy de la misma manera..., y quizá no haya más que uno entre mil que te de la respuesta digna de una persona culta: "Opino de esta manera porque lo he pensado y me he convencido de la verdad".

El que mucho lee, pero no reflexiona sobre la materia leída, llena su memoria, pero de trastos inútiles; su cabeza será como una biblioteca cuyo catálogo se ha perdido; nunca podrá ir por sus propios pies, sino que le arrastrará la corriente del vulgo indocto. Y esto acontece no sólo al tratarse de los tesoros de la ciencia, sino también en lo que se refiere a nuestros sentimientos más santos, a nuestra vida religiosa.

Hay muchos jóvenes para quienes el sublime espíritu católico no es sino un ropaje exterior, una herencia recibida de los padres; pero no tiene raigambre profunda, no brota de una convicción llena, de un juicio sereno, ni es fruto de seria meditación. "Soy católico porque nací católico...".

De esta pereza mental no puede brotar la fuente llena de una verdadera vida religiosa que robustece la voluntad y refina el alma. Para que haya entusiasmo se necesita tener convicción; tan sólo el ideal arraigado en el fondo del alma puede dar peso a nuestra palabra, y sólo la verdad hecha sustancia nuestra a costa de una meditación profunda puede inspirarnos grandes acciones.

Repito, pues: lee meditando. El que lee sin pensar y sin contrastar las afirmaciones de los libros ni pasarlas por el tamiz de la propia convicción, no se sorprenda si su vestidura espiritual es muy abigarrada; dará la impresión de una persona que hubiese comprado su traje a un ropajero: pantalón rojo, zapato amarillo, smoking, chaleco de frac, corbata verde, camisa rayada... ¡un mamarracho!

Trata, cuando puedas, de la materia que has leído con tus amigos. Más ven muchos que uno solo; con estas pláticas podrás llegar a la comprensión cabal de la materia leída.

De ahí brota una segunda regla: medita los pasajes más importantes y toma nota de las frases más hermosas. Quien al leer tiene un lápiz en la mano y un papel delante y anota en seguida los pensamientos, las frases, los ejemplos más destacados, lo que más impresión le produce..., éste es la que saca más provecho de la lectura.

En un mes llegas a leer muchas cosas interesantes. Al leerlas piensas: "Es interesante. No lo olvidaré". Y lo olvidas muy aprisa. Anota, pues, todas las cosas que más te llamen la atención. Encierra una verdad indiscutible este juego de palabras: *Legere et nihil seligere, negligere est*: "Leer sin anotar es olvidar".

26. La *“Silva rerum”*

Hay oradores y estilistas que saben dar gran vida y variedad a sus discursos y escritos mediante proverbios a cuál más hermosos, anécdotas históricas, símiles interesantes, y lo hacen con habilidad y riqueza que nos dejan pasmados.

¿De dónde sacan estos hombres tal abundancia de citas y datos interesantes? No es por arte de magia. Es el resultado de un hábil método de lectura y de una diligencia perseverante. ¿Quieres también tú hablar o escribir así algún día? Pues escúchame.

Toma quince o veinte hojas de papel corriente, córtalas en cuatro y dobla estas cuartas hojas en dos. Al encontrar después en tus lecturas alguna hermosa sentencia moral, una verdad profunda, ejemplos históricos, un bello pasaje de alguna poesía, ocurrencias breves y originales, epigramas bien torneados, símiles sorprendentes, no los dejes escapar, y escríbelos sobre las cédulas que has preparado.

Pongamos por ejemplo que lees las poesías de Gabriel y Galán. Fíjate en las cosas que puedes anotar:

...El que también intuía
que el Trabajo es virtud, es armonía,
es levadura del placer humano,
fuente del bien, secreto de la suerte,
deber del hombre sano, honra del varón fuerte

y vanidad del mozo castellano.

El Poema del gañan.

Escríbelo, y pon en la parte superior de la cédula: Trabajo. Después irás añadiendo a la misma hoja lo que leas de interesante sobre el trabajo. Por ejemplo puedes anotar otro pasaje de Gabriel y Galán en la misma hoja:

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

El ama.

Puedes transcribir otros versos del mismo autor bajo el epígrafe amor a Dios:

Y quisiera que un templo fuera el mundo
y un sacerdote el hombre.

Canción.

Bajo el epígrafe: Sabiduría

...sabiduría,
en la noche, del mundo tan sombría
es estrella que alumbra,
brazo amigo que guía,
no relámpago breve que deslumbra
ni mano malhechora que extravía.

Regreso.

He ahí cómo en las obras de un solo poeta encontrarás pensamientos magníficos. ¡Cuántos se pueden sacar de esta rica cantera! Si siempre que lees vas tomando notas, al cabo de algunos años habrás acumulado un precioso tesoro. Naturalmente cuantos más idiomas poseas, tanto más fácilmente se aumentará tu colección. Los textos de autores extranjeros has de copiarlos en la lengua original.

Coloca después las cédulas en orden alfabético, para encontrarlas con facilidad, y así habrás empezado la reunión de materias, la *silva rerum*, el "bosque de cosas".

Te será muy útil ya en la vida estudiantil. ¡Cuántas veces te mandarán escribir sobre un tema dado! Si no tomas notas habrás de exclamar: "¡Oh, leí de este asunto un pensamiento tan hermoso! Si, lo leí el año pasado, pero ¿dónde? ¿En qué libro? No me acuerdo". En cambio, si tienes empezada tu *"silva rerum"*, te alegrarás de hallar la cédula correspondiente.

Con aplicación constante al cabo de ocho o diez años tendrás una colección valiosa, que te será de mucho provecho cuando tengas que hacer algún trabajo o tratar algún tema. Principalmente, si continúas leyendo de esta manera también más tarde, en la edad madura.

En los ratos perdidos ve hojeando tus notas para lograr hacer sustancia tuya los pensamientos que hayas anotado.

¿Qué para esto se necesita mucho tiempo? No, si tienes en cuenta dos cosas. Primero, escoge bien lo que quieres escribir en tu colección. Únicamente los pensamientos que se destacan merecen el honor de ser copiados. En segundo lugar, no has de copiar largos textos de los libros que tengas en propiedad o a los cuales puedes acudir fácilmente cuando quieras; basta que anotes en la ficha correspondiente que en tal o cual libro hay pensamientos hermosos referentes a este o a aquel tema.

Después de cada texto que copies has de consignar con toda precisión el título del libro y la página en que se encuentra el texto. Sólo así tienen las citas valor práctico. Anota, por tanto: a), el autor; b), el título del libro; c), en qué fecha y dónde fue editada la obra; d), en qué página está el pasaje citado.

Si copias un fragmento de una poesía, basta indicar el nombre del autor y el título de la poesía.

Si citas un texto, has de indicar de quién y a qué obra pertenece.

27. El habla castiza

En relación con el mismo orden de ideas, ahí va otro consejo: aprende a hablar de un modo castizo tu lengua materna. Te engañarías si pensaras: “Ya la sé”. ¡Qué has de saberla! Para hablar la lengua materna como se debe, es necesario estudiarla con la misma diligencia y el mismo esfuerzo que si se tratara de un idioma extranjero.

Es uno de los deberes principales saber bien la propia lengua. Recuerda la sentencia de Kölcsey: “Es muy hermoso saber idiomas extranjeros, pero es un deber cultivar hasta el más alto grado la lengua patria. Has de procurar, no solamente que el habla suene impecable en tus labios, sino también que pueda servirte de intérprete fiel para expresar con amable flexibilidad y variedad riquísima tus ideas y sentimientos”.

Si estás acertado en escoger tus lecturas, te servirán mucho para pulir tu estilo. Sé hábil. Si encuentras en algún libro una hermosa expresión, un epíteto brillante, un giro garboso, un símil magnífico... anótalos en seguida en cuaderno aparte, en tu diccionario de “lengua patria”.

Acaso te sorprenda este consejo; tal vez no has tenido más que vocabularios para las lenguas extranjeras, modernas o antiguas, y además tienes que poseer uno de la materna. Así es. Ten el cuaderno al alcance de la mano y repasa lo que en él escribas lo mismo que si tratara de palabras y locuciones de una lengua extraña.

Con este sistema llegarás a limar magníficamente tu estilo: ¿Que esto es laborioso? Claro que lo es. Pero ¿qué nos dice Horacio? *Nil sine magno labore vita dedit mortalibus*. “La vida no concede nada a los mortales, sino a costa de un gran trabajo”.

28. ¿Qué cosas debes leer?

Puedes dividir tu lectura en tres grupos: libros de educación, libros científicos y libros recreativos.

Pertenecen al primer grupo los que tratan de cuestiones morales, del robustecimiento de la voluntad, del propio dominio..., o dan a conocer la vida de los santos y de los hombres y mujeres célebres. La lectura de tales libros no es trabajo fácil (por esto los muchachos frívolos no los ven con gusto), pero sí provechosa. Léelos tú con afán; cualquiera de ellos puede ser muy eficaz para la educación de tu carácter.

En el segundo grupo se encuentran los libros que pueden ampliar tus conocimientos, adquiridos en el colegio; en ellos hallarás descripciones de viajes, reseñas de descubrimientos, noticias históricas, datos literarios, artísticos, etc. También son imprescindibles si deseas tener una cultura general decorosa.

En el grupo de los libros recreativos figuran las novelas. Estas son las lecturas que más gustan a los jóvenes, entre otras razones, porque aunque gratas no son muy beneficiosas.

No digo que sea ilícito sentarse cómodamente en el sofá y si hay tiempo en abundancia, leer algunas por pasatiempo. Demasiado sé que la lectura de una novela (de una novela buena) puede ser de provecho: influye en el estilo, ayuda a conocer los caracteres... Pero quiero prevenirte contra el exceso de ser un joven "que

devora novelas", que debido a las novelas no tiene tiempo de leer los libros, mucho más importantes, que enumeramos en los dos primeros grupos.

1. En muchos países de tradición y cultura católica, entre las asignaturas de los estudios de Bachillerato, la "Religión" debería ocupar el primer lugar. Por desgracia hay jóvenes superficiales y frívolos que la dejan en zaga y la miran correr a trote cansado, allá lejos, detrás de las asignaturas de "dibujo" y de "gimnasia".

Toda la vida religiosa de estos jóvenes se reduce a asistir con tedio a las clases de religión, acudir distraídos y revoltosos a la Misa del domingo y hacer bien o mal sus confesiones y comuniones en las fiestas principales del año.

Jóvenes así no faltan en ningún país ¿A qué maravillarse de que estos jóvenes, al llegar a la edad madura, tengan al alma fría, insensible, a la religión? Lo que conduce a la incredulidad no es el saber, sino la ignorancia religiosa.

Interésate por las cosas de la religión, lee cuanto puedas sobre ellas, no te contentes con el catecismo.

La religión católica inspiró al Dante, puso pinceles en manos de Rafael, construyó catedrales, levantó misioneras abnegadas que recogieron a los enfermos, dieron asilo a los desgraciados de toda clase, desde el niño abandonado hasta el anciano sin fuerzas; más aún, allá arriba, en las cimas cubiertas de nieve de los Alpes, unos monjes, los de San Bernardo, están de centinela hace ya mil años y recorren los más alejados y peligrosos parajes con sus famosos perros para sacar de debajo del alud a los viajeros sepultados.

¡Cuántas cosas interesantes puedes leer sobre estos temas! Y cuanto más conozcas tu religión, tanto más te sentirás atraído por ella.

No podemos pasar en silencio los libros apologéticos. Acaso no con gran frecuencia en los primeros años de estudio, pero sí en

la época universitaria y aún más en el tráfago[21] de la vida, toparás con gentes cuyo criterio en punto a religión sufrió desvío a causa de las pasiones y prejuicios. ¿Quién más que tú, joven instruido y educado, podrá encender la luz de la verdad ante los espíritus que se revuelven en la ignorancia religiosa? Pero para esto necesitas estudiar y leer mucho tú también.

Según el testimonio de la historia, la religión fue siempre el principal problema de la humanidad y sigue siéndolo ahora.

Si hacemos un parangón entre el espíritu actual y el de hace veinte o treinta años, notamos señales claras de que la vida religiosa vuelve a hacerse más profunda; es necesario, pues, que estés muy versado en esta cuestión.

Únicamente puede amar la religión con entrega absoluta la persona que la conoce bien; la que sabe las bendiciones que de ella han brotado no sólo en provecho de las almas, de las conciencias, sino también de la civilización, de los Estados, de los pueblos; la que conoce la historia de aquellas admirables instituciones que de ella surgieron durante dos mil años; la que conoce a sus héroes, a sus santos, a sus mártires.

Sea cual fuera la carrera que escojas, tú estás llamado precisamente por tu cultura, a influir un día en la orientación de tu pueblo. Con todo derecho podemos exigirte que, si en todas las ramas de la ciencia adquieres los conocimientos necesarios para una cultura general, no te contentes en el campo de la manifestación más espléndida del espíritu, en la vida religiosa, con aquellos conocimientos rudimentarios que has podido adquirir en el colegio.

La primera causa de la indiferencia religiosa en que caen las gentes maduras e inteligentes es no conocer de cerca su religión, por lo cual, como dice categóricamente la Sagrada Escritura, "blasfeman de todo lo que no conocen"[22]. En cambio, ¡qué recio

---

[21] Tráfago: Conjunto de negocios, ocupaciones o faenas que ocasionan mucha fatiga o molestia. *(N. del Ed.)*.

[22] Jds 10.

espíritu revela el joven que junto a las novelas y libros científicos encuentra margen para conocer la belleza de su religión mediante detenidos estudios y lecturas meditadas!

Por lo tanto, desde el principio y durante los años universitarios, y después en la edad madura –por muchas ocupaciones que tuvieres– procura tener tiempo para las lecturas que afirman en ti más íntimamente el conocimiento de nuestra religión sacrosanta.

2. La filosofía. Después de la teología es la más noble de las ciencias. El objeto de la literatura es lo bello; pero lo bello es el reflejo de lo bueno y de lo verdadero. La filosofía busca la bondad y la verdad en sus últimas causas.

También enseña el recto modo de pensar, establece reglas para formar juicio. Ofrece la base y el método a las demás ciencias. Sin ella la historia no sería sino un confuso montón de fechas y hechos, y las ciencias naturales sólo llegarían a ofrecer un catálogo caótico de los fenómenos.

El orador, el político la necesitan, y nada digamos del teólogo. Nadie la necesita como éste.

Entre los mayorcitos hay muchos estudiantes que gustan de leer libros filosóficos. Pero en este punto hay que escoger con gran cautela. El joven que lee a Kant y a Nietzsche, a Schopenhauer y a Hartmann, lejos de ganar, perderá en claridad de juicio. No hace muchos años que leímos la triste noticia de que un muchacho, de muy buena casa, de unos veintidós años, se había suicidado. La razón: había leído sin dirección, sin contraste, sin ton ni son, a los filósofos incrédulos Kant, Pichte, Schopenhauer, Hartmann, Darwin, Haeckel, Büchner, Nietzsche, Bolsche, allá en su mesa... ¡y una bala en su joven corazón!

3. Amplía tus estudios de historia universal y de historia patria, en los puntos que te llamaron más poderosamente la atención. De la historia podemos sacar gran caudal de sabiduría práctica; *historia est magistra vitae*: "La historia es la maestra de la vida".

El abogado, el profesor, el sacerdote, el político, el juez y los demás hombres públicos ¡cuántas veces han de acudir a los datos de la historia! Cuanto más la leas, tanto más modesto y humilde te volverás. Si no la estudias te verás restringido al campo estrecho de tu patria chica, y al breve lapso de tiempo que abarca tu propia vida.

Y no sólo eso; no puedes comprender debidamente la época en que vives si no estás versado en la historia de las edades antiguas.

4. No faltan quienes tienen predilección por las ciencias naturales. Los secretos admirables y las leyes sublimes de la naturaleza nos conducen a Dios, si pensamos con seriedad. Pero entre las gentes modernas cultivadoras de las ciencias naturales hay muchísimas que las dirigen justamente al objetivo contrario, al quebrantamiento de las convicciones religiosas.

Sé, pues, muy precavido al escoger los libros de ciencias naturales. En nuestros días ocurre algo semejante a lo del siglo XIII respecto de Aristóteles. Los árabes quisieron impugnar la fe cristiana con las enseñanzas del gran filósofo griego de la antigüedad, hasta que dos genios, Alberto Magno y Tomás de Aquino, tomaron el arma de manos de los adversarios y demostraron que las enseñanzas del filósofo son positivamente favorables al cristianismo.

De un modo análogo proceden los árabes modernos de las ciencias naturales al luchar contra la religión cristiana con un arma que, a fin de cuentas, aboga en favor de la misma.

Las ciencias naturales bien entendidas no sólo no atacan las verdades de la religión, sino todo lo contrario, ayudan a probarlas.

5. En la segunda enseñanza se aprende muy poco de la literatura universal. Sin embargo, el espíritu humano tiene en este punto creaciones tan admirables, frutos tan magníficos y justamente famosos que en todas las épocas serán tesoros inapreciables y toda persona culta debe conocerlos. Unos pocos ejemplos:

Novelas. Wiseman: *Fabiola*; Wallace: *Ben Hur*; Newman: *Callista*; De Waal: *Valeria*; Sienkiewicz: *Quo Vadis?*; Manzoni: *I promessi sposi*, etc.

Poesía épica. *La chanson de Roland*; Fénelon: *Les aventures de Télémaque*; Chateaubriand: *Les martyrs;* Milton: *Paradise lost;* Tasso: *Gierusalemme liberata*; Dante: *La Divina Comedia*.

Drama: Corneille: *Le Cid, Horace, Cinna, Polyeucte, Nicomede*; Racine: *Britannicus*, *Esther*, *Athalie*; Moliere: *L'avare, Les femmes savantes, Le misanthrope, Le médecin malgré lui*; Shakespeare: *Macbeth, Richard III, Caesar, Hamlet, Coriolan, King Lear*[23].

---

[23] Lecturas sobre literatura española:

Épica.

–Alfonso de Ercilla: *La Araucana.*

–P. Ojeda: *La Cristiana.*

Dramática.

–Lope de Vega: *La Dorotea; El villano en su rincón; La estrella de Sevilla; Del mal lo menos; Corona trágica.*

–Tirso de Molina: *Los cigarrales de Toledo; Don Gil de las calzas verdes; La venganza de Tomar; La prudencia en la mujer.*

–Calderón: *El alcalde de Zalamea; La vida es sueño; Casa con dos puertas mala es de guardar.*

Mística.

–Fray Luis de Granada: *Guía de pecadores; Introducción al Símbolo de la Fe.*

–Malón de Chaide: *La Magdalena.*

–Santa Teresa: *Su vida; Cartas; Las Moradas.*

–San Juan de la Cruz: *Noche oscura del alma; Canciones espirituales; Subida al Monte Carmelo.*

Política e Historia.

–Saavedra Fajardo: *El Príncipe Cristiano; La república literaria.*

–Jerónimo Feijóo: *Teatro crítico.*

–Mariana: *Historia general de España.*

Novelas.

–*El lazarillo de Tormes.*

–Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache.*

–Cervantes: *Don Quijote; Novelas ejemplares; Entremeses.*

–Fernán Caballero: *La gaviota; Clemencia.*

–Trueba: *Libro de los cantares.*

–Pereda: *Sotileza; Peñas arriba.*

–Padre Coloma: *Pequeñeces; La reina mártir; Jeromín; Fray Francisco.*

–Ricardo León: *El amor de los amores; Comedia sentimental.*

–Tamayo: *Locura de amor; Drama nuevo.*

Poesía.

Estas obras deben conocerse. Y, sin embargo, si echas una mirada en torno tuyo, verás con sorpresa que no se leen mucho, sencillamente por no ser "novelas modernas". En cambio, las novelas de a cuarto la entrega, que salen día tras día en gran abundancia, no bastan para saciar a muchos lectores, que se las leen tal vez sólo porque la tinta de la imprenta no tuvo aún tiempo de secarse.

Emerson, el pensador americano, escribe: "No leas un libro que no tenga más de un año". Porque del libro que no vale, nadie ha de hablar al cabo de ese tiempo. Cosa inútil es leerlo. Los libros más provechosos no se divulgan merced a una buena propaganda, sino que van penetrando poco a poco en las grandes capas del público.

Serán muy escasos tus conocimientos sobre historia del arte, si no procuras ampliarlos con diligencia.

–Fray Luis de León: *Odas*.
–Zorrilla: *La leyenda del Cid; Granada*.
–Gabriel y Galán: *Obras completas*.
–José Selgas: *Obras*.
–Antonio Cavestany: *Obras*.
–Francisco Villaespesa: *El alcázar de las perlas; Aben–Humeya*.
–Fernández Shaw: *Obras*.
–Manuel Machado: *Alma*.
–Marquina: *En Flandes se ha puesto el sol; Doña María la Brava*.
–Martínez Sierra: *Tú eres la paz; Canción de cuna*.
–Rafael Blanco Belmone: *Obras*.

De los autores hispanoamericanos puedes leer a Juan de Dios Peza, Federico Escobedo y Antonio Junco, mejicanos; Luis Felipe Conjardo, Francisco Donoso y Abel González, chilenos; Rafael Obligado, Leonardo Castellani, Julio Meinvielle, Leopoldo Marechal, Alfredo Sáenz, S.J., argentinos entre otros; Miguel Antonio Caro, Antonio Gómez Restrepo, Rafael Pombo, José María Rivas Groot, José Asunción Silva y Guillermo Valencia, colombianos; Andrés Bello, venezolano, etc. Entre los novelistas se destaca el argentino Martínez Zuviría, que ha popularizado su seudónimo de Hugo Wast. (*N. del Ed.*).

29. ¿Conviene que leas periódicos?

Son muchos los jóvenes de hoy que leen periódicos. ¿Cuál es mi opinión? Que no perdería nada tu cultura si dedicaras a leer cosas serias el tiempo que necesitas para enterarte de los periódicos[24].

Por lo demás, cada cosa a su tiempo; deja, pues, los periódicos para las gentes maduras.

Aun las gentes maduras habrían de mirarlos como un mal necesario. Las noticias sensacionales de los periódicos, los asesina-

---

[24] En todo caso, lee los que están destinados especialmente a la juventud, y, por otra parte, bien orientados en doctrinas sociales, a fin de que no te alimentes del error y vicies tu formación y cultura.

Ponemos una pequeña lista de revistas escritas en castellano, de las que puede el joven escoger:

Revistas generales de arte, ciencia Y literatura: *Razón y fe, Religión y Cultura, Archivo Ibero-Americano,* Madrid; *Ibérica,* Barcelona; *Contemporánea,* Valencia; *La Ciudad de Dios.* El Escorial; *Javeriana,* Bogotá; *Criterio,* Buenos Aires, *Diálogo,* Mendoza-Arg; *Revista Católica,* Santiago de Chile.

Revistas religiosas: *El Mensajero del Corazón de Jesús,* Bilbao, Bogotá, Méjico, Caracas y Buenos Aires; *Hechos y Dichos,* Bilbao; *La Hormiga de Oro,* Barcelona; *El Siglo de las Misiones,* Bilbao; *El Misionero,* Barcelona; *La Estrella del Mar,* Madrid; *Las Misiones Católicas,* Barcelona; *La Lectura Dominical,* Madrid; *Catolicismo,* Madrid; *El Santísimo Rosario,* Vergara; *El Adalid Seráfico,* Sevilla; *La voz de San Antonio,* Sevilla; *El iris de Paz,* Madrid; *El perpetuo Socorro,* Madrid; *El Eco Franciscano,* Santiago de Compostela. (N. del Ed.).

tos, la sección de tribunales, producen en el alma joven el mismo efecto que un sol demasiado ardoroso en las tiernas plantas: la dejan quemada.

La lectura de periódicos causa en el joven una madurez prematura y le despoja de todo idealismo; y, sin embargo, para el duro combate de la vida son el entusiasmo y el idealismo los que dan el temple.

Los diarios remueven tanta suciedad, ignominia, pecado, que aun al hombre maduro le cuesta no poco formarse un juicio cabal y exacto; en el alma de los jóvenes, que no conocen aún la vida, no hay que dudarlo, dejarán huellas perniciosas.

El joven que lee periódicos, pretende ser persona grave que quiere penetrar entre los mayores... Será como el fruto arrancado antes de tiempo. En su porte exterior tendrá algo de teatral, despectivo, displicente. Se reirá de las cosas grandes. Leer periódicos es un mal necesario.

Los que sienten fiebre por el periódico, se hacen tan esclavos de la precipitación y de la superficialidad, recorren con la fantasía, en carrera tan desbocada, los sucesos de los cinco continentes, que no les quedan ganas de leer ningún libro serio. Y, sin embargo, sólo los libros y no la lectura de los periódicos podrán darte un saber profundo en cualquier ramo.

¡Cuántas cosas vanas contienen los periódicos y cuánto tiempo precioso roban al hombre! Lo vi con más claridad que nunca al volver de un viaje al extranjero y encontrarme con el montón de periódicos de tres o cuatro semanas. En dos o tres horas los leí. En cambio, por lo común, perdemos por lo menos media hora cada día para leerlos.

No hablo siquiera de aquellos que son capaces de estarse horas enteras mano sobre mano ante verdaderas montañas de periódicos y revistas. Su lectura es una pereza disfrazada. ¿Por qué no aprovechar el tiempo para cosas más importantes?

Tú mismo puedes convencerte. Después de media hora de lectura, deja el diario y repite lo que has leído. Quedarás asombrado del cansancio que te ha producido y de lo poco que recuerdas. ¿Por qué motivo? Por el mismo que ya señalé al hablar de la visita mal hecha a los museos y galerías.

Las impresiones de los temas más heterogéneos van persiguiéndose, y antes que la primera haya podido echar raíces, ya la estorban y expulsan otras nuevas. Después de acontecimientos importantísimos de la política mundial viene un artículo humorístico, luego una poesía, a continuación un robo con asesinato, anuncios de cines, las noticias del día, otros anuncios... Aun no has llegado al final y tu cabeza se siente abrumada, aturdida.

El diario está compuesto en su mayor parte con precipitación, acaso en las horas avanzadas de la noche. Ni el estilo ni las noticias pueden cribarse siempre con esmero. Por regla general no has de buscar en el diario gran copia de conocimientos científicos; y es muy posible que tampoco encuentres en todas sus columnas el giro castizo de tu propia lengua.

En vez de periódicos, lee revistas de juventud y revistas científicas; pero sobre todo, y en primer lugar, lee libros.

30. Lo que no puedes leer

El joven a quien algo le importe su carácter, no procederá en la lectura sin ton ni son. El que come todo cuanto tiene al alcance de su mano, estropea su estómago, y el que lee todo cuanto se le presenta, echa también a perder... su alma. Y este mal es mil veces peor que el primero.

La cautela debe ser extremada hoy más que nunca, porque los libruchos inmorales y llenos de dramas necios van brotando en el mercado, como los hongos en el bosque después de la lluvia.

Los jóvenes sensatos y de nobles ideales no deben tomar en su mano libros que ofendan a nuestra religión santa o a la moral pura. Con ellos no lograrían sino excitar su fantasía, envenenar su corazón, enervar su voluntad, viciar su depurado gusto literario, destruir su moralidad y su vida religiosa.

No es necesario insistir en que no leas libros ofensivos a tus creencias religiosas o a tus principios éticos. Créeme, nada perderás con tirar a la lumbre tales libruchos.

Nadie puede sustraerse a la influencia de sus lecturas. El que lee suele hacerse sin sentirlo más o menos discípulo del autor, y el autor favorito llega realmente a esclavizarnos; aunque inconscientemente hacemos nuestro su modo de mirar el mundo, asimilamos sus principios morales, tendemos a imitar sus propios actos.

Un famoso escritor francés, Bourget, dice: "No hay nadie que después de un sincero examen de conciencia no se vea obligado a confesar que a estas horas sería muy distinto si no hubiera leído este o aquel otro libro". No podemos atravesar un charco sin mancharnos la ropa.

Con razón sobrada escribió un filósofo impío en la portada de una de sus novelas: "La mujer que lee este libro, ¡es una mujer perdida!".

Nietsche fue preguntado por su madre: "Hijo mío, ¿cuál de tus libros debo leer?". "Madre –contestó él–, ninguno. No están escritos para ti". Si ellos no se atrevieron a poner sus libros en manos de sus hijos o de su madre, tampoco debes tenerlos tú en las tuyas.

Todo libro –bueno o malo– deja una fina estela en tu cerebro y en tu alma, y del mismo modo que después de leer un libro inmoral tu voluntad siente más propensión al pecado, así también los libros buenos acrecen tus fuerzas para que puedas vivir una vida de ideales.

La juventud admite sin protesta que es mala cosa leer libros inmorales. O libros que atacan la religión. Pero se devanan los sesos preguntándose: "¿Por qué me reprenden tanto porque leo Nick Cárter o Nick Winter..., cuando en ellos no hay nada contra la religión, ni contra la moral, sino sólo aventuras policíacas interesantísimas y acontecimientos de la vida deportiva?".

Cierto que hay folletos de estos baratos que no atacan la religión ni la moral; a pesar de ello, no es bueno que se vean en manos de jóvenes conscientes, porque con su vaciedad inconcebible tuercen el recto modo de pensar de los jóvenes, su lenguaje infame les echan a perder el sentido de exquisitez literaria, con la descripción de continuos crímenes e innumerables asesinatos excitan los nervios y endurecen el corazón. Bastan estas razones para que no derroches: tu tiempo precioso en perniciosas necedades.

31. “Pero la cultura...”

Muchos jóvenes, aun de lo que se presumen de serios, tendrán acaso reparos que oponer al criterio cerrado que acabo de sentar. “¿De modo que nunca podré leer libros que se opongan a mis principios morales? Bien está; pero... Pero el caso es que literatos de fama universal tienen tales libros, y si yo no los leo, me llamarán “atrasado”, “mojigato”... El conocimiento de tales obras, me pone en situación de dar opinión cuando se hable de ellas en sociedad...”.

No dudo que muchos jóvenes de buen sentido buscan una solución satisfactoria de esta dificultad. Pues bien, esta dificultad arranca del falso concepto que tienen de la “cultura”.

Es posible, que la persona superficial y frívola se sonría si te oye decir que no has leído nada de Zola ni de Anatole France, porque “no te lo permiten tus principios”. Pero la sonrisa irónica se desvanecerá en seguida si con habilidad desvías la conversación y te pones a tratar diestramente de las obras serias de autores célebres, que seguramente no han leído tus interlocutores. Tu mejor defensa para estos casos es estar siempre preparado para explicar uno u otro de tales libros célebres; así desvías la charla por otros derroteros y al paso puedes, con delicadeza, pero tirándote a fondo, dar una lección de literatura a tus interlocutores que tal vez saben mucho de cieno y poco de las grandes joyas del arte verdadero.

No es exigencia de la cultura tener que devorar las obras inmorales de autores célebres. Verdad es que no faltaron escritores dotados de un talento brillante, víctimas, con todo, del desatino que es mojar su bien cortada pluma en un charco, vistiendo así con un estilo cincelado la inmundicia y la suciedad morales. El hongo venenoso muchas veces es más brillante, más bonito que la seta comestible.

Si los mismos escritores tienen obras intachables, puedes leerlas, pero deja los libros en que se remueven inmundicias para los que no aprecian la dignidad del alma. A ti te basta saber por las críticas que tal o cual libro es inmoral; no necesitas verlo por tus propios ojos.

Nadie te podrá, con razón, tildar de retrógrado o poco culto por el mero hecho de no querer ensayar en tu propia alma, en tu alma única, el veneno destructor de tales libros; como tampoco es tachada de persona atrasada en el campo científico la que se contenta con conocer los venenos de la farmacia, sin probarlos todos uno tras otro.

32. “Pero la verdad...”

Conformes. “Si no en gracia de la cultura, al menos por amor a la verdad, bueno será que yo lea tal o cual libro. Necesito saber cómo escriben en el campo contrario. No tenga usted miedo, a mí no me dañan tales cosas...”. Así me dice algún joven.

Pero... error sufre ya cuando afirma que a él no le dañan las cosas... malas. Es posible que así lo crea; pero no está en lo cierto. Es admirable y misteriosa la naturaleza del alma humana. No hay cosa en el mundo que pase por ella sin dejar rastro.

Acaso la influencia de los malos libros no se acuse con claridad y de un modo deliberado en ella, pero los pensamientos nuevamente adquiridos quedan ocultos en la subconsciencia, y más tarde, quizás al cabo de los años, por ejemplo en una tentación, no sabrá el joven resistir porque tiempos atrás leyó un libro inmoral o impío. Ni siquiera se acuerda ya del título, ya se le borró de la memoria el contenido, y a pesar de todo... la influencia subconsciente del mismo ocasiona su derrota en el trance de la tentación.

“Velad y orad para que no caigáis en la tentación...”[25]. “Guardaos de los falsos profetas...”[26].

Así amonestó a sus apóstoles el Señor. Y tú, sin embargo, piensas que puedes leerlo todo. ¡Ya es presumir de ti mismo!

---

[25] Mt 26, 41.
[26] Mt 7, 15.

"A mí no me dañan esas cosas." ¿Eres el único justamente? A otros jóvenes tal vez, pero ¿a ti no? ¿Tú eres más fuerte que los demás mortales? ¿Tú no tienes que guardar tu alma contra los falsos profetas?

Pruébalo a ver: trágate una buena cantidad de cianuro y veremos si te daña: úntate de petróleo y después enciéndelo, y veremos si te daña. Si sales incólume de estas pruebas, entonces podrás decirme: "A mí no me perjudican esas cosas".

Cuando el huracán desatado azota el mar, embarca en una frágil navecilla, y dile: "No te hundas". Cuando el alud cae con rumor de trueno, arrastrando árboles y casas, avísale y dile: "A mí no me toques". Esto sería ridículo ¿verdad? Pues mientras no sepas hacer esto no me digas, porque tampoco te creeré, que los libros malos no te causan mal alguno.

Y por lo que a la verdad se refiere, bien sabes que la verdad no puede ser más que una, y esa verdad única, incontrastable está en Jesucristo y en su Iglesia. Entonces ¿por qué buscas tú la verdad en otras partes?

¿Puede un joven de alma recta frecuentar la compañía de los que dicen mal de su padre, manchan el buen renombre de su madre o hacen burla de la manera de vivir de su familia? ¿Y no hace algo semejante el joven que lee libros que se burlan de la religión y se ríen de su moral?

"Mas para que mi convicción sea robusta y firme es preciso conocer no sólo los argumentos que abogan por ella, sino también las objeciones con que se la combate".

¡Qué cosas dices! Para conocer la senda recta, ¿es preciso errar por los falsos caminos? Te basta saber que hay caminos falsos; si otra persona te indica cuáles son esos caminos, tú no debes poner en ellos tu planta. Para tener una convicción incontrastable ¿es menester conocer todas las cosas estrambóticas y excusas artificiosas de cuantas gentes incrédulas y naufragadas hay en el mun-

do? Ni tres vidas humanas bastan para leer todas estas fantasmagorías.

Créeme, todas las objeciones y dificultades que pululan en tales libros ya fueron resueltas cien y cien veces de un modo satisfactorio. Y si realmente te interesa lo que dicen en el campo contrario, entonces entérate por medio de libros en que a renglón seguido las dificultades propuestas tienen solución.

Hay excelentes libros apologéticos por los cuales puedes enterarte de las objeciones del bando de enfrente, sin que por ello perjudiques en modo alguno el gran tesoro de tu fe.

33. “Pero la vida...”

Nueva objeción: “Pero yo necesito conocer la vida. Tengo que saber todo cuanto puede pasar en el corazón humano. Por lo menos así no tendré desencantos amargos en la existencia...”.

En primer lugar, no es en las novelas donde mejor aprenderás el verdadero conocimiento de la vida. No se puede negar que toda la inmundicia e inmoralidad que ciertos novelistas amontonan en sus libros, puede darse de verdad en la vida de los hombres.

¿Lograrás acaso formarte un concepto claro, serio y noble de la vida, y tendrás bastante fuerza para luchar, si debido a tus novelas te formas la idea de que la vida es sólo suciedad, sólo ignominia, sólo engaño, infidelidad y moral en ruinas? También hay estas miserias en la vida, y en gran abundancia. Mas no has de conocerlas por las novelas. Te bastará bien lo que veas, oigas y experimentes por ti mismo sin acudir a tales libros.

Esas novelas presentan la vida como si no fuera más que inmenso y triste hospital o manicomio, y como si no hubiera en ella rastro de un amor que sabe sacrificarse o de un espíritu abnegado que –gracias a Dios– abundan hoy todavía en el alma de los hombres nobles.

El alma humana no es un espejo muerto de cristal; a éste no le importa qué cuadro se refleja en él y cuántas veces, las imágenes pasan por allí sin dejar rastro. Pero en el fondo del alma

humana, en la subconsciencia, queda vivo siempre un pequeño recuerdo de todas las imágenes que allá se hayan reflejado.

Me contestarás acaso: "Aun en medio del mal se puede hallar algún bien y yo no asimilo más que lo bueno".

Es verdad, aun en la basura se pueden encontrar granos de trigo, pero ¿para qué remover todo un estercolero, total para encontrar unos pocos granos (y ensuciarte con tal clase de trabajo), cuando tienes en otras partes ricos graneros del trigo más puro: todo el montón inmenso de los libros buenos?

Las abejas pueden libar aun de la flor venenosa sólo la miel, dejando el veneno; el pescador curtido en el oficio sabe sacar las ostras valiosas escondidas en las grietas de los escollos; mas el alma del joven no sentirá en los libros deslumbrantes por su estilo, pero inmorales, la dulzura de la miel, sino el hálito ponzoñoso del pecado, y mientras desearía recoger perlas, la pequeña barca de su vida se hace trizas entre los escollos traidoramente ocultos allá.

Me permito dudar que tú leas tan sólo los libros malos "por amor al estilo y a las bellezas literarias" (es la excusa de muchos jóvenes). No lo creo. Porque si así fuera buscarías un libro cuyo estilo y valor literario estén al nivel de tu novela sucia, libre, sin que pululen en él los pensamientos corruptores.

"¡Anatole France es un francés tan chispeante y tiene un estilo tan magnífico!".

Es verdad, pero además es increíblemente cínico y baña todos los nobles ideales con el vitriolo de la ironía mordaz; ¿por qué no lees entonces a Bordeuax o a Bourget, que también son autores franceses, también tienen un estilo brillante; pero no son cínicos y no muestran cosas inmundas?

"Renán tiene narraciones preciosas; Zola escribe con un estilo sencillamente deslumbrador".

Es verdad, pero Renán pisotea tu fe y Zola te zambulle en el pantano más inmundo; ¿por qué no lees mejor a Sienkiewicz o a Manzoni, que son tan interesantes en sus narraciones y tienen un estilo tan fulgurante?

34. El escritor y el ladrón

El poeta ruso, Krilof, escribió el pequeño cuento que sigue:

Dos almas llegaron a un mismo tiempo al tribunal de Dios; la una, era de un ladrón que murió en el patíbulo; la otra, de un autor famoso, respetado del mundo entero, y cuyos libros, escritos con magnífico estilo, rebosaban de ateísmo y de inmoralidad.

Allá, en el otro mundo cesa todo espíritu de partido y no hay excusa.

Las dos almas fueron sentenciadas severamente. Dos calderas de hierro colgaban de cadenas enormes –dice el cuento–*; en una pusieron al ladrón, y al escritor en la otra, encendiendo después gran fuego debajo de ambas.*

Pasaban lustros y decenios; las dos almas tuvieron que sufrir tormentos atroces. Pero debajo de la caldera del ladrón empieza de repente a disminuir el fuego..., chisporrotea menos cada vez... y se apaga por fin; el ladrón había expiado sus culpas.

El otro fuego sigue con grandes llamaradas cada vez mayores, mucho más vehementes que el primer día.

"Señor, es una crueldad: esto no es justicia –grita el escritor–. Yo no he asesinado como este ladrón, que murió en el patíbulo. Ahora celebran en la tierra con gran pompa el centenario de mi nacimiento, y yo estoy aquí padeciendo lo indecible".

"Vil gusano, ¿aún te atreves a hablar? –oyóse decir–. ¿Te atreves a compararte con el otro? Este mató a un solo hombre en un trance de cólera obce-

cada; y lo ha expiado. Pero ¿tú? Mira: allí un estudiante, una joven, tragan en secreto tus escritos desvergonzados, manchando de cieno su alma pura como el cristal. ¿Aún te atreves a hablar?

Mira en cuántas almas, aun después de cien años, extinguen tus escritos la luz brillante de la fe. ¿Aún te atreves a hablar?

El ladrón no mató más que a un solo hombre, pero ¿tú? Contempla los millares de jóvenes que has embelesado con tu hablar dulzón, con tu hermoso estilo, que han perdido su fe y se han vuelto inmorales, ¡pobres! perdieron su alma con tus libros. Su número sigue aumentando. ¿Aún te atreves a hablar?

La hoguera que te tortura no ha de apagarse nunca, y el gusano que te roe no morirá jamás, porque "¡ay de aquellos que escandalizan a uno sólo de los que creen en Cristo!".

Ya no podrá sorprenderte; al contrario, te parecerá muy puesto en razón, que la Iglesia Católica –conociendo bien el terrible peligro espiritual encerrado en los malos libros– haya compuesto todo un catálogo de las obras que por eso mismo prohíbe a sus fieles. El nombre de este catálogo es *"Index librorum prohibitorum"* (Índice de libros prohibidos) o brevemente Índice (*Index).*

Del mismo modo que es digno de loa el proceder del Estado cuando prohíbe la venta libre de los venenos y no permite que se despachen sino en las farmacias, previa la receta firmada por un médico, y sólo en casos de gravedad, legalmente calificados, así también debemos guardar gratitud a la Iglesia si sobre los libros que contienen veneno pone la etiqueta: "¡Cuidado! ¡Peligro de muerte!", y sólo a base de un permiso especial permite que los toque la persona que por graves motivos los necesita.

No sólo la Iglesia Católica tiene un Índice. También los Estados prohíben los libros que hacen propaganda contra el orden del país. Y obran muy bien.

Ejemplo interesante de cuánto más severa es la censura del Estado que la de la Iglesia es el caso de Alemania, en donde el Gobierno ha prohibido más libros en doce años que los que puso en

el Índice la Iglesia Católica en el decurso de todo el siglo XIX, abarcando los países del mundo entero[27].

Si el Estado tanto se desvela por la seguridad temporal de sus súbditos, ¿no ha de preocuparse también la Iglesia del bien eterno de las almas?

Realmente hay pocos libros puestos de modo explícito en el Índice. Pero un índice de conciencia obliga a todo fiel católico a no leer libro alguno –aunque no lo tenga el Índice– cuyo contenido es inmoral o antirreligioso.

Son libros prohibidos también aquellos que contienen supersticiones, vaticinios, espiritismo, que ensalzan el duelo, el suicidio, la masonería, etc.

Prohibida está también la lectura de los libros religiosos (Sagrada Escritura, libros de rezo, devocionarios) que no llevan la licencia eclesiástica de publicación.

Si tienes duda respecto de si algún libro está o no en el Índice pregúntalo antes a tu confesor u otro sacerdote.

---

[27]Después del Concilio Vaticano II, la publicación de dicho índice no se continuó. El 14 de Junio de 1966, la Congregación para la Doctrina de la Fe (la sucesora del Santo Oficio) dispuso que tanto el índice como las penas de excomunión que estaban indicadas en el mismo ya no eran vigentes. Sin embargo La Santa Sede publicó nuevas regulaciones, dando normas específicas acerca de la lectura de libros que son peligrosos a la fe católica o a la moral cristiana. Estas normas se codificaron en el **Código de Derecho Canónico actual, en los cc. 831 y 832:**

831 1-Sin causa justa y razonable, no escriban nada los fieles en periódicos, folletos o revistas que de modo manifiesto suelen atacar a la religión católica o la las buenas costumbres; los clérigos y los miembros de institutos religiosos sólo pueden hacerlo con licencia del Ordinario del lugar

2-Compete a la Conferencia Episcopal dar normas acerca de los requisitos necesarios para que clérigos o miembros de institutos religiosos o miembros de institutos religiosos puedan tomar parte en emisiones de radio o de televisión en las que se trate de cuestiones referentes a la doctrina católica o a las costumbres.

832 Los miembros de institutos religiosos necesitan también licencia de su Superior mayor, conforme a la norma de las constituciones, para publicar escritos que se refieran a cuestiones de religión o de costumbres. *(N. del Ed).*

El mejor índice sea tu propia conciencia: si durante la lectura de algún libro sientes que tu conciencia se sobresalta y te hace reproches; si sientes que aquel libro hiere tus principios morales u ofende tu religión, tal libro –sea cual fuere– míralo para ti como si estuviera en el Índice. Quémalo antes de que llegue a envenenar tu alma. Sé inexorable contigo en este punto, y no te arrepentirás. Teme a Dios, y teme después a aquél que no le teme.

35. ¿Qué libros has de comprar?

Unas líneas sobre los libros que has de comprar.

Cuestión de mucha monta, habida cuenta de los subidos precios de las publicaciones. Cuanto más dificultoso sea comprar libros tanto más debes pensar cuál te conviene adquirir.

Compra sólo los libros que necesitarás en diferentes ocasiones, que merecen leerse varias veces. Por tanto, compra libros científicos o educativos, colecciones, léxicos, diccionarios. Es una lástima gastar el dinero en libros que después de una sola lectura pienses arrinconar.

Pertenecen a esta categoría la mayor parte de las novelas. Es posible que tal novela sea realmente valiosa; pero no gastes en ella, sino –si es necesario– sácala de una Biblioteca.

Encuaderna tus libros en cuanto puedas. Mejor aún si tú mismo aprendes a encuadernar y lo vas haciendo poco a poco. Será un pasatiempo muy provechoso.

No estará demás llamarte la atención también sobre otro punto: cuida bien tus libros. Nadie toma con gusto un libro cuyas páginas están dobladas, llenas de garabatos y de manchas de grasa.

El carácter de muchos estudiantes y colegialas se conoce por el estado en que se encuentran sus libros. Los libros no abiertos has de cortarlos con delicadeza, sin romper las páginas dejando los bordes con barbas.

Para volver las hojas no untes de saliva los dedos.

No llenes de notas ni siquiera el libro que sea de tu propiedad (como no sea un libro de texto); a lo más, con una escritura muy suave señala lo que quieras al margen de la página. En los libros de otra persona no está bien que anotes nada.

Es cosa que hace reír, según cuentan, este letrero puesto a la entrada de cierto villorrio: "Este camino no es camino. Quien, no obstante, ande por él, pagará cien pesetas". Pues yo tengo la misma opinión respecto a prestar libros: lo mejor es no prestar libros; pero si se diera el caso, toma buena nota de la persona que se lo lleva, porque si no, lo pagarás caro. En este punto ni siquiera las personas honradas son escrupulosas: guardan el libro prestado aún mucho tiempo después de haberlo leído, y a veces no lo devuelven. Sin embargo, la persona que así obra infiere a su prójimo el mismo daño que si le hubiese robado algo.

Yo te aconsejo que tú no pidas libros prestados. Y si ya lo has hecho, ten por punto de dignidad el tratarlos con más esmero que si fueran tuyos; no los prestes a otras y devuélvelos a su dueño en cuanto tú no los necesites.

36. Al presentarse en público

Un día u otro todos las jóvenes tendrán que presentarse en público, bien sea en el reducido ambiente familiar, o en círculos más amplios. Por ejemplo, al celebrar las bodas de oro de los abuelos, los nietos organizan en casa una pequeña función teatral.

En las fiestas escolares les mandan recitar poesías... Mucho me alegraría que tú aceptaras tales compromisos con prontitud, aunque al principio te intimiden algún tanto.

Mi anhelo más ferviente sería que muy pronto todas las posiciones de relieve fuesen ocupadas por jóvenes tan serios y dignos, tan ideales, de alma tan pura y bien hecha como me imagino que tú eres.

Mi ideal es que tengamos gran cantidad de hombres sinceramente religiosos, creyentes y buenos hasta el fondo de su alma, de carácter puro como el cristal, de temple de acero, de entendimiento agudo, de convicciones inquebrantables en sus principios, y al mismo tiempo hábiles, avispados, duchos para la existencia, capaces de desempeñar cualquier papel que se les encomiende dentro de la vida familiar y social.

Prepárate ya desde ahora para este deber. Por esto te aconsejo que te acostumbres a hablar bien, a recitar poesías, y si al principio

no sales airoso, si no brillas mucho con tu habilidad, no importa. Más vale que te quedes cortado delante de tus padres, o los estudiantes, tus compañeros, se rían un poco de ti, que verte encogido más tarde cuando la ocasión revista solemnidad.

El modo garboso de presentarse, la justa declamación oratoria, es resultado, en gran parte, de la práctica. Cuanto más ejercicios hicieres en estas cosas, más dominio adquirirás.

Cuando por vez primera te veas ante el público, una emoción fuerte se apoderará de ti. Tu corazón latirá apresuradamente, tu rostro pálido creerá ver el mundo dando vueltas en torno tuyo. No importa; muchos jóvenes han tenido que pasar por ahí; sería una lástima que te amilanaras y cedieses el puesto a otros.

Cuantas más veces recites en público tanto más irá calmándose tal emoción; mas no esperes que desaparezca nunca por completo. Cierta inquietud, cierto ambiente de solemnidad embarga siempre nuestro ánimo; se siente el respeto forzado que la gente impone siempre.

Se aconseja en estos casos como remedio eficaz contra la turbación esta vieja receta: "Mira a tu auditorio como si no vieras más que cabezas de coles"; y entonces habla con serenidad; no importa que alguien se sonría, tosa, no te preste atención; no te dejes sacar de quicio por nada del mundo. Cabezas de coles, ¿cómo van a estorbar tu discurso?

37. La declamación

¿Cuál es el defecto mayor que se nota en la declamación de los jóvenes? Es lo más frecuente que dicen el texto sin alma, con monotonía, precipitadamente. Como si tuviésemos delante de nosotros un gramófono que habla... y habla; pero no comprende una tilde de todo cuanto dice; por lo menos, esto indican el acento y el tono de la voz. Sin embargo, la primera condición del éxito es ésta: "Si quieres emocionarme has de sentir emoción tú primero". *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*, "si quieres que yo llore has de ser tú el primero en sufrir" (Horacio)[28].

Cuando, al cabo de cierto tiempo, llegan a moverse con más desenvoltura los jóvenes delante de los "cabezas de col", las acecha otro peligro: una teatralidad exagerada.

En parte, por la emoción; en parte, por efecto de un criterio equivocado, la mayoría de los jóvenes más osados al declamar se vuelven actores.

Observa, por ejemplo, al presidente de vuestro Círculo de Estudios, cuando en una de las sesiones solemnes apoya reciamente las manos en la mesa, dobla su cuerpo con acompasado ritmo, acciona como si estuviera mirándose al espejo y suelta su discurso de apertura con voz estentórea, de suerte que llegan a estremecerse las mismas paredes. Sin embargo, la oratoria no

---

[28] *Epist. ad Pisiones,* 102, 103.

debe tener nada teatral.

Empieza tu discurso en un tono natural, como de conversación; y sólo más tarde, cuando los sentimientos hayan caldeado ya tu alma, puedes hablar con fogoso entusiasmo. Pon entonces todo el fuego que quieras, trata de conmover, habla en voz alta; pero ni aun entonces debes gritar, ni herir el oído del público con voz estridente.

Lee con frecuencia, en voz alta y alternativamente, poesías y textos en prosa. Invita a tus padres y hermanos o reúnete con tus compañeros para juzgarse recíprocamente: ¿Leo de una manera comprensible, no me como el final de las palabras, acentúo bien, pronuncio distintamente todas las sílabas, doy bastante colorido a las palabras?...

Acepta gustoso y con valentía los compromisos de tener que presentarte en público con motivo de las fiestas escolares; pero antes ensaya bien tu papel en casa.

38. La voz del orador

No es pequeña la dificultad que necesitarás vencer para hacerte entender del público.

Lo primordial en todo discurso es, a no dudarlo, el contenido, lo que se dice. Pero aunque las cuartillas contengan el discurso más perfecto, éste no deja de ser una materia sin calor, un tesoro muerto, que tan sólo recibe vida por arte del orador.

Importa mucho que lo que leas esté bien compuesto y tenga rica doctrina; pero esto no dispensa de otros requisitos: los de una declamación adecuada. El éxito de tu actuación depende en gran parte de la declamación y de los gestos.

El instrumento más valioso del orador es su voz. ¡Qué admirable instrumento la voz humana! ¡Qué innumerables matices en color y fuerza! ¡Qué gradación entre una voz alta y otra baja!

La destreza oratoria consiste justamente en acertar el momento y el grado de fuerza y de matices que ha de tener la voz.

Con especial esmero se precisa cumplir estas dos reglas de la oratoria: pronunciar las frases de un modo inteligible y pronunciarlas con colorido natural.

Habla de un modo inteligible. ¿Pero... se puede hablar de modo ininteligible?, preguntas acaso con sorpresa. Ya lo creo que se puede. Si al salir en público siguieras hablando con tan poco es-

fuerzo, tan suavemente, con tanta calma como al estar en sociedad o en el círculo de tus amigos, nadie te entendería.

Fíjate: cuando las personas hablan unas con otras apenas abren la boca, apenas mueven los labios. Esta conversación tranquila y cómoda basta para charlar en un cuarto; pero no para una sala de fiestas. En éstas, quien habla al público ha de abrir bien la boca (en las fotografías puedes observarlo), ha de modular bien las palabras con los labios, ha de pronunciar todas las letras y sílabas tan distintamente como sea posible.

Al pronunciar un discurso los músculos de la cara trabajan mucho más que en una simple conversación. Los mismos sordos entienden las palabras bien formadas; las leen en los labios.

Guárdate con esmero de comerte las últimas sílabas de las palabras, y pronuncia distintamente las últimas palabras de las frases, cosa que no todas las personas hacen.

Es un axioma el que cuanto mayor sea la sala en que se habla tanto más despacio, silabeando casi, se deben pronunciar las palabras y con más lentitud que en la conversación sencilla.

Habla dando colorido a tu palabra. "Y esto, ¿qué es?". Mira lo que hacen dos personas cuando están hablando de un tema importante. No lo hacen en voz monótona, todo igual, como el moler del molino, sino con acentuación y matizando bien, según se trate de probar algo, o de refutar, o según refiera, se escandalice, se sorprenda, o exprese compasión, etc. Pues bien: es regla importantísima de oratoria infundir esta vida, dar estos acentos expresivos, todo este color, en una palabra, a la declamación.

Si hablas de cosas alegres, tu voz ha de ser alegre también; en el reproche, seria; en la compasión, blanda; en la súplica, insinuante; en el dolor, mortificada; en el entusiasmo, fogosa.

Y todos estos matices tienen aún una infinidad de variedades. Podemos cambiar por completo el significado de una palabra con sólo darle distinta inflexión al pronunciarla.

Tomemos, por ejemplo, la palabra “gracias”.

Corriendo llega el médico junto a un niño enfermo de gravedad y salva su vida; la madre lo agradece con emoción: “gracias, doctor”.

De un modo muy distinto pronunciamos esta misma palabra si alguien nos promete algo que no deseamos y, no obstante, le decimos: “gracias”.

Y la pronunciamos con un nuevo matiz cuando en la calle damos las “gracias” a un guardia urbano por una amable indicación que nos ha hecho.

Y aun la pronuncia de otra manera el camarero del restaurante cuando, al darnos la vuelta del dinero, le decimos: “Para usted”.

Podríamos aducir otros muchos ejemplos. Pero éstos ya bastan para ver la importancia que tiene la declamación natural y llena de colorido.

39. Ademanes

El buen orador no habla tan sólo con la voz, sino también con los brazos, con las manos, con los dedos, con el gesto, con los movimientos de la cabeza, con la mirada. Tales actos tienen por objeto hacer más claros, más interesantes, más vivos los conceptos.

Las principales reglas de mímica son las siguientes: No claves tu mirada en un solo punto de la sala, sino paséala de un modo natural por todo el auditorio.

Refleje tu semblante los sentimientos que corresponden a la materia de tu exposición y que deseas suscitar en el auditorio.

No tengas la cabeza rígida, muévela un poco; si haces un gesto con la mano, vuelve la cabeza en la misma dirección.

Regla importante, fundamental, es que te muevas con flexibilidad, con ademanes redondeados, y no con rigidez, ni con gestos angulosos. Las manos no deben estar rígidas; sus movimientos han de arrancar de la muñeca. Imita un poco el movimiento de la serpiente, describe una línea ondulosa.

En tus ademanes no aprietes la parte superior del brazo contra el cuerpo; es decir, el movimiento del brazo no arranque del codo, sino del hombro. La mano derecha se mueve garbosamente si va del lado izquierdo al derecho.

Si gesticulas con las dos manos, no hagas movimientos idénticos con ambas. Es lo mismo que al cantar: si dos muchachas can-

tan en el mismo tono de soprano el efecto no es tan sorprendente y hermoso como si una de ellas canta de soprano y la otra de contralto.

No gesticules con los dedos rígidos, ni con los dedos separados, ni cerrando el puño. ¿Cómo has de tener los dedos? Es éste de veras uno de los puntos más difíciles. También para los pintores es de gran dificultad la colocación artística de la mano del modelo.

Prueba esta posición: los dedos índice y medio, rectos (pero no rígidos); los tres restantes, un poco encorvados. Ejercita muchas veces de este modo la mano y observa si resulta o no estética.

No te avergüences de colocarte al principio delante de un espejo y someter a examen tu declamación: muchos movimientos desgarbados y sosos pueden corregirse de esta manera.

40. *"Vive labeur!"*

No pueden darte alegrías verdaderas y provechosas más que los bienes conquistados a costa de rudo trabajo y duras fatigas.

En este capítulo ya he tratado muchas veces del trabajo. Y al acercarme al final, te repito: *¡Age, quod agis!* "Lo que haces, hazlo por completo", es decir, entrégate con todas tus fuerzas al trabajo que tengas entre manos. Gran elogio es decir: "Este joven trabaja bien: merece toda confianza". Sea ésta tu divisa: Todo lo mejor posible.

Hay jóvenes que miran el deber con mucha ligereza y repiten con jactancia: "Ya lo ves, se puede vivir muy bien sin romperse la cabeza".

En efecto, no es posible que alguien logre sostenerse a flor de agua sin trabajo serio y así pueda vivir durante cierto tiempo. Este tal se pavonea y quiere deslumbrar a los demás; pero llegado el momento de la prueba le pasará lo que "al gato, que con orgullo se acurrucó, sacando una gran joroba para emular al camello; pero cuando le cargaron pesos, en un momento se abatió su giba"... y su orgullo. Es lo que canta el poeta alemán Ruckert:

Das Kätzchen buckelt sich und will Kamelchen sein,

Wenn man's beladen will, dann zieht's den Buckel sein.

La vida sin trabajo es un marco sin cuadro. Si no lo crees, pruébalo: ¡Cuán vacía y triste se queda tu alma después de las

horas derrochadas en holgazanería o frivolidades!, y, en cambio, ¡qué dulce felicidad, qué suave alegría la inundan después de un día pasado en duro y serio trabajo!

Ocurre a veces que con la mejor voluntad no se logra el fin prefijado; puede acaecer, por ejemplo, que, a pesar de tu aplicación ejemplar, no consigas el diploma correspondiente.

También es posible que, a pesar de trabajar en serio toda la vida, no te abras camino conforme lo mereces. En estos casos te servirá de consuelo la tranquilidad que sigue al cumplimiento del deber: "Hice cuanto pude. No tengo la culpa. No he podido trabajar más". Y si esto es verdad, entonces no serán capaces de abatirte las desgracias de la vida.

"¡No he podido más!"... Si lo dices con toda verdad y con derecho, sentirás consuelo aun después de todas las ilusiones perdidas y de los mismos fracasos.

Dichoso el que puede rezar de esta manera: "Señor mío, hice cuanto pude: Tú bien sabes que no he podido más. Pero ahora ayúdame, para que el fracaso no me descorazone...".

Prosigue con ánimo el trabajo.

Lust und Liebe zum Ding,

Macht Mühe und Arbeit gering.

"El deleite y el amor a lo que se hace achican la fatiga y el trabajo".

Santa Juana de Arco, la doncella de Orleáns que libertó a su patria y confesó con heroísmo su fe, descendía de una modesta familia.

En Domremy, sobre la puerta de la pequeña casa paterna, se leían estas palabras: *Vive labeur!* "¡Viva el trabajo!". Y esta divisa, cumplida con fidelidad inquebrantable, levantó a la sencilla muchacha a la categoría de los santos y de los libertadores de la patria.

Vive labeur! Tal ha de ser la divisa de todos los jóvenes.

¡Viva el trabajo! Con este pensamiento debes levantarte por la mañana, y después de rezar tus oraciones toma tus libros y vete a clase.

¡Viva el trabajo! Repítelo cuando empiezas a sentir cansancio durante el día y la indolencia quiere apoderarse de ti.

¡Viva el trabajo! Dilo también cuando tus amigos te incitan a dejar los libros e ir a jugar con ellos.

¡Viva el trabajo! Piénsalo cuando tienes un desencanto, cuando te cierran el paso tropiezos innumerables, cuando tengas que luchar sin tregua por tus nobles ideales. No importa. ¡Viva el trabajo!

Todos los jóvenes han de tomar por divisa de su vida las palabras de San Agustín: "Ora como si todo lo esperaras tan sólo de Dios, y trabaja como si Dios nada hubiera de darte".

CAPÍTULO TERCERO

EL JOVEN BACHILLER

1. ¡Por fin!...

"¡Esperanza de mi patria, juventud incontaminada!

¿No se estremece, ¡oh jóvenes!, vuestro corazón, no se alza vuestro espíritu por encima de la vida diaria, no percibís la palabra divina, al sentir la misión a que sois llamados, de salvar a un pueblo y elevar a una grandeza ideal esta nación que no ha logrado todavía su plenitud?

Sois llamados a ser dueños de un porvenir mejor..., sí os atrevéis a ser grandes". (Széchenyi).

"... Y todos acariciamos la esperanza de que durante toda vuestra vida, jóvenes amados, seréis timbre de gloria para el instituto en cuyos bancos os habéis educado durante largos años. Dios guíe todos vuestros pasos. Dichas ya del fondo del corazón estas palabras, vamos a publicar el resultado del examen de bachillerato. Según el dictamen de los profesores, han hecho el examen mereciendo un diploma de honor..."

Tu corazón salta, enciéndese tu rostro cuando escuchas tu nombre. Tú también estás entre los que obtuvieron diploma de honor. Te felicitan. Algazara. Salís del salón de actos, bajáis por la escalera... En tus manos tiembla un poco, esta vez de alegría desbordante y no por miedo, el diploma, que haces ondear al aire; aún resuenan en tus oídos las palabras del director, que al despediros recomendó que en adelante cubrierais de gloria el instituto de que salís a la vida.

¡Qué admirable! Como si todo el mundo tan sólo te mirase a ti. Figuras muy conocidas para ti te sonríen desde los cuadros colgados de las paredes. Y hasta parece que el mismo Homero, en busto, abre sus ciegos ojos... “Sí, hijo, sí. He obtenido diploma de honor. ¿Por qué se maravillan? Buenos trabajos he pasado durante todo el curso”.

Al bajar la escalera pisas por última vez las piedras tan conocidas de los escalones. En torno tuyo hay gran animación durante algunos momentos; tú recibes con altiva benevolencia la felicitación de los envidiosos...

Al salir por la puerta, que tantas maldiciones tuyas ha tenido quizá que aguantar, se apodera de ti cierto temor extraño: te parece ver sentado sobre los escalones de la entrada a un anciano con reloj de arena que inexorablemente va marcando el tiempo. “Sí, sí. Ahora es cuando empiezo. Hasta hoy he sido niño, joven despreocupado. Pero ¿qué voy a ser en adelante?”.

Tú corazón late con violencia y enderezas tu mirada, en la cual va escondida una interrogación hacia el cielo resplandeciente: ¿Y ahora? ¿Qué voy a ser ahora...”.

Hay jóvenes que dicen: “¿Qué viene ahora? ¡Ah!, ¿qué ha de venir? La libertad. La alegría. La vida. El placer... Ya vienen... Por fin he podido librarme de los grilletes con que las clases me sujetaban. Por fin ya no tendré que habérmelas con la de Matemáticas.

Se acabó el suplicio de las “notas”. Fuera eso de levantarme temprano todas las mañanas. Ya no tendré que decir la lección diariamente. Soy libre como el pájaro.

Ahora viene la vida sin complicaciones. Todo me está permitido. Puedo ir de jarana. Puedo salir de casa cuando se me antoje. Puedo... no estudiar...”.

¿Son éstos los jóvenes maduros, los bachilleres? Pero ¿qué madurez pueden tener? Pobre de ti si eres del número de tales jóvenes...

¿Acaso entonces no te será lícito alegrarte? ¡Pues ya lo creo! Después de largos años de trabajo acabas de llegar a una estación importante.

Alégrate; pero sin olvidar que la estación no es el término. El bachillerato no pone punto final a tu formación espiritual ni a tus estudios. Eres bachiller; pero ¿para qué? Para seguir estudiando.

Sí, estudia. Y estudia todavía más que hasta hoy. En la edad madura pensamos con inquietud en la situación preñada de zozobras y peligros de muchos jóvenes que, con su diploma de bachiller en el bolsillo, se ven lanzados a la vida y se encuentran indefensos en el aire corrompido de las grandes ciudades universitarias.

El joven bachiller no es todavía un carácter formado. Su desarrollo espiritual no se acabó aún. Sin apoyo moral, sin un guía que la oriente, viene a dar en medio del caos ruidoso de frases hueras y diversos conceptos de la vida, todas a ras de tierra. Hombres de armas tomar tiene que ser aquel que en el mercado pintoresco de tentaciones sin número puede abrirse paso sin recibir heridas.

Pero no es hombre acabado, ni siquiera desde el punto de vista de los estudios, el joven bachiller. El diploma del bachillerato no es más que pasaporte para la universidad, para una oposición; no es más que un simple título que te da derecho a estudiar todavía más, mucho más que en los años de segunda enseñanza.

En la universidad justamente tienen pleno valor las palabras de Schiller:

Will einer in der Welt was erjagen

Mag er sich rühren, mag er sich plagen.

Wallensteins Lager, I, 11.

"Quien quiera lograr algo en el mundo se ha de mover mucho, ha de penar".

Después del examen final del bachillerato, la clase no parece sino un puerto marítimo en que están anclados grandes transatlánticos, llenos de la carga más preciosa.

Están impacientes las máquinas para emprender su ruta por el Océano. Cada buque tiene su peculiar destino, su bandera, su carga, su tripulación; no hay entre ellos nada común, a no ser la esperanza confiada, el entusiasmo, la seguridad de llegar a buen término. Y, sin embargo, algunos de los buques se hundirán estrellados contra los escollos, serán otros juguetes de huracanes desatados, y nunca llegarán a su destino. Y, allá, en la otra orilla, en vano sollozarán los padres, en vano esperarán la vuelta de su hijo, tragado por los abismos sin fondo...

También a ti te espera en la orilla de la eternidad tu Padre Celestial. ¡Alerta! Embárcate en un buque que no te lleve a los bajíos, y que sea capaz de desafiar las tempestades de la vida.

"¡Ea! Ya soy bachiller, ¿qué hago ahora?". ¿Qué carrera escojo?

2. Antes de elegir la carrera

El escoger carrera es un problema difícil.

El niño lo arregla con facilidad. Primero quiere ser pastelero. Después, capitán; mejor dicho, conductor de tranvía. Acaso maquinista o *chauffeur*.

Más tarde, cuando ya crecido sigue los cursos de la segunda enseñanza, se sonroja cuando recuerda sus planes infantiles. Y no hay por qué sonrojarse. Es el orden de las cosas: a medida que va desarrollándose tu entendimiento y conoces más aspectos de la vida, llegas a proponerte con más seriedad esta cuestión: "¿Cuál es el puesto que Dios tiene designado para mí?"

El escoger carrera es una de las incumbencias más graves de la vida. No hallarás felicidad en la vida, no trabajarás con éxito, no asegurarás la salvación de tu alma, a no ser escogiendo con acierto tu carrera.

En una carrera mal escogida, el trabajo se hace sin bríos, la vida es un yugo pesado, la paz del alma... es cosa desconocida. El que ocupa un lugar que no es el suyo, con facilidad se verá arrastrado a una vida pecaminosa.

El momento de escoger carrera es decisivo para toda tu vida; más aún, de él depende tu tranquilidad espiritual y muchas veces la eterna suerte de tu alma.

Lo importante no es la posición que ocupas, la oficina en que trabajas, sino el acierto en escoger el puesto que te corresponde y el modo de pensar respecto a tu vocación.

Echa el pájaro al agua, y perece; no es ese su elemento. Saca el pez al aire, y morirá; debe vivir en el agua. Así también los individuos y los pueblos solamente serán felices si viven en su medio adecuado. Lo dice gráficamente un adagio inglés: *The right man on the right place*, "Tal hombre, tal puesto".

Por lo tanto, al escoger carrera nunca pierdas de vista la voluntad de Dios. Antes de todo fija un ideal a tu vida, y así te será más fácil escoger una carrera que pueda guiarte al mismo. El ideal de la vida y la carrera no pueden ir contra el fin supremo. Somos de Dios y por Él vivimos.

Acaso te suene algo extraña mi admonición, porque no es frecuente que se hable así de las carreras. "De manera que lo importante no es el pensar bien qué carrera escogeré para que me resulte más cómoda la vida, en qué pueda ganar más...?". Sospecho que muchas veces habrás oído avisos que te insinúan tales conceptos: pesar y encauzar toda la vida según tales ideas.

No te dejes guiar por esos consejos. Porque si el objeto de todos tus esfuerzos intelectuales ha de ser éste: encontrar el lugar donde mejor se viva..., entonces echa en un rincón todos los libros y sienta plaza de cocinero en algún restaurant.

Si sólo estudias para descubrir el punto en que con más comodidad puedas vivir, entonces deja descansar los libros, los estudios...

3. Todas las profesiones son buenas

Haz acaso de mi consejo: no te encariñes con una sola carrera, hasta el punto de quedar obsesionado por la misma.

Debido a la crisis económica de los tiempos actuales, el porvenir de muchos jóvenes es orientado por meras circunstancias exteriores. Por ejemplo: se te antoja ser ingeniero, pero tu padre es abogado, y por cierto de gran bufete; escoge, pues, la misma carrera. Deseas ser médico, pero tu padre tiene farmacia; mejor es que tú tampoco salgas del ramo. Tu ensueño es el profesorado, pero te aguardan las quinientas fanegas de tierra de tus padres: sé, pues, ingeniero agrónomo.

En fin de cuentas, sea cual fuere la carrera o trabajo que escojas y te veas obligado a seguir, anímalas y levántala con nobles ideas. Por miserable que sea un cuarto, podemos hacerlo grato con flores y cuadros, y, por lo menos, disimular un poco su desnudez; de un modo análogo, cualquiera que sea la carrera u obligaciones que te impongan las circunstancias imperiosas podrás tener en ella nobles ideales.

Encierra una profunda sabiduría de vida este consejo de San Francisco de Sales: "Si no podemos hacer lo que queremos, queramos lo que podemos".

Hay muchos que pretenderán espantarte respecto de su profesión: "¡Ay!, hijo, cualquiera cosa menos esto. Escoge la carrera que quieras, pero ésta, no. Sólo quien como yo la tiene, sabe lo poco que vale". Almas que equivocaron su carrera.

Todas las profesiones son buenas si sabes acomodarte a la realidad. Las personas descontentas de la carrera que ellas mismas escogieron con libre voluntad lo están porque ven de cerca las dificultades y amarguras que tiene y cierran los ojos a las pequeñas alegrías que la misma las brinda, mientras que de las otras profesiones no ven más que el lado agradable, las ventajas, y no tienen en cuenta las dificultades que allí abundan: la otra orilla del río siempre nos parece más hermosa que aquella en que nos encontramos.

No lo niego; realmente hay personas que se equivocaron en su carrera. Pero la mayoría de aquéllas que se quejan alegando que habrían sido en otra más felices, han de culparse a sí mismas. Tan descontentas, tan intranquilas, tan indecisas estarían en cualquier otro género de vida. Lo que de felicidad es la conciencia tranquila, y justamente lo que a ellas, les falta muchas veces.

Son tristes jornaleros de la vida, que gimen sin ánimo bajo el peso de los deberes de su profesión; soportarían con más facilidad el trabajo si en él viesen el cumplimiento de la voluntad de Dios, la realización de su destino en la tierra y el medio con que merecer la vida eterna y no solamente la mera sustentación de la temporal. En cualquier carrera te será posible cuidarte de la salud de tu alma y trabajar por el bien del prójimo, y en resumidas cuentas, esto es lo fundamental en la vida.

En todas las carreras caben los ideales; es lo que debes pensar al tener que escoger una. Que seas comerciante o agrónomo, médico o empleado..., lo mismo da. Digo que lo mismo da, porque en cualquier estado y oficio puedes cumplir el deber que señaló Dios a toda vida humana: glorificarle a Él y trabajar en provecho de la sociedad.

La vida de las Santos sirve de magnífico ejemplo para ilustrar la verdad de que a la postre todas las carreras son buenas, si quien las abraza es llamado a ellas, y que en todas las profesiones todos podemos bien cuidarnos de los negocios de nuestra alma y asegurar los valores eternos de la misma.

En el Santoral católico no sólo encontramos cardenales, sacerdotes y monjas, sino que en él tienen su representante todas las profesiones.

San Esteban, San Luis y San Fernando fueron reyes: San Emerico y San Hermenegildo, príncipes; San Roque y San José Benito Labre, mendigos: San Cesáreo, médico; San Martín, soldado; Santa Zita, criada; San Ivo, abogado; San Casiano, maestro de escuela; San Juan Cando, profesor de universidad; San Juan de Dios, enfermero de hospital.

Hay un caso que tiene su regla especial: el sacerdocio. Si Dios te llama a tan alta vocación, has de vencer todos los obstáculos que te cierran el paso.

4. ¿Cómo prepararse para elegir una carrera?

Dichoso a quien ya en edad temprana distingue con toda claridad, por gracia especial de Dios, la profesión señalada por la Providencia. El pensamiento se le queda clavado, es el ideal que divisa en medio de todos sus trabajos, y en efecto, más tarde abraza la profesión soñada y es feliz.

Desgraciadamente, no a todos los jóvenes les resulta tan fácil elegir una carrera.

Por eso te aconsejo que pienses en ello cuanto antes. No has de ser como aquellos que tienen en la mano el diploma del bachillerato; pero no saben qué hacer con él. Corren a ciegas a las aulas de la universidad y al cabo de cuatro años han probado todo lo que les salió al paso, y luego no saben cuál es su camino.

En primer lugar, pide mucho al Señor que te ilumine. Pregúntale, al igual de San Pablo en el camino de Damasco: *Domine, quid me vis facere?* "Señor, ¿qué quieres que haga?[29]. A cualquier lugar que me llames, allá voy al punto. Señor, concédeme que vea, que vea dónde me llamas Tú".

---

[29] He 9, 6.

Recuerda el joven aquel que, según leemos en el Evangelio, se presentó al Salvador con la pregunta: "¡Oh, buen Maestro! ¿Qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?" [30].

Pregunta también tú: "Señor, ¿qué quieres de mí? ¿A qué profesión me destinas? ¿Qué misión esperas de mí? *Fiet voluntas tua*. Hágase tu santa voluntad".

Superfluo es decir que sólo el joven de vida limpia y alma pura puede aguardar confiadamente la luz del Espíritu Santo que penetra en los corazones: el sol no puede penetrar en el aposento a través de cristales manchados. Y ya que tengas que llorar la poca formalidad de tu vida pasada, por lo menos procura poner punto final en ella mediante una confesión bien hecha, y empieza el porvenir con el alma tranquila.

Además examínate bien: para cuáles conocimientos tienes talento más fácil, cuál es la profesión que te atrae de un modo especial...

Pide consejo a tus padres y a tu director espiritual. Las personas de años, experimentadas, ven con más claridad la vida que tú, que no conoces todavía las ventajas y las desventajas, los deberes y los peligros de las diferentes carreras.

¡Qué bendición es para el joven si tiene un director espiritual fijo a quien poder abrir confiado todos los pliegues de su alma, sus defectos y sus debilidades, malas costumbres y virtudes, planes, luchas y esperanzas!

Para escoger la profesión con acierto se necesitan tres condiciones:

1. Poseer el talento necesario.

Sigue el consejo de Horacio y medita bien qué es lo que pueden sostener tus hombros.

Tentate diu, quid ferre recusant,

---

[30] Mc 10, 17-22.

Quid valeant humeri.

"Probad mucho tiempo qué cosa rechazan y qué cosa soportan vuestros hombros"

2. Tener ánimo para la profesión que escojas.

3. Procurar conocer, por lo menos en sus líneas generales, los deberes que te reserva la carrera escogida.

El escoger una profesión es negocio tan personal del joven, tiene influencia tan decisiva así para su vida terrena como para la eterna, que la palabra definitiva sólo él mismo debe pronunciarla. Él y nadie más. Ni siquiera sus padres. Desde luego, es necesario en asunto de tanta monta consultar también a ellos, como ya lo dije, y has de alegrarte si sus intenciones coinciden con las tuyas.

Si después de haber escogido tu profesión con profunda meditación no logras para ella el beneplácito de tus padres, eres completamente dueño de ti misma en esta cuestión, y por muy trágico que sea el choque entre la voluntad del hijo y la de los padres, te digo sin reparo: Hijo mío, se trata de tu vida; por lo tanto, tuyo es el derecho de fallar sobre el asunto.

En estos trances habla contigo así: Quiero perseverar en la profesión que Dios me tiene señalada. *Wie Gott will, ich halte still.* Me mantendré firme en lo que Dios quiere.

Hay un caso en que principalmente la voluntad del hijo suele cruzarse con la de sus padres: cuando el hijo de una familia quiere hacerse sacerdote...

5. Ministro de Dios

Sería difícil describir cómo se va formando en la mente del estudiante la idea de hacerse sacerdote.

A algunos este pensamiento les acompaña diríamos desde la cuna; otros tan sólo lo sienten a los quince o dieciocho años, o hacia el final de la segunda enseñanza, y entonces, con una fuerza irresistible y como anhelo admirable por el servicio del Señor.

En otros, la vocación va madurando todavía más despacio –acaso no la sienten sino cuando ya llevan uno o dos años frecuentando las aulas de la Universidad–; primero es indeciso, vacilante, como una llamada tímida e incierta, que el joven un día escucha y otro día no. Ni él mismo sabe lo que pasa en su alma; lucha con incontables dificultades, preocupaciones y dudas. Poco a poco va perfilándose cada vez mejor la vocación; ya percibe distintamente la voz del Señor que lo llama.

La gracia de la vocación hiere a uno como un rayo; en el otro va creciendo lentamente; pero al final siempre es la misma: el joven siente que el Salvador besó su frente y él mismo no tiene descanso desde que recibió la invitación del Señor. "No sé qué es lo que me atrae, no sé qué es lo que me llama; pero siento, sé con certeza... que he de ser sacerdote".

¿Qué es lo que lo llama al sacerdocio? El mismo joven difícilmente podría contestar.

En uno, el entusiasmo echa llamaradas que llegan hasta el cielo. "He ahí cuán frías, cuán egoístas pecadoras son las gentes. Por eso un alma fervorosa ¡puede hacer tanto bien por amor a las almas inmortales! Día tras día van condenándose y podrían salvarse con ayuda de la oración fervorosa de un sacerdote... Siento que he de ser sacerdote".

Es una decisión noble.

Otro dice: "Mi alma será flaca en la vida secular. ¿Qué será de mí si me vuelvo tan frío, tan indiferente para con Dios, como muchos de los que veo a mi lado? No, esto jamás. En cambio, siendo sacerdote me será fácil moldear la imagen de Dios en mi alma. La salvaré con más facilidad para la vida eterna".

Es una intención honrada.

Un tercero opina: "¡Qué dignidad y deber tan sublime! Ser embajador de Cristo, ser su ministro. Adorar en el silencio al Hijo de Dios. En el altar, en mis clases, en el hospital, almas quebrantadas se alzarán a nueva vida. En pos de mis actos y de mis pasos brotarán la felicidad, el consuelo, la fuerza, la mansedumbre. Quiero ser alma que despida luz y vida en la oscuridad de los tiempos modernos que ahogan las almas.

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus! ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra! Esta será la misión de mi vida religiosa. Dar gloria a Dios y paz a las almas. Sembrar las semillas de la verdad en este falaz mundo terreno, regar con la gracia divina los corazones humanos agrietados de sequía moral, salvar almas inmortales.

Sé que la carrera es difícil. En la vida del Señor hubo Getsemaní y Calvario... Tampoco faltarán en la mía. Pero al emprender esta carrera tendré por divisa: "He venido para ser víctima" y no para gozar comodidad. "Quiero ser *alter Christus*, otro Cristo".

Es un móvil sublime.

Pero ahora llega el momento del choque. Al presentar el joven este plan a sus padres.

"Pero ¿a quién se le ocurre? El hijo de un ingeniero, de un rico propietario, un joven tan simpático, tan listo, tan guapo..., ¡hacerse sacerdote! Hijo mío, eso son romanticismos. Alguien te llenó de pajarillos la cabeza...

Hijo, el porvenir se abre para ti. Míralo, ¡cuán bello! ¡Qué triunfo te espera en la vida! ¿Y tú quieres rechazarlo? No conoces aún el mundo y ¿ya quieres despedirte de él para siempre? No y mil veces no. Puedes ser cualquier cosa...; pero jamás sacerdote...".

No faltan, ciertamente, padres que, hincados de rodillas, dan gracias al Señor por haber llamado a su servicio a uno de sus hijos; pero muchos otros, aun de los inteligentes, contestan de la manera susodicha al proponerles el hijo plan de su vida.

Mira, hijo mío, también yo te digo: si no sientes vocación, no entres en el seminario ni por todos los tesoros del mundo. Hazte mejor basurero o barrendero que sacerdote sin vocación.

Por otra parte, te advierto: si sientes la invitación del Señor, entonces esto *fortis et viriliter age*, sé fuerte y obra con virilidad.

Es muy triste recibir reproches justamente de quienes podrías esperar ayuda; pero es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres[31]; a Aquel que dijo: "Quien ama al padre o a la madre más que a mí no merece ser mío"[32]. Pero no olvides, ni en estos días tristes de la tribulación, el respeto que debes a tus padres.

Podemos ser firmes sin dejar de ser respetuosos. La constancia triunfará seguramente si tu contestación es esta siempre: "Padre, madre, os pido perdón; pero no puedo obrar de otra manera. Tengo que ir. El Maestro me llama. *Wie Gott will, ich halte still.* Persevero, es Dios quien lo quiere".

[31] Cfr. He 5, 29
[32] Mt 10, 37

6. La carrera de médico

Aunque yo también sea del parecer de Schiller: *Das Leben ist der Güter hochstes nicht*[33], "La vida no es el bien más excelso", admito sin regateos que entre los tesoros de la tierra la vida y la salud ocupan el primer lugar. Y los médicos tienen por oficio conservar este bien a todos los hombres.

Es una empresa sublime ayudar a los enfermos. El buen médico puede librar a sus prójimos dolientes de una infinidad de dolores, miserias, males físicos.

La misión del médico y del sacerdote coinciden en este punto: ambos tienen por fin ayudar en los sufrimientos humanos; aquél alivia los corporales; éste remedia los del espíritu.

Además, el médico de alma noble puede infundir gran abundancia de consuelo espiritual en la vida del enfermo, porque así no se contentará con auscultar aprisa al enfermo y escribir también a vuelapluma la receta, sino que tendrá palabras de aliento y consuelo para el que sufre. Y al ver que la ciencia humana ya no es capaz de ayudar al cuerpo, se cuidará de advertir al enfermo para que ponga su pensamiento en la liquidación de cuentas que ya se acerca, y trate de confortar su alma con los sacramentos de la Iglesia.

¡Cuántas almas quebrantadas, trituradas por las luchas de la vida, tibias, heladas para con Dios, pueden salvarse por su palabra

[33] *Braut von Messina,* IV, 10.

suave! ¡Cuántas pueden llegar por este medio a afirmar paces con Dios en la última hora de la vida!

Por otra parte, la penuria, la miseria que a cada paso encuentre influirán en él y lo ayudarán a levantar su mente a los pensamientos de la eternidad. Cierto médico de Wiesbaden escribió a la entrada de su gabinete:

Gott ist der Arzt, ich bin sein Knecht,

Gefällt's Ihm wohl, so mach' ich's recht.

"Dios es el médico, yo soy su criado; si a Él le place, trabajaré con provecho".

Pero no quiero pasar en silencio un hecho que me contrista: en la carrera de medicina son muchos más los que no se preocupan de la religión, y hasta son más abiertamente incrédulos que en otras carreras.

¿Cuál es la causa de tal hecho? ¿Acaso la misma ciencia médica? ¿Es que los médicos tienen que perder forzosamente la fe? De ninguna manera. Queda en pie también hoy lo que dijo Galeno, príncipe de la ciencia médica en la antigüedad, después de observar la estructura sublime del cuerpo humano: "Alaben otros a sus dioses con incienso y con víctimas; yo alabo con mi admiración al creador de una obra tan maravillosa. Con sólo describir el cuerpo humano, me parece romper en cánticos, entonar himnos, pregonar alabanzas a la gloria de su hacedor".

Entonces, ¿por qué hay tantos médicos incrédulos? La causa estriba en que su preparación en la universidad no se hace con el debido espíritu. Las numerosas prácticas de disección y anatomía ya son de suyo prueba difícil para el empuje de idealismo en los jóvenes.

Tal hecho podría ser compensado con facilidad por los modales delicados del profesor, si éste apreciase a las almas jóvenes; pero vemos, por desgracia, que la mayoría de los profesores hablan con desprecio de la religión y de la moral en sus conferencias,

y de esta suerte llegan a helar por completo la vida religiosa de la joven generación médica.

Digo estas cosas para que, si llegas a ser médico, sabiéndolas como es debido, te cuides con redoblado celo del negocio de tu alma. Te has de preocupar de ella tanto más cuanto que durante tus estudios habrás de dedicar casi por completo tu atención al cuerpo. El tratar de cerca con la muerte puede volverte cínico con facilidad.

Cómo responderá de su propia vida ante Dios el médico incrédulo es asunto personal en que no queremos entrar. Pero sí podemos hacer constar que la sociedad y el enfermo, naturalmente, se recelan de un médico que no siente su responsabilidad ante el Juez eterno.

¿Cómo podría yo confiarme a un médico materialista y darwinista, que no admite ni Dios ni alma y opina con uno de sus colegas franceses que el hombre es un *tube digestíf percé aux deux bouts*, un tubo digestivo agujereado en los dos extremos? ¿Esto es el hombre? ¿Esto y nada más? Pero ¿cómo ha de tratarme un médico que profesa tal opinión?[34]

El médico que no cree en el Dios eterno ni en el alma inmortal ¿podrá cuidar con igual solicitud al pobre y al rico? ¿Y dejará de aconsejar a los que le consultan ciertos cosas que no pueden hacerse sin que sufran detrimento la pureza del alma y la integridad de la moral?

Récamier, médico de fama mundial de principios del siglo XIX, era médico en el hospital de París (Hotel Dieu), y al mismo tiempo profesor en la Facultad de Medicina. Siempre comenzaba el día con oración y después leía unas páginas de la Sagrada Escritura. Hacía la oración de la noche acompañado de los suyos.

---

[34] Ni hablar hoy de la cultura de la muerte, es decir de los que están en contra de la vida, de aquellos que están a favor del aborto, de la eutanasia... que no sólo van contra Dios sino contra el hombre mismo. *(N. del Ed.)*.

Comulgaba todas las semanas. “En cierta ocasión –así escribe de él uno de sus colegas, un médico incrédulo–, durante una consulta, mis colegas notaron que Récamier tenía un... –¿sabes qué?– rosario. Te aseguro que todos nos quedamos pasmados. El sabio Récamier, el célebre profesor, la primera autoridad de la ciencia médica, médico de príncipes y de reyes, aquel Récamier, cuya fama llena toda Europa..., rezaba el rosario.

Al notar Récamier nuestra sorpresa, con tono natural, nos dijo: “Sí, yo rezo el rosario. Siempre que siento inquietud por uno de mis enfermos y ya he agotado todos los recursos de la ciencia médica, me dirijo a Aquél que es el único capaz de curar todas las enfermedades. Y como no dispongo de bastante tiempo para presentar yo mismo a Dios todas mis demandas, rezo algunas dieces a mi medianera, a la Virgen Santísima”. ¡Qué alma la de tal médico! ¿Verdad? ¡Y de qué manera tan sublime podrá cumplir sus obligaciones!

7. La carrera de ingeniero

¿Serás ingeniero?

¿Ingeniero industrial? Contemplarás día tras día las creaciones maravillosas del espíritu humano, las máquinas perfectas, finas, que parecen dotadas de sensibilidad.

¿Ingeniero de Caminos? Contribuirás al glorioso triunfo del espíritu humano imponiendo el yugo a las fuerzas misteriosas de la naturaleza, tendiendo puentes sobre los ríos, atravesando con túneles las montañas...

¿Ingeniero constructor o arquitecto? Tú mismo contribuirás con tu labor, con tus proyectos y planos a la belleza terrena, reflejo de la eterna belleza de Dios.

¿Ingeniero químico? En los momentos de indagar las fuerzas de la naturaleza, brotará del fondo de tu alma el respeto al Creador.

El ingeniero patriota y creyente tiene además otra misión: servir de amable guía en los negocios del alma a los obreros de las fábricas, tan descaminados, y atender con amor a los intereses aun materiales de los mismos.

La clase obrera que trabaja en las fábricas está sometida en su mayor parte al yugo de agitadores, sin otro afán que sembrar la incredulidad y el descontento en las filas de los trabajadores.

La cuestión social abruma como atmósfera pesada toda la vida presente.

Entre las clases sociales siempre ha habido y habrá ciertas diferencias; pero la propaganda socialista echa leña al fuego y procura, mediante la exasperación de los obreros, envolver en una llama roja al mundo entero.

Nadie como el ingeniero de nobles ideales, que vive entre sus operarios, que trabaja con ellos, que escucha sus quejas compasivo y les ayuda como amigo y padre, está en condiciones de arrancar a las masas trabajadoras de manos de los agitadores. Por la misma índole de su carrera el ingeniero trabaja con los obreros; por lo tanto, tiene cierta autoridad sobre ellos, que puede aprovechar para volverlos al recto sendero.

La cuestión social no es en primer término un problema económico, sino de principios; por lo tanto, no podrá solucionarse hasta el día en que el obrero tenga de nuevo religión.

El ingeniero que da ejemplo práctico de una vida religiosa contribuye en gran manera a la realización de un plan importantísimo: la reconquista de los obreros para la Cruz.

8. La carrera de profesor

¿Serás profesor?

Podrás, en este caso, sembrar a manos llenas la semilla del bien en el alma de los jóvenes y te harás acreedor a la gratitud de toda la sociedad, por instruir en las ciencias y educar para una vida sana con tu abnegado trabajo a los pequeños bárbaros –muchachos y adolescentes–, que amenazan exterminar toda la cultura humana.

El que la escuela sea un centro de mera instrucción o también de educación, es decir, que solamente abra la inteligencia de los jóvenes, o también forme su carácter, depende principalmente del profesor.

Hoy reconocen todos que la escuela debería ser más solícita de lo que suele en la formación del carácter. Porque para el porvenir de un país, lo importante no es que los jóvenes estén muy enterados de si Juno solía dar bofetones a Júpiter con las babuchas o sólo con la mano, sino que conozcan la moral, sepan prepararse para la vida y den a su carácter temple y rectitud bastantes para salir airosos en la lucha por la existencia.

El buen profesor es el guardián del santuario más hermoso del mundo, del corazón inocente de los jóvenes. Todo el oro, todos los diamantes y toda la pompa del templo de Salomón son cosa baladí en comparación de un alma pura. Y la misión del profesor es cuidar este "templo vivo".

Los padres, la familia, la Iglesia confían en el profesor, le entregan su tesoro más valioso, el joven, para que haga brotar en él entusiasmos por lo bueno y por lo bello y le infunda horror al pecado.

Si los jóvenes de flaca voluntad, inconstantes e ignorantes, llegan un día a ser hombres de recio temple e instruidos, se lo deben en gran parte al profesor honrado y entusiasta.

El buen profesor –aunque su trabajo sea terriblemente difícil y relativamente poco apreciado– siempre sacará fuerzas de este pensamiento: Dios ve que me estoy fatigando por una misión extraordinariamente meritoria.

Nadie, después del sacerdote, puede influir más en la educación del alma que un profesor creyente que ama paternalmente a los jóvenes.

9. La carrera de derecho

¿Serás jurista, juez o abogado? ¿Serás entusiasta caballero de la Justicia, a la que suelen pintar con los ojos vendados y con una balanza en la mano?

¡Qué misión más elevada, poder encauzar los negocios terrenos según las normas de la justicia, salvar al inocente, devolver el honor al calumniado, proteger a los oprimidos, defender la propiedad alcanzada con un honroso trabajo! Mas; qué temple se necesita para no dejarse sobornar por ninguna ventaja, tentación, amistad, parcialidad!

El abogado probo y creyente puede ser el ángel bueno de muchos hombres injustamente acusados. El jurista escrupuloso no perderá de vista la inscripción que se lee en el Palacio de Justicia de Coblenza:

Medita y estudia lo que se lee en el frontis del Palacio de Justicia de Coblenza:

Gerechtigkeit bin ich genannt,

Gift und Galle sind mir unbekannt.

Ich sehe nicht an die Personen, arm oder reich;

Ich wäge dem Kaiser und dem Aermsten gleich.

"Me llamo Justicia; el veneno y la hiel me son desconocidos. En mí no hay acepción de personas; lo mismo es el pobre o el

rico; no tengo distinta balanza para el emperador que para el mendigo".

Únicamente habría de abrazar la carrera de leyes aquél en quien se hermanan la distinción de modales, el talento oratorio y un gran amor a la justicia con un carácter firme e incontrastable.

El que siente afán desmedido de riquezas no podrá resistir a las tentaciones, a los sobornos; por otra parte, al que sea corto de alcances no le será fácil abrirse camino en: esta carrera y logrará difícilmente ganar el sustento.

10. La carrera de Comercio

Algunas observaciones respecto a la carrera de Comercio.

Antiguamente los jóvenes estudiantes sentían cierto menosprecio por esta carrera, por no considerarla distinguida. Pero han cambiado ya los tiempos; los jóvenes de hoy no tienen reparo alguno en llevar los libros de una casa de comercio o de una fábrica, ser empleados de un Banco, empresarios...

El comercio es necesario, tanto para el individuo como para la colectividad. El comercio establece comunicación entre los diversos pueblos, estimula a un trabajo más activo, y mediante el cambio de los productos de los distintos continentes da más comodidad, más variedad a la vida humana. De modo que no puede negarse toda belleza ideal a esta carrera; al parecer tan materialista.

El comerciante puede contribuir, lo mismo que el ingeniero, a la solución del problema social, tratando a sus subordinados amablemente.

Verdad es que corre peligro de no preocuparse más que de la ganancia, y su modo de pensar puede fácilmente desviarse hacia un espíritu materialista. De esta pasión, es decir, del anhelo desmedido de ver crecer la fortuna como la espuma, al fraude y al engaño no hay más que un paso.

Los negocios, pues, hacen pasar por dura prueba el honor, la equidad, el amor a la justicia; y el diablo de un rápido enriqueci-

miento, las tentaciones de la Bolsa..., pueden obcecar a muchos en punto a exigencia del honor....

* * *

El hijo del rey Menedem fue invitado una vez a comer en casa de una modesta familia. “Padre, ¿me permite que vaya?”, pregunta el príncipe a su padre. Este le mira con seriedad: “Te doy mi permiso; pero no olvides que eres el hijo de un rey”.

Eso mismo te digo yo. Estás en sociedad, en tertulia, presencias un partido de fútbol o vas de excursión, tomas parte en un baile, en una fiesta..., bien; pero nunca eches en olvido que eres joven cristiano.

Los romanos –en cualquier parte que se encontrasen– decían con orgullo: *Civis Romanus sum!* “Soy ciudadano romano”. ¿Y tú no sabes apreciar como se debe tu magnífica ciudadanía, expresada en esta frase: *Christianus sum*, “soy cristiano”?

Hemos tratado de varias profesiones. Medita bien adonde te llama Dios. Y si ya lo has decidido, adelante, sea cual fuere la carrera. Ten siempre ante tu vista el ideal de tu vida, y entonces de seguro será buena tu carrera.

Recuerda que eres hijo de Dios; en el bautismo le prometiste fidelidad. Tu destino no es esta vida, sino una vida perdurable[35].

---

[35] Hemos juzgado conveniente suprimir aquí algunas páginas en que el autor da una sencilla estadística de los centros docentes, internados y asociaciones universitarias de Hungría; materia que no puede interesar al lector de habla español. Y no las hemos substituido por información actualizada para los de habla hispana porque hoy en día dicha información está al alcance de todos, vía internet por ejemplo. (N. del T - *N. del Ed.*).

11. Estudia también en la universidad

Acaso te parezca un poco extraño el que insista yo tan machaconamente para que no dejes el estudio.

"¿Pues dónde voy a estudiar –dices– sino en la universidad? Si tuve que trabajar mucho en las clases de segunda enseñanza, ¡buen trabajo me aguarda en la universidad!".

Razón tienes. El joven que toma con seriedad los estudios universitarios, advierte ya en las primeras semanas que las clases de segunda enseñanza no eran sino juego en comparación de las universitarias. Sobre todo en las Facultades de Medicina, Ingeniería y Teología, andan los muchachos atareadísimos. Los estudios del Magisterio y de Derecho también dan mucho que hacer a los jóvenes que toman los deberes universitarios con seriedad. "Tomar con seriedad...". ¿Es, acaso, posible no tomarlos con seriedad y pasar por la universidad dando espaldas al estudio? ¿Se puede obtener un título sin saber nada?

Por desgracia, es posible. Precisamente por este motivo escribo estas páginas: para que tú no consigas tu título de esta manera.

Merecería capítulo aparte el análisis de las diversas razones que influyen en tal estado de cosas. Pero digamos algo por lo menos sobre aquello que cae o puede caer bajo tu responsabilidad.

No faltan jóvenes frívolos y superficiales que van a la universidad, pasan allí cuatro o cinco cursos, pero no conocen el estudio, ni la aplicación. Emplean con el mismo fervor los métodos que utilizaron en el Instituto, en el colegio... Esto es: aprovechan con astucia los trabajos de otros, y entre ayudas y trampas salen a flote ante los profesores.

¿En qué gastan su tiempo? En paseos, bailes, cines y fiestas...; tres semanas antes de los exámenes se ponen a estudiar... se examinan y aprueban por suerte, no por saber.

Qué provecho sacará la Patria de tal joven; cuán grandes serán los perjuicios que causará por ignorancia; qué dignidad profesional logrará; cuántos deslices e incongruencias seguirán al título logrado de balde...; todo esto merecería también un párrafo aparte.

Sea como fuere, no debes poner en eso el ideal de tu vida universitaria. Asiste puntualmente a las clases de la facultad que hayas escogido y aprende cuanto puedas.

Además de estudiar los libros de texto, procura que aumente tu saber con una diligencia a toda prueba. A mí me placen aquellos estudiantes universitarios que, al tener un rato libre, no se meten en un cine, sino que lo aprovechan entre los libros de las salas de lectura de la biblioteca.

En las bibliotecas públicas hay muchas revistas nacionales y extranjeras. No puedo recomendártelas todas sin reserva, porque suele haber muchas de orientación completamente opuesta a nuestros principios. Pero también encontrarás algunas en este aspecto intachables.

Pero ¡cuán pocos jóvenes aprovechan esta favorable coyuntura para formarse a sí mismos! Sin embargo, con sólo hojear revistas, leyendo nada más los títulos, puedes aprender mucho; por lo menos te enteras de las cuestiones que son de actualidad. ¿Dónde podrías pasar los ratos libres con más provecho que en las bibliotecas?

12. *“Astra castra, numen lumen”*

El destino de nuestra vida es la gloria de Dios y el bien de los prójimos. Por lo tanto, tenemos el deber de cultivar en nosotros todas las aptitudes que nos pueden ayudar a conseguir tal objeto. El joven cuyos actos, cuyos pensamientos, cuyas palabras y manifestaciones de su vida van orientados por estos nobles principios, es un joven de espíritu elevado.

Y esto es lo principal: obrar según principios nobles. Por lo tanto, no basta tener buenos pensamientos, sino que, además, es necesario que de éstos broten los sentimientos correspondientes, y de los sentimientos, propósitos y obras.

“Siembra una obra buena –escribe un filósofo inglés– y recogerás la buena costumbre; siembra la costumbre, y recogerás carácter; siembra el carácter, y recogerás tu suerte”.

Brille el ideal en tus obras, en tus costumbres, en tu carácter. ¿A quién mejor que a un joven de alma noble y viril le cuadran los grandes ideales?

También es necesario que el estudiante se asegure con hábil trabajo y diligencia lo necesario para vivir. Lo sé; pero no estaría bien que lo consiguiera con la receta de uno de los Rotschild,

quien dijo que no se llega a ser inmensamente rico sin rozar la cárcel con el codo.

Al recomendar que se llene el espíritu de ideales, no hablo de vanos ensueños, que vagan por las nubes, ni de cuentos de hadas. El que siempre está construyendo castillos en su fantasía y se deja seducir por espejismos, no es estudiante de fecundos ideales, sino más bien idealista tan estéril como perezoso. Los nobles ideales deben ir hermanados con el entusiasmo práctico, con el espíritu de trabajo, con la energía, como que a estas cosas debe la humanidad todos sus progresos.

La característica principal del espíritu que propugno es que el joven no aprecie tan sólo el progreso material de la vida, sino que, además, crea con fervor en la realidad de los ideales invisibles: en su honor, en el cumplimiento concienzudo del deber, en el amor a la Patria y en el amor al prójimo.

Cree en ellos y tenlos en más estima que todos los demás valores terrenos.

Cuanto más levantes el vuelo de tu espíritu, tanto mayor entusiasmo pondrás en tu trabajo. Más tarde aprenderás que aquí abajo no podemos alcanzar los ideales en su completa realidad; son una sombra que pasa por delante de nosotros. No importa. No hemos de perder la ilusión (es desagradable el hombre positivista) sino que debemos trabajar para que la imagen ahora nebulosa de estos ideales sublimes se vaya intensificando y abrillantando cada vez más en nosotros y en el pequeño círculo de nuestra familia y en la sociedad que frecuentamos.

Las dificultades sólo arredran a los mediocres; al hombre de carácter lo templa para nuevas luchas. Verdad es que sin éstas sería mucho más cómoda la vida; pero también es cierto que el nivel de la humanidad bajaría y las gentes serían más débiles.

El género humano todavía es capaz de realizar grandes progresos materiales, espirituales y morales; y la característica del joven de nobles anhelos es, por cierto, el entusiasmo y la convicción

arraigada de que la Providencia Divina también reserva para él, para sus energías, una partícula del gran trabajo, del progreso moral y espiritual que todavía está por hacer.

A ti te incumbe el deber de contribuir a que la humanidad sea mejor, más buena, más perfecta. El joven de alma noble no pregunta, pues "¿qué tengo que hacer para conseguir la felicidad?", sino dice: "Cumpliré mi deber y sé que así seré feliz".

Este libro tampoco te enseña cómo has de rehuir temeroso las dificultades de la vida, sino cómo has de vencerlas. No seas astuto, sino fuerte; no corras en busca de protección, sino lucha impertérrito por alcanzar el fin.

"Piensa en algo atrevido y grande, y entrégate a ello con alma y vida. No es vencido por la suerte quien no pierde el ánimo" (Vörösmarty).

No seas pesimista; no veas únicamente mal y pecado en el mundo; sé optimista; en la terrible oscuridad moral que padecemos descubre también todo lo bueno que allí se oculta.

La juventud es la edad del optimismo; pero su defecto es que al menor contratiempo los jóvenes pierden ánimo y caen con facilidad en el otro extremo: el pesimismo.

El optimismo verdadero es el que da firmeza para obrar; claro está que un estudiante soñador, que sin hacer nada va tejiendo con hilos de luz el porvenir, cuando la realidad se le muestra esquiva –nada hizo él por conquistarla–, con facilidad se vuelve pesimista, diciendo: "No vale la pena trabajar... ya no hay remedio para mí".

Un fiel cumplimiento del deber y un gran entusiasmo en el trabajo han de brotar de tu optimismo; no quieras figurar en el número de los estudiantes que en el primer semestre son optimistas, en el segundo pesimistas y el resto del año... terriblemente perezosos.

El mundo no es completamente malo, ni completamente bueno; lo bueno y lo malo se mezclan en él. Si lo tienes en cuenta, podrás ser optimista y pesimista; pero ambas cosas en la justa medida.

Haz cuanto esté de tu parte, aunque tu constitución débil, tu posición modesta, tu capacidad intelectual no muy brillante y tu temperamento tal vez difícil, te sirvan diariamente de obstáculo... No importa. Confía, lucha y trabaja; serás optimista en el grado justo.

Has de ver también, has de sentir que hay mucho malo en ti y en tu derredor, en todo el mundo; has de saber que siempre debes estar en guardia contra el mal; lucha contra él y serás pesimista en la justa medida.

César, en medio de una deshecha tempestad, dirigiéndose al piloto, asustado, le dijo: *Quid times? Caesarem vehis!* "¿Por qué temes? ¡Llevas a César!". Si este pensamiento pudo dar vigor a los músculos del que luchaba con el huracán, cuánto más ha de robustecerte a ti el pensamiento de que el joven de alma pura es templo vivo de Dios. Llevamos a Dios en nuestro interior, y así en todas nuestras luchas alienta a nuestro lado, no César, sino el mismo Dios. Este es el verdadero optimismo que nos da fuerza.

El pesimismo abate, mata el deseo de trabajar y de vivir, y si eres malo, te hace aun peor. El optimismo despierta confianza, ánimo de vida y de perseverancia, y así te ayuda a la victoria.

Tu aliento ha de ser un optimismo sobrio, y tu divisa: Mi verdadera Patria son las estrellas, y mi luz es Dios. *Astra castra, numen lumen.*

13. Ama a tu Patria en verdad y no sólo de palabra

Es así como mejor se puede servir a la patria.

La fuerza de la patria no proviene sólo del número de sus hijos, del nivel de su cultura o de la abundancia de sus riquezas..., sino de todo esto en conjunto. Por lo tanto, el verdadero patriota no será el que aparatoso gesticula y grita frenético con ocasión de una fiesta nacional, sino aquél que en el puesto en que fue colocado por el destino hace cuanto puede para cumplir hasta lo último el deber que le incumbe.

El estudiante es buen patriota cuando trabaja en moldear su alma y cuando estudia mucho, porque así aumenta la cultura y el valor de su nación. En cambio, el joven que derrocha su tiempo es traidor a su Patria, porque no sólo se infiere daño a sí mismo, sino que, además, daña a su país.

"La Patria ha de estar en vuestro corazón, y si es necesario pronunciar su nombre, han de cantarlo victoriosamente vuestras obras" (Vörösmarty).

Grábatelo bien en la memoria: la grandeza de un país no estriba, sobre todo, en sus tesoros naturales, en la gloria de su antigua historia, en la sabiduría de sus reyes, sino en la honradez, en el ánimo de trabajo y en el carácter íntegro de sus ciudadanos.

Padre y madre, hermanos y hermanas, compañeros de juego, casa, ciudad natal y sus contornos, mote y valle, campo y arroyuelo, todo esto en conjunto forma el concepto de la Patria.

En la Patria viven personas de sentimientos y pensamientos análogos, que son gentes como las de otros países; pero a las que no es indiferente el lugar en que viven, porque su corazón se siente atado con ardoroso amor al trocito de tierra que llamamos Patria.

El Dios infinito creó de un modo maravilloso el corazón humano: en cualquier punto que vivamos nuestro corazón siente nostalgia de la Patria, de la tierra que le vio nacer.

Según los planes del Creador, han ido formándose distintos pueblos. La Providencia que gobierna el mundo señaló una misión especial a cada uno. De la misma manera que cada persona tiene su destino particular –tú también, hijo mío, y nadie puede cumplirlo por ti–, así también cada nación tiene su fin específico fijado por la Providencia divina; por lo tanto, tiene derecho a vivir.

El Cristianismo que pregona con fuerza tan admirable la igualdad de todos los hombres ante Dios y el amor obligatorio al prójimo, no borra el carácter individual de los pueblos y el sentimiento nacional, sino que los ennoblece.

Nuestra religión sacrosanta no pregona el internacionalismo en el sentido de que se deban aniquilar todos los rasgos raciales de los pueblos –esto sería ir contra el orden de la naturaleza–, sino todo lo contrario, levanta con fuerza la voz contra toda opresión de naciones.

Jesucristo mismo dio el ejemplo más hermoso del amor a la Patria terrena cuando, previendo la destrucción de Jerusalén... rompió en lágrimas.

Hijo mío, ama a tu Patria. Y cuanto más necesitada la veas tanto más tienes que amarla. Ama el lugar en que se meció tu cuna, donde oíste por vez primera las palabras de "padre", "madre". Ama tu pueblo y tu tierra. Ámalos y no los olvides jamás.

Cuando la Patria goza de prosperidad quizá no sea necesario repetir este aviso. Pero ámala también cuando gime en la desgracia y no digas como muchos jóvenes: "Cuando tenga el título emigraré" *Ubi bene, ibi patria*. Donde me va bien, allí tengo la patria. No, no es ésta la divisa de todo un carácter. Si trabas en tu patria tanto como en el extranjero, podrás vivir también en tu país.

14. La esperanza de tu Patria

El escritorio del estudiante es el yunque sobre el cual preparan los jóvenes su propia suerte al par que el porvenir de la patria: para cimentar la vida nacional, la patria necesita el entendimiento, el saber, la diligencia de todos los jóvenes.

No debemos sufrir en el mundo hombres que no trabajen. Todos, sin excepción, hemos de trabajar. Por lo tanto, también los jóvenes. Si no quieres trabajar con el entendimiento, hazte aprendiz de zapatero y merecerás respeto y estima si haces honradamente tu trabajo con las herramientas en la mano. Pero si eres estudiante, entonces haz el trabajo que te incumba, es decir, estudia.

Ama de veras a su patria quien se siente identificado con la misma; se alegra por sus triunfos, está triste cuando ve su postración, se sonroja por su ignominia, quien liga su propio porvenir al porvenir de la patria.

Pero el amor a la patria no es tan sólo sentimiento, sino que además es voluntad, es el espíritu del "todo por la patria".

Si es necesario debes estar dispuesto a morir por la patria. Pero en primer lugar has de saber vivir por ella, es decir, cumplir lo más concienzudamente posible el deber que te impone tu posición,

hoy como estudiante, mañana como uno de los miembros activos e instruidos de la patria.

Jóvenes, la Patria son ustedes, cada uno de ustedes.

La grandeza de la Patria depende de cómo sabe cumplir sus obligaciones cada uno de sus hijos, con qué espíritu de abnegación cumplen su deber los individuos. Cuanto más perfecta sea el hombre, mejor patriota será; por lo tanto, los jóvenes, al trabajar en la perfección de su alma y de su entendimiento, hacen acto de patriotismo, y por cierto, del patriotismo más gallardo.

Jóvenes... ustedes son la esperanza de la Patria.

15. Has de saber luchar por la Patria

Los poetas son inagotables en ponderar la importancia de la conciencia nacional. "Nada vale el pueblo que no es capaz de todos los sacrificios por su honor".

Nichtwürdig ist die Nation, die nicht

Ihr, Alles freudig setzt an ihre Ehre,

dice Schiller en *Jungfrau von Orleáns, "La doncella de Orleáns"*. Si tal sentencia encierra verdad, entonces también es cierto que nada vale la nación que no es capaz de hacer todos los sacrificios necesarios por su juventud; pero, por otra parte, no puede tener esperanza ni porvenir el pueblo cuyos jóvenes no hacen todos los sacrificios posibles para moldear y educar su alma y su carácter.

Hijo mío: una fría sábana de nieve cubre el mundo entero. Pero he ahí que delicadas florecillas, las campanillas blancas, sacan sus cabecitas de debajo del sudario...; son ustedes, los jóvenes, las flores del porvenir, que un día han de germinar, primavera de una vida y de una esperanza nueva.

Nos sonríe la esperanza de que a pesar de la miseria, del odio, de la incertidumbre que reinan hoy por el mundo, la nueva generación adquirirá temple de acero, y preludiará un nuevo despertar, una resurrección de la patria.

Trabaja y ama, joven querido; hazte hombre, hombre instruido y educado, hombre católico.

Si hubieres de luchar por tu honor, por tu convicción, por tus principios, lucharás. Hoy más que nunca tienen que gravar en su corazón los jóvenes las palabras de Horacio: *Vivite fortes fortiaque adversis opponite pectora rebus*. "Vivid varonilmente y presentad a las desgracias un pecho aún más invicto".

¡Amados jóvenes! La Patria espera de ustedes los cimientos de un porvenir feliz. Empresa ardua...; pero no importa.

Lo conseguirán.

Porque tienen el deber de realizarla.

Porque tienen voluntad de realizarla.

Y porque con ustedes está el Dios Todopoderoso.

Mira, hijo mío: Te llama tu Dios..., te llama tu Iglesia..., te llama tu Patria.

¿Cuál será tu respuesta?

Sólo puede ser ésta:

¡HEME AQUÍ... HEME AQUÍ!

ECCE VENIO!


IVE Press